

Sophie Saint Rose

Serie oficina

Duda

si te quiera





Dudo si te quiero

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

—Señorita Shields, venga a mi despacho. Ahora.

Hellen se mordió el labio inferior apartando la silla de su escritorio y se levantó de su asiento, revisando que su vestido beige no estuviera demasiado arrugado. Esa tela de lino era horrible. Tenía un aspecto que parecía que había dormido con el vestido puesto. Se llevó las manos a su cabello recogido en un moño en la nuca y tomó aire, colocando su sonrisa profesional antes de entrar en el despacho.

En cuanto abrió la puerta, su jefe la miró y levantó una de sus cejas negras como de costumbre, y como de costumbre a ella le dio un vuelco el corazón al

ver esos increíbles ojos verdes criticándola con la mirada. No le extrañaba que pensara eso, porque su familia no hacía más que repetirle que cuidara algo más

su aspecto, pero siempre había pensado que tenía mejores cosas que hacer, que

pasarse ante el espejo una hora todas las mañanas para alisar el cabello y maquillarse. Dormir, por ejemplo.

—¿Si, señor Granville?

—¿Me puede explicar por qué acabo de hablar con Rusty Everett y no tenía ni idea de que esta noche tenemos una cena en el Di Maggio? —preguntó fríamente apoyando los codos sobre la mesa.

Le miró sin comprender. —Pues no lo sé.

—¿No lo sabe? —Su ironía la tensó. —¿Le llamó para confirmar la cena?

Hellen se mordió el labio inferior pensando en ello y entrecerrando sus

preciosos ojos azules. La semana pasada había encargado la mesa para esa cena.

Lo recordaba. Sí, había sido para cuatro. Para Lester y para tres más. Everett y las dos acompañantes. Sí, lo recordaba perfectamente. Encárgueme una mesa para cuatro, señorita Shields, le había dicho con ese tono autoritario que le aflojaba las medias. En el Di Maggio.

Hellen sonrió. —Cierto, cena hoy para las siete.

—¿Y llamó a Rusty para confirmarlo? —gritó perdiendo la paciencia sobresaltándola.

—Pues...

—¿Lo hizo?

—No. Solo me pidió que encargara la mesa. No lo confirmé con él.

La miró como si fuera estúpida. —Perfecto. Pues ahora llame para cancelar la mesa, porque Rusty está en Europa. ¿Y sabe qué hace en Europa?

—¿Turismo?

Le saltó un músculo de la mejilla. —¡No! ¡Está en Europa con uno de mis competidores para tratar el contrato que yo iba a venderle!

—Vaya. Pues menuda mala suerte. —Forzó una sonrisa mientras él la miraba como si quisiera cargársela. —La próxima vez si me dice que le llame, yo le llamo. Estoy aquí para hacer lo que usted me dice y ayudarle en todo lo que pueda.

—Señorita Shields... —Hellen le miró apretándose las manos temiendo que la despidiera. Parecía a punto de explotar. —Fuera de mi vista —siseó con

rabia.

—¿Pero hasta mañana o de manera permanente? Es para que me quede claro.

Debemos hablar más. Hay poca comunicación entre jefe y empleada. —
Asintió

dejándolo pasmado.

—¡Largo! —gritó casi haciendo temblar las ventanas.

—Sí, claro. —Se volvió y Lester vio que tenía un post-it rosa pegado en el trasero que ponía comprar helado. Hellen se volvió de repente y se sonrojó cuando vio a donde miraba. Carraspeó haciendo que la mirara a la cara. —

¿Vuelvo mañana o no?

De repente él sonrió poniéndole los pelos de punta, porque esa sonrisa era la que ponía cuando estaba listo para pegarle un hachazo a alguien. —¿Sabe qué?

Mejor mañana me tomo el día libre y vuelvo el lunes. Así estará más relajado. —

Salió corriendo cerrando la puerta después de dejar a su jefe con cara de pasmo.

Cogió su bolso a toda prisa y corrió por el mármol negro hasta los ascensores.

Miró hacia atrás impaciente. —Hellen las escaleras. Éste sale en cualquier momento —dijo para sí antes de correr hacia la puerta y abrirla a toda prisa, gimiendo al ver a través de la barandilla los veintitrés pisos que tenía que bajar

—. Bueno, es fenomenal para las piernas.

Estaba en el piso doce cuando empezó a sonarle el móvil y enganchó la correa del enorme bolso en el brazo para buscarlo. Bufó al ver que era su jefe.

¿Lo cogía? ¿No lo cogía? Seguro que era para echarle la bronca. Mejor no lo cogía, que luego se cabreaba más. Colgó el teléfono y siguió bajando las escaleras. El sonido de un mensaje le llegó cuando estaba en el piso diez. Juró por lo bajo y lo abrió para leer: “Estás despedida”

Jadeó del asombro. —¡No puedes despedirme! —le gritó al teléfono—. ¡He salido corriendo precisamente para que no me despidas!

Miró hacia arriba. Tenía que recuperar ese trabajo. Como fuera. Salió

corriendo en la planta diez y pulsó el botón del ascensor varias veces. Casi empujó a una mujer rubia de la edad de su madre que quería entrar. —¡Voy para

arriba y tengo prisa!

—Pero...

—¡Coge otro, por favor! ¡Van a despedirme!

La mujer la miró con los ojos como platos, pero ella ni se dio cuenta mirando los botones y pulsando otra vez el último piso. —Por favor, que esté allí. Que esté todavía en el despacho.

—Pues no. No estoy en el despacho.

Gimió mirando sobre su hombro para ver a su jefe en la esquina cruzado de brazos. Qué bien le quedaba ese traje gris. —Señor Granville... qué sorpresa.

¿Sube?

—Pues sí. Se me ha olvidado la cartera.

—Vaya. Igual que yo. Iba a verle, ¿sabe?

—Sí, ya me ha quedado claro cuando has gritado a la jefa del departamento legal que cogiera otro ascensor.

Hellen juntó sus manos. —Por favor, por favor no me despida. ¡No fue culpa mía! Encima que le doy tiempo para que lo piense.

—¡Tendrás cara! ¡Si hasta has dicho que mañana te cogías el día libre!

—Es que tengo un bautizo y lo mejor para que se le pasara el enfado, era darle tiempo hasta el lunes.

—¿Un bautizo? —gritó furibundo.

Ella sonrió radiante. —Soy la madrina. Se llama Noa y es tan bonita... Es la hija de mi mejor amiga, ¿sabe?

—¡No me importa!

—¡No le podía pedir el día libre después de la bronca! Está siendo muy injusto conmigo, ¿sabe?

Lester no salía de su asombro. —¡Despedida! ¡Ahora tendrá todos los días libres que quiera!

Chasqueó la lengua. —¿De veras quiere empezar de nuevo con otra? —

Lester salió del ascensor sin hacerle ni caso y ella corrió tras él. —Eso siempre es un trastorno enorme y una pesadez. Además, no encontrará otra secretaria como yo.

Él se volvió para mirarla como si fuera una chiflada. —Oiga, otra se ofendería porque la mirara así. ¿Pero ve como nos comprendemos? Usted está cabreado porque su amigo le ha hecho un corte de manga para irse a la competencia y lo paga conmigo. Lo asumo. Gríteme lo que quiera y

desahóguese. Yo puedo con todo.

—¡Largo!

—¿Volvemos al principio? —Sonrió radiante. —Bien, pues hasta el lunes.

—¿Cómo que hasta el lunes? ¡Está despedida! —Entrecerró sus preciosos ojos verdes para dar un paso hacia ella. —Oiga, ¿usted está a tratamiento?

Abrió los ojos como platos. —¿Cómo lo sabe?

Lester dio un paso atrás. —Así que está a tratamiento. No lo dijo en su entrevista hace dos meses.

—Oh, es que he empezado hace poco. La depilación láser la inicié hace un mes. Pero oiga, se me han caído todos. Es alucinante. —Chasqueó la lengua. —

Yo creo que volverán a salir, pero mi amiga Rose dice...

—¡No me interesa lo que dice su amiga Rose sobre su depilación láser!

—Pues ha preguntado usted. Ya me extrañaba a mí que quisiera saber cómo me hago la depilación, pero como se le veía interesado...

—¡Hablaba de tratamiento psicológico!

—Oh, de eso estoy muy bien. —Sonrió de oreja a oreja. —Por cierto,

¿nuestro seguro dental cubre las limpiezas? ¿Usted ha ido alguna vez? Aunque

puede que su seguro no sea igual que el mío. ¿Usted es plus o excelent?

Lester gruñó entrando en su despacho y cerrando la puerta de un portazo.

Hellen sonrió maliciosa. No fallaba. Nada como hacerse la tonta para conseguir

lo que una quería. Se acercó a la puerta y gritó —¡Hasta el lunes, señor Granville! Le traeré donuts.

—¡No quiero donuts!

Mentiroso. Se los comía antes de que le diera tiempo a llevarle el café. Este

hombre no sabía lo que quería. La quería a ella. Solo tenía que darse cuenta.

Uff, había estado cerca. Esperaba que se diera cuenta pronto de que era la mujer de su vida, porque en otro de sus arrebatos la echaba a la calle. Oh, que

mono estaba con ese mechón negro sobre la frente. Se había despeinado en uno

de sus gritos y ella se moría por alargar la mano y colocarlo en su sitio.

Bueno, más adelante. Había que tener paciencia en la vida para conseguir lo que se

quería. Eso es todo. Insistencia y paciencia. Como un martillo pilón.

Decidida fue hasta el ascensor de nuevo. Al mirarse en las puertas de acero,

vio que un mechón castaño estaba ante la oreja. —Bueno, ahora ya te vas a casa,

así que da igual.

Le sonó el móvil de nuevo y sorprendida vio que lo tenía en la mano. Al ver

a su madre en la pantalla sonrió descolgando. —Sí, mamá. Ya estoy saliendo del

despacho. ¿Mi jefe? Un amor. Vete preparando la boda, porque éste cae como me llamo Hellen. —Su madre se echó a reír al otro lado de la línea y sonrió entrando en el ascensor. —Por cierto, ¿nos vamos al cine esta noche?

Hasta que

no caiga no tengo plan.

Salía del cine con su madre y todos los hombres a cien metros a la redonda las miraron. La verdad es que para tener cuarenta y tres años estaba guapísima.

Llevaba unos vaqueros que marcaban su figura y una camisa de seda sin mangas

en color azul que enfatizaba sus ojos azules. Harmony Shields ni se dio cuenta.

Estaba acostumbrada a que durante toda su vida la miraran. Era tan natural como

respirar. Y claro, yendo al lado de tal belleza, Hellen casi ni se veía.

—¿Vamos al chino? —preguntó su madre mirando distraída el teléfono móvil.

Hellen entrecerró los ojos. —Mamá, ¿esperas que te llame alguien? Harper está en Londres, ¿no?

—Sí, cielo. Pero antes cuando me llamó, parecía que algo no iba bien.

—¿Cómo que algo no va bien?

—No lo sé. Es una tontería. Seguro que la pillé acabada de levantar.

—Mamá allí son horas de más. Seis horas de más.

—Oh, pues entonces era de tarde —dijo no queriendo darle importancia,

apartando un mechón de pelo rubio del hombro para colocarse la correa del bolso—. Sí, vamos al chino. Me apetecen unos rollitos de primavera.

—Mamá...

—No pasa nada. Seguro que está bien y estoy exagerando. Vamos, que tengo hambre. Por cierto, Harper me ha dicho que te ha dejado el vestido para el bautizo en su habitación. Que lo uses.

—Pero si me iba a poner el negro —dijo aún pensando en su hermana.

—No fastidies. Es un bautizo. Querrás estar mona en las fotos. Mañana te pondré el tinte y...

—Ni hablar, mamá. El tinte no.

—Pero cariño, ese color marrón no te favorece nada. Míranos a nosotras lo que cambiamos con el tinte. Solo es una hora.

—No. Paso de teñirme cada mes. Gracias.

—Está bien. Pero te pondrás el vestido. ¿Cómo has conseguido el día libre?

—Haciéndome la tonta.

Harmony se echó a reír. —No abuses...

—Tranquila, está controlado. Y eso que estaba cabreado. Pero no pasa nada.

Reflexionará y se dará cuenta de que soy lo que necesita.

—Cariño, no te hagas ilusiones... No quiero que sufras. Desde que conoces a ese hombre, estás convencida de que es lo que quieres, pero casi no le conoces.

Solo llevas dos meses en ese puesto y solo habláis de trabajo. No sabes cómo es

en su vida privada.

La miró sorprendida. —Es serio, responsable, me altera las neuronas y me tiemblan las piernas cuando estoy a su lado. ¿Qué más tengo que saber?

Harmony hizo una mueca. —¿Y si es gay?

—¡No es gay! Hoy le pillé mirándome el culo.

—Así que le atraes.

—No sé. —Entrecerró los ojos. —Sus señales son confusas. —Su madre reprimió la risa. —¡Oye, no te rías! Que tú no creas en el amor, no significa que yo no lo encuentre.

—Claro que creo en el amor. ¿De dónde has sacado esa tontería?

—Como nunca sales con nadie... —La miró de reojo mientras cruzaban la calle. —Desde aquel calvo...

—Uff, Calvin el calvo le llamabais. Cuando os vio al recogerme, salió corriendo.

—Y eso que ya teníamos dieciséis. Pero ahora sería distinto. Ya somos adultas.

—¿No me digas?

—Muy graciosa. En serio, mamá... Tienes que buscarte un novio que te deje temblando.

Harmony sonrió. —Así que ya tengo vuestro permiso para tener novio.

—Pero qué graciosa estás esta noche. —Carraspeó levantando la barbilla. —

Lo hablaré con Harper, a ver qué dice. —Su madre se echó a reír a carcajadas.

—¡Vale, no lo llevábamos muy bien! ¡Pero es que no nos gustaba ninguno!
No

es culpa nuestra que tuvieras mal gusto.

Harmony la cogió por la cintura pegándola a ella antes de besarla en la mejilla. —Vamos a cenar, pesada.

—Tengo que preguntarle a Lester si su padre está soltero. Igual pegáis.

—¡Si será un viejo!

—Él tiene treinta y tres. —Hizo una mueca. —¿Crees que habrá tenido a su hijo con diecisiete como tú? Solo te llevaría nueve años. Tampoco es tanto.

—Pregúntaselo el lunes. A ver qué dice.

Hellen inclinó la cabeza a un lado, viendo como su oreja terminaba en un lóbulo perfecto. Suspiró siguiendo su perfil por su mandíbula hasta llegar a sus finos labios. A su lado, miró distraída como firmaba la última carta y se enderezó de golpe, alargando la mano cuando le tendió el montón de folios. Él no los soltó mirando la cicatriz que tenía en el interior de la muñeca.

—Me la hizo mi hermana. Un día jugando me clavó un cuchillo. Mi madre se puso de los nervios cuando llegó a casa y vio la cocina llena de sangre. Mi hermana me estaba curando en el baño para que ella no se enterara, pero...

—¿No tiene nada que hacer?

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—¿Es de trabajo?

Miró a un lado y a otro pensando en ello. —No.

—Entonces guárdese su pregunta.

—Oh, es que mi madre está soltera, ¿sabe? Una atractiva soltera de cuarenta y tres años y me preguntaba si su padre es soltero. —Le guiñó el ojo. —Sería genial que fuéramos parientes, ¿verdad?

—Mi padre lleva felizmente casado cuarenta y ocho años.

—Vaya, pues a usted le tuvieron de mayores, ¿no?

—Soy el pequeño. Ponme con...

—¿Y cuántos hermanos tiene?

Él giró la cabeza para mirarla fríamente. —Seis, tengo seis hermanos.

Hellen soltó una risita. —Pues entonces no tardaron en tenerle, es que usted llegó tarde. —Al ver que no le hacía gracia, perdió la sonrisa. —¿Un café?

—Bien cargado —siseó furioso.

—Por supuesto.

—¡Y ponme con Robert!

—¿Robert? —Ese amigo suyo no le gustaba. —¿Robert Stelman?

—¡El mismo!

—Vale, ya voy. Pero si quiere saber mi opinión...

—No, no quiero.

—Se la daré igual. Ese hombre no me gusta.

—¿Perdón?

—Es un poco... chulo.

—Esto es el colmo. ¿Estás juzgando a mi mejor amigo?

—Es que me dijo que las tenía a patadas y que no necesitaba mi atención.

Menudo prepotente. —Sonrió incrédula. —¡Cómo si fuera a fijarme en él!

Incomprensible. Pero aun así lo dijo, lo que demuestra que es un creído. Solo le miré el culo porque estaba de espaldas delante de mí. Es inevitable echar un

vistacito. —Lester no salía de su asombro. —Como usted el otro día. Me miró el culo y yo no le dije nada.

—¡No le miré el culo! —dijo indignado.

Ella sonrió. —No mienta, que le pillé. —Le guiñó el ojo. —Tranquilo, que le guardo el secreto.

—Esto es surrealista. ¡Tráigame el café!

—Oh sí, la cafeína. ¿Entonces llamo a ese?

—¡Sí! ¡Y no le llame ese!

Chasqueó la lengua saliendo del despacho. Para hacer las paces le puso un donut de frambuesa. Sus favoritos. Cuando se lo dejó sobre la mesa, la miró como si le hubieran salido cuernos antes de decir —Llévese el donut.

—¿Está a dieta?

—¡No! ¡No quiero donut! ¡Eso es todo!

—Vale. —Cogió el platito y se dio la vuelta susurrando —Él se lo pierde.

Por supuesto su amiguito se presentó para comer. No es que fuera feo, sino

que era de esos guapos que sabían que eran guapos y por lo tanto eran insoportables. Había conocido a unos cuantos. Robert se sentó sobre su escritorio y sonrió con esa sonrisa de vendedor de dentífrico. —¿Está libre?

—Claro.

—Me preguntaba si tienes novio. No es que me importe, pero creo que para tu relación laboral con Lest, sería lo mejor.

—¿Perdón?

—Estás loquita por él y no sé si eso es bueno.

—¿De verdad? ¡El otro día me dijiste que estaba loquita por ti! A ver si te aclaras.

—No, a ver si te aclaras tú. Te gusta uno y le miras el culo a otro. —Se levantó cerrándose la chaqueta del traje. —Oye, eres muy libre de hacer lo que te venga en gana, pero si no tienes las ideas claras...

—Tranquilo. —Sonrió de oreja a oreja. —Las tengo muy claras y no eres tú quien me interesa.

—Como me imaginaba. —Mierda, había caído en la trampa. —Por eso te aconsejo que te olvides y te busques a otro. Lest no es para ti. A él le van más otras mujeres.

—¿No me digas? Ilumíname. ¿Rubias?

—Sí, preciosas rubias de cuerpos de infarto. Y tú puede que seas alta y delgada, pero ahí te quedas.

—Gracias por la información.

—Y también le gustan las mujeres de carrera.

—Soy una mujer de carrera.

—Me refiero a mujeres como él. O que al menos sepan cómo llevar un traje por el día y un vestido de noche cuando salen. No sé si lo pillas.

—Lo pillo perfectamente. ¿No te gusta mi estilo?

—Ah, ¿pero eso es un estilo? —preguntó asombrado mirando su vestido marrón.

Ella se miró. Pues era el que mejor le quedaba. Chasqueó la lengua. ¿Ahora tenía que conquistarle por el método tradicional? ¡Venga, quería que se enamorara de ella por su cerebro! ¡Por cómo era! Miró a ese imbécil a los ojos y sonrió. —Me quedo como estoy. Gracias por el consejo.

—No te estaba dando un consejo de moda, guapa. Olvídate de él. —Puso las manos sobre el escritorio y se acercó a ella. —Y por cierto, vuelve a meterte conmigo y no durarás mucho en este puesto. No vayas de lista, te lo advierto. Si quieres meter mierda entre nosotros, te aconsejo que te olvides.

Sonrió radiante. —Sabía que eras así.

—¿Así cómo?

—Un prepotente de mierda que cree que Lester es suyo. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo perderle? —Robert palideció. —Te calé el primer día, cuando me exigiste

que cambiara su última cita porque querías llevártelo a un partido. Y me lo confirmaste al día siguiente cuando te presentaste sin avisar para ir a cenar con

él. Cuando no tienes plan, recurres a él, ¿verdad? Pues entérate bien, a mí no me lo vas a fastidiar.

Robert entrecerró sus ojos castaños. —¿Una tregua?

—¿Y qué consigo yo con eso?

—Si por un milagro termináis juntos, no te haré la vida imposible

metiéndome en tu casa a todas horas.

—Dispara.

—Si lo consigues, cosa que dudo porque es como querer la luna...

—Sí, ya, ya. No seas pesado. Dilo de una vez.

—Dos noches a la semana será mío.

—Despierta imbécil. Cuando lo consiga, porque lo conseguiré, tendrás los miércoles como mucho. Es cuando voy a yoga.

Robert entrecerró los ojos. —Y dos sábados al mes.

—Ni hablar. Uno al mes y tiene que estar en casa para las seis de la tarde. Y cuenta si salimos todos juntos. Barbacoas o partidos.

—¿Ningún día por la noche?

—¡Ni hablar! A no ser que te hagas un hombre, te busques una novia que me caiga bien y podamos salir a cenar. —Levantó sus cejas. —¿Qué me dices? ¿Hay

trato?

—De todas maneras, no lo vas a conseguir.

Hellen alargó la mano. —Entonces dará igual el trato y podrás seguir acaparándole.

Robert apretó su mano gruñendo. —Te voy a poner todas las zancadillas que pueda hasta el altar. Eso es lo que pasa por hablar mal de mí a mi mejor amigo.

—¿Sabes, idiota? Me acabas de demostrar que Lester te habla de mí lo suficiente como para que te hayas puesto de los nervios. Así que no le soy indiferente. Gracias por alegrarme el día.

Él gruñó soltando su mano. —Eres muy lista.

—Aplicáte tus consejos y búscate novia. Cuanto antes. Y procura que nos caigamos bien. —Pulsó el botón del interfono. —¿Señor Granville? Su amigo ha

llegado a recogerle.

—Dígale que pase.

—Enseguida, señor.

Robert fue hasta la puerta. —Por cierto... —El amigo de Lester la miró a regañadientes al ver la malicia en su mirada. —¿Quieres ser mi padrino?

—Muy graciosa. Ja, ja. —Abrió la puerta y le dijo a Lester —¿Sabes que tu secretaria me acaba de invitar a salir? ¿Lo hace con todos los hombres que pasan por aquí?

Jadeó indignada. ¡Sería capullo!

—¡Hellen! ¡A mi despacho!

¿La había llamado Hellen? Aquello iba viento en popa. Rodeó la mesa a toda prisa y cuando pasó a su lado, pisó a Robert con saña con el tacón entrando en el despacho. —Uy, perdón —dijo con una dulce sonrisa—. Es que los tienes tan grandes. —Se acercó a la mesa de Lester mientras su amigo gruñía. —¿Si, señor?

—¿Le has pedido una cita a mi amigo?

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó asombrada—. ¿Con ese? ¿Cree que saldría con

ese? —Se cruzó de brazos. —Esto es indignante. ¡Yo tengo mejor gusto!
Seguro

que usted se ha ido de la lengua y ahora me ha cogido manía. Se le ve a la legua que es un rencoroso. —Le miró inquisitiva. —¿A que le ha dicho que me cae mal? ¿Eh? ¿Se lo ha dicho? ¿Se lo ha dicho? ¡Conteste a la pregunta!

Lester miró a su amigo asombrado. —¿Pero qué pasa aquí?

—Cielo... —dijo Robert sonriendo—, no hace falta que niegues que te

atraigo. Es tan obvio que casi da la risa. Si me acabas de rogar que te lleve a mi casa después de la cena. —Se echó a reír. —Si no estuviera en el trabajo, se me

hubiera tirado encima. Te lo aseguro, Lest. Me ha dicho que es una fiera en la cama.

Uy, uy, uy... Se giró mirándole fijamente. —¿Qué acabas de decir?

—Vamos, cielo. A Lester no le importará que terminemos en la cama

mientras cumplas con tu trabajo. ¿Verdad, amigo? —Robert abrió los ojos como platos al sentir la patada entre las piernas, que le dejó sin aliento antes de que cayera de rodillas en el mármol negro.

—¡Hellen! —Lester se levantó de su sillón mirando a su amigo con cara de sufrimiento, lo que a ella le demostró que era muy empático. La miró como si estuviera chiflada. —¿Pero estás loca?

Sí, había interpretado su mirada perfectamente. —Eso para que diga por ahí

que me quería acostar con él. Si fuera cierto, cosa que no es así... no sería caballeroso en absoluto. Este es un comportamiento como el que le describí antes. ¿Ve lo que quería decir?

—¿Cómo se te ocurre pegar a un cliente?

—Oh, pero si tampoco factura tanto. —Lester no salía de su asombro. —Si lo hubiera dicho de alguna de sus hermanas, ¿usted cómo hubiera reaccionado?

Su jefe entrecerró los ojos y se sentó de nuevo. —Tráeme un café.

Hellen sonrió encantada porque ahora la tuteara. —Por supuesto. —Pasó por encima de aquella piltrafa y siseó —Suerte tienes que me has pillado aquí. Te cojo en la calle y te destrozo. —Le señaló con el dedo. —Y conozco dónde vives. Ojito conmigo. —El sonido de su música del móvil la hizo correr hacia su

escritorio y sonrió al ver que era su hermana. —Hola, ¿qué tal por Londres?
—

Escuchó como sorbía por la nariz. —Harper, ¿estás acatarrada? Menuda faena.

—Tienes que venir a Londres —dijo su hermana con la voz congestionada de llorar.

Hellen se tensó. —¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Te lo explico cuando llegues, ¿vale? Ahora no puedo hablar.

Si le pedía que fuera a Londres es que la cosa era grave. —Cogeré el primer vuelo. Tú no te preocupes. En cuanto aterrice, te llamo para que me des la dirección de donde te alojas.

—No se lo digas a mamá.

Se pasó una mano por la frente porque parecía angustiada. —Harper, vive con nosotras. Sabrá que no estoy en casa.

—Pues que no venga, por favor. Dile que te vas a coger una semana o algo

así, pero no le digas que estoy mal.

—¿Pero qué pasa? —preguntó poniéndose nerviosa porque nunca había escuchado a su hermana hablar así. Si las tres se lo contaban todo.

—Ya te lo diré cuando llegues. —Colgó el teléfono y Hellen juró por lo bajo.

—¿Algún problema?

Se volvió de golpe para ver a su jefe mirándola con el ceño fruncido. Hala, todo se iba a la mierda. —Posibilidad de unas vacaciones no hay, ¿verdad?

La miró con asombro. —¡Definitivamente, tú no estás bien de la cabeza!

—¡Eso mismo pienso yo! —gritó Robert desde el suelo.

Hellen apretó los labios mirando sus ojos. —Me despido.

—¿Pero qué...?

Se volvió cogiendo su bolso a toda prisa y metiendo sus cosas en él rápidamente mientras su jefe se acercaba al escritorio furioso. —¿Te vas a despedir así sin más?

—Mira, hay prioridades. Puede que el trabajo sea importante y más

trabajando para ti, pero la familia es lo primero. —Se puso la correa del bolso sobre el hombro y se enderezó para mirarle. —Creo que me lo llevo todo. Me ha

encantado trabajar contigo. —Tomó aire profundamente sintiendo que al irse perdía algo. Y realmente lo perdía. No iba a verle más. —Menuda mierda.

¿Pero

sabes qué? Puede que haya suerte en el futuro.

—¿Qué rayos quieres de...?

Ella le cogió por las mejillas y le besó. Se quedó rígido de la sorpresa y gimió interiormente diciendo que era una pena. Sus labios se relajaron poco a poco y cuando iba a levantar las manos para apartarla, ella se alejó e hizo una mueca. —Bueno, adiós.

Corrió hacia el ascensor y le escuchó gritar —¡Hellen, vuelve aquí! —Ella no le hizo ni caso. Harper la necesitaba. —¡Hellen! —Entró en el ascensor justo antes de que se cerraran las puertas y pulsó el bajo mordiéndose el labio inferior.

Mirando las luces mientras descendía, sintió como la decepción por no volver a verle la recorría de arriba abajo. Bueno, igual en el futuro tenía suerte y coincidían de nuevo. Pero ya no podía hacer nada. Ahora venía lo peor.

Enfrentarse a su madre y convencerla para que se quedara.

Capítulo 2

—Mamá, es por aquí.

Harmony tiró de su trolley con decisión yendo hacia la salida del aeropuerto.

Estaba agotada, porque había estado de los nervios desde que le había dado la noticia de que se cogía vacaciones para ir a ver a Harper. Por supuesto no se creyó una palabra y empezó el interrogatorio. Intentó llamar a Harper, pero su hermana no se lo cogía, lo que la puso más de los nervios. Así que allí estaba. La matriarca dispuesta a poner orden.

Hellen le envió un mensaje a su hermana, que le escribió la dirección de inmediato. Se subieron a un taxi y Hellen miró de reojo a su madre que estaba a

punto de explotar. —Mamá, déjame a mí.

—¿Qué te deje a ti? Ésta se va a enterar cuando la pille. ¡Ni me coge el teléfono!

—La conoces. Sabes que si te ha ocultado esto, es para no disgustarte.

—¡Precisamente porque lo sé, es por lo que estoy de los nervios! Esto es muy gordo. Te lo digo yo que la he parido.

Hellen no pudo evitar sonreír y le cogió la mano. —Tranquilízate o se pondrá peor por hacerte daño.

La miró angustiada con sus mismos ojos azules. Estaba a punto de echarse a llorar de nuevo y a Hellen se le rompió el corazón.

—Me mata que algo os haga daño. La noté rara. Tenía que...

—Somos adultas. Tenemos que ser nosotras las que solucionemos nuestros problemas. Tú ya has hecho tu función y te toca disfrutar de la vida.

—Siempre seréis mis niñas. ¡Incluso con setenta años!

—Tú tendrás ochenta y siete. —Se echó a reír. —Viviremos juntas en el geriátrico.

Harmony no pudo evitar sonreír, pero la preocupación por Harper le hizo perder la sonrisa enseguida mirando al frente impaciente. —¿Estará muy lejos?

—Está en el centro. Es el mismo hotel donde se hospedó el año pasado cuando estuvo aquí. —Pasaron por uno de los puentes y Harmony dejó salir el

aliento mirando los impresionantes monumentos al lado del Támesis. —Es precioso, ¿verdad?

—Solucionemos lo de tu hermana cuanto antes y después haremos turismo.

—Así me gusta, mamá. Resolutiva.

Cuando llegaron a la puerta del hotel, se quedaron algo impresionadas por el lujo que las rodeaba. Un botones con levita negra y hombros dorados como si

fuera un general las seguía con las maletas. Al llegar a la recepción, una preciosa chica de color las recibió con una sonrisa. —Bienvenidas al Legend.

—Gracias. Mi hermana se hospeda aquí y...

—¿Me dice su nombre?

—Harper Shields.

—Oh, está en la suite Coral. ¿Quieren compartirla o prefieren otra habitación en la misma planta?

—La compartiremos —dijo su madre a toda prisa. Y menos mal que lo había dicho porque aquel hotel debía costar una fortuna. ¿Una suite? ¿Su hermana en

una suite? ¿Qué pasaba allí?

Miró extrañada a su madre, que entrecerró aún más los ojos antes de mirar a su alrededor como si algo oliera mal. Y Hellen empezaba a pensar lo mismo.

Aquello olía muy mal.

La chica les mostró dos llaves, explicándoles que dentro de la suite había otra habitación disponible que tenía cama de matrimonio. —¿La suite tiene otra

habitación dentro de la suite?

—Sí, la suelen utilizar familias. Phillip les acompañará. —Le hizo un gesto al botones dándole sus llaves. —A la suite Coral.

—Por favor, acompáñenme.

—Hellen, ¿qué pasa aquí? —siseó su madre mirándola como si fuera ella la

que ocultaba algo.

—No lo sé, mamá. Pero tranquila, que ahora nos enteramos de todo.

Subieron al ascensor con puertas doradas y el botones pulsó el séptimo piso.

Impacientes casi le arrastraron al salir del ascensor y Hellen forzó una sonrisa.

—Estamos ansiosas por verla.

—Sí, ya lo veo —dijo el chaval divertido—. Por aquí. —Señaló a su derecha. —Habitación del fondo. ¿Lo digo por si quieren echarse una carrera?

—¿Eso es humor inglés?

—Más bien irlandés.

Decidieron retenerse y Harmony casi se le tira encima cuando con toda la parsimonia del mundo pasó la tarjeta por la ranura. Cuando abrió la puerta su madre le arrebató la tarjeta y siseó —Gracias.

Entraron atropelladamente en la suite y le cerraron la puerta de golpe, deteniéndose en seco cuando vieron a su hermana en el sofá llorando tapada con

una manta. Estaba tapándose los ojos y cuando escuchó el portazo, apartó la mano y Harmony jadeó llevándose una mano al pecho al ver el morado que tenía

en el pómulo. Hellen se tensó con fuerza y reaccionó antes que su madre que había palidecido. Se acercó a su hermana a toda prisa y se sentó a su lado abrazándola. Harper se echó a llorar aún más fuerte y su madre se arrodilló frente al sofá acariciándole su melena rubia. —No llores, nenita. Ya estamos aquí.

—Mamá, llama al médico. Necesita un calmante.

—¡No! —Harper se apartó negando con la cabeza. —No llames a nadie.

—Pero... —Entonces lo entendió. —¿No has ido al médico? ¿No lo has denunciado?

Angustiada susurró —No puedo denunciarlo. La prensa se me echaría encima y esto hundirá mi carrera.

—Cuéntame todo —dijo intentando aparentar calma—. ¿Quién te lo ha hecho?

—Gordon Dweller.

Le sonaba ese nombre. —¿El empresario?

—Estaba en el desfile de París y cuando llegué a Londres me llamó al hotel.

Yo no quería quedar con él, pero fue tan amable... Me enviaba flores y...

Harmony asintió. —Continúa, cielo.

—Cuando terminé el desfile, quedamos para ir a cenar. Me trajo al hotel y se empeñó en acompañarme a la habitación. A mí me gustaba. —Miró a su madre

avergonzada. —Lo siento, mamá.

—No tienes que sentirlo. Estoy segura de que tú no has hecho nada malo.

—¿Te forzó?

—No. —Se echó a llorar. —Cuando íbamos a entrar en la habitación, se puso como loco. Me dio un bofetón y me golpeé contra la pared. Me asusté y salí corriendo. Me caí por las escaleras cuando huía. —Apartó la manta y Hellen

se volvió para ver que tenía la pierna rota.

—Voy a matar a ese cabrón.

—Hellen por favor... —Se echó a llorar de nuevo. —Tienes que ayudarme.

—Claro que te ayudaré. Dime dónde vive y...

—¡No!

—No puedes dejar que le haga esto a otra mujer, cielo. Es un cerdo y tienes que denunciarle.

Las miró angustiada. —Me han ofrecido ser un ángel.

A ambas se les cortó el aliento al escucharla. —¿Un ángel? —preguntó porque era su sueño desde niña.

—¡No puedo rechazarlo! ¡No me llamarán de nuevo!

Harmony abrió los ojos como platos. —¿Estás diciendo lo que me imagino?

—¡Si le denuncio, todo el mundo sabrá como estoy y no podré hacer el desfile porque es en dos semanas! ¡No puedo ni salir de la habitación porque se

enterarán! ¡Este escándalo hundirá mi carrera, mamá! He luchado mucho por llegar hasta aquí. ¡Un ángel!

Hellen la miró sin comprender. —¿Pero te quitan esto en dos semanas? —

Harper le rogó con la mirada y parpadeó sorprendida. —Ah, no.

—Por favor. Solo será esta vez. Es salir a la pasarela dos minutos. ¡Ir y volver! Nadie se enterará.

—¡Si no sé desfilar! ¡Claro que se darán cuenta! ¡No nos parecemos en nada!

—Su madre y su hermana la miraron como si estuviera loca. —Bueno, nadie me

reconoce por la calle.

—Precisamente por la pinta que llevas, nadie creerá que mi hermana y yo somos iguales. ¡Y lo somos! ¡Idénticas! Tienes que hacerlo, por favor... He llegado a la cima. Por fin.

Hellen entrecerró los ojos. —Siempre te alojas en sitios así, ¿verdad?

—Sí.

—Nos has ocultado lo que ganas, ¿verdad?

—Bueno, tú tampoco me dices lo que ganas. Pero te lo podías haber imaginado cuando compré el piso donde vivimos. ¡Mi cara en el Vogue tenía que

haberte dado una pista! Y tú de secretaria, es que es para matarte.

Harmony hizo una mueca.

—¡Oye gracias a que soy secretaria, podemos hacer esto!

Harper sonrió. —¿Entonces vas a hacerlo por mí?

—Por ti lo que haga falta. Pero antes dime dónde puedo encontrar a ese cabrón, que le voy a hacer una visita.

—¡Hellen, por favor!

Hellen levantó una ceja y Harper entrecerró los ojos. —No puede saber que hemos sido nosotras.

—Tú déjame lo a mí. Que yo le meto en cintura.

Tres días después su madre y Hellen estaban vestidas con los trajes de doncella que habían robado en el Legend, empujando un carrito que habían robado en otra planta y yendo hacia la suite Royal. Ambas se miraron bajo las pelucas y Harmony susurró —Vigila.

Hellen miró a su alrededor distraída mientras su madre pasaba la tarjeta que le habían dado en recepción para el señor Dweller porque había perdido la suya.

Entraron en la suite metiendo el carrito y todo. Habían llamado a su secretaria y sabían que esa noche tenía una cita en la ópera, así que era el momento perfecto porque iría a ponerse el smoking que seguramente estaba en el armario. Para confirmarlo, porque Lester tenía un par de trajes en la oficina, fue hasta allí sacando el smoking del armario.

—Mira qué bien vive este cerdo —dijo Harmony cogiendo el bombón de la almohada y metiéndoselo en la boca.

—Mira mamá, un Rolex. —Se volvió con él en la mano y Harmony sonrió.

—Siempre has querido un Rolex. ¿Qué más da que sea de hombre?

—Perfecto para simular un robo y para la compensación económica que le debe a la niña por bestia.

Después de robar mil dólares y tres mil libras que tenía en la mesilla, cogieron unos gemelos de oro. —Con esto me hago unos pendientes —dijo su madre metiéndolos en el mandil del uniforme. Hellen vio un ordenador portátil

sobre la mesa del salón y con curiosidad lo encendió. Mira por donde el muy capullo tenía fotos sadomaso en el portátil, donde él era el protagonista absoluto.

Se iba a cagar. Encontró un pen en la funda del portátil y metió las fotos en él.

Cuando terminó miró el reloj. —Mamá, prepárate. Estará a punto de llegar.

Quedan dos horas para la ópera.

Las dos fueron hacia el carrito para coger los bates de beisbol que habían comprado en una tienda de deportes. Se colocaron los pasamontañas y se pusieron tras la puerta con los bates en alto y la luz apagada. Metieron el cartón que tenían preparado en la ranura de la luz, para que cuando llegara la tarjeta no llegara al fondo y no pudiera encenderla. Menos mal que entraba algo de luz por

los ventanales. Al menos no estaban a oscuras.

Diez minutos después su madre suspiró. —Mira que como no venga...

—¡Claro que va a venir! Tiene el smoking en la habitación. Estate atenta.

—Tengo sed.

Para su asombro su madre dejó el bate apoyado en la pared y fue hasta el bar abriendo la neverita. —¿Estás loca?

Cogió varias botellitas de licor metiéndoselas en los bolsillos del mandil. —

Que se joda. Espero que le crujan con la cuenta.

—¿Crees que se va a arruinar por unas botellitas del minibar?

—Todo ayuda. —Cogió un refresco de cola y lo bebió con ansias. Soltó un eructito cuando apartó la lata.

—¡Mamá!

—Perdón. Tiene mucho gas.

—¡Vuelve aquí!

Escucharon voces acercándose y Hellen le hizo un gesto con la mano. —

¡Qué viene!

Su madre corrió hacia ella tirando la lata al suelo y cogió el bate preparándose.

—Tomemos una copa mientras me cambio y hablamos de ello —dijo una voz de hombre tras la puerta justo antes de abrirse. Se encogieron tras la puerta con los bates en alto.

Dos sombras entraron en la habitación y el segundo de espaldas a ella cerró la puerta. —¿Qué pasa? ¿No funciona?

Hellen frunció el ceño antes de que su madre gritara, arreándole un golpe al que estaba de espaldas a ella en el costado. —¡No! ¡Al otro! —gritó Hellen mientras el primero caía al suelo de rodillas gimiendo de dolor.

Su madre no medía, pero al menos le hizo caso girándose al otro para empezar a darle mamporrazos. Hellen chilló cuando el primero la cogió por las

piernas tirándola al suelo e intentó soltarse, pero la cogió por los brazos colocándose sobre ella. Se quedó de piedra al ver a Lester. La luz de la nevera

mostró la cicatriz de su muñeca y él la miró sorprendido. —He...

Ella le tapó la boca y se miraron a los ojos. Hizo una mueca antes de susurrar —No digas nada.

Su madre estaba desquitada y le pegaba patadas en las piernas al tipo tirado en el suelo. —Maldito cabrón. Eso es para que vuelvas a pegar a una mujer.

¡Debería castrarte, hijo de puta! ¿Te va lo duro? Espera que te voy a enseñar lo que es duro.

Lester se levantó cogiéndola de las manos y le susurró al oído —Largaos de aquí. Está inconsciente.

Harmony frunció el ceño deteniéndose. —¿Qué haces? No podemos dejar testigos. ¡Cárgatelo! —Levantó el bate amenazante.

—¡Mamá, baja eso! ¡Es mi jefe!

—Exjefe. Joder, ¿estáis locas?

—¡Este cabrón pegó a mi hermana!

—Largaos de aquí. Esperaré para llamar a la policía.

Le miraron con desconfianza. —¿De qué le conoces?

—Eso... —dijo su madre colocándose a su lado.

—¡Estáis viendo a mi competencia en Europa! ¡Es quien me ha robado a Everett!

—Mamá, arréale otra vez.

—¡Estaos quietas! Como esté grave...

—Qué va. Soy enfermera. Se dónde pegar y que duela, pero sin llegar a espicharla.

Lester se pasó una mano por su pelo negro. —Largo. ¡Y que no os vean!

—¿Y qué vas a decir?

—Que unas sombras nos atacaron y que me quedé sin sentido.

—Me gusta este hombre para ti, cielo. Tenías razón.

—¿Qué? —preguntó Lester asombrado.

—Nada, mi madre que siempre quiere casarme con alguien. —Advirtió a su madre con la mirada y ésta abrió la puerta quitándose el pasamontañas. Hellen también se lo quitó dejando caer su cabello castaño sobre la espalda y sonrió algo avergonzada. —Bueno, adiós.

—Adiós no. ¡Cuando soluciones tus temas en Londres, te quiero en Nueva York para una conversación muy larga que vamos a tener!

Sonrió ilusionada. —Vale. Pero tendrás que esperar un poco. Unas semanitas de nada. Descuéntamelas de las vacaciones.

—¡No te he dicho que te iba a readmitir!

—Bueno, pero se sobrentiende. —Tiró del carrito hacia afuera y metieron los bates justo antes de salir. Pero volvió a toda prisa y le cogió de la nuca dándole un beso. Lester gruñó en su boca, excitándola de una manera primitiva y gimió

cuando la cogió por la cintura pegándola a él, tomando el control del beso. Sus

lenguas se unieron y Hellen tembló entre sus brazos sintiéndose

maravillosamente. Lester se separó lentamente y se miraron a los ojos.

Su madre la cogió del brazo apartándola de él y dijo —Dejadlo para otro momento, ¿queréis? ¡Sois algo inoportunos!

Hellen se espabiló y corrió por el pasillo dando la espalda a la cámara, abandonando el carrito al final del corredor para coger los bolsos y bajar las escaleras corriendo con su madre detrás. —Se te ha caído la peluca —dijo su madre.

Se llevó la mano a la cabeza y juró por lo bajo. —Da igual. Me teñiré en cuanto llegue al hotel.

Se quitaron los uniformes mostrando la ropa de calle que llevaban debajo y los enrollaron. Salieron al hall tirándolos a una papelera que había al lado de los ascensores, antes de salir de allí como si nada. Cuando se subieron a un taxi, Hellen dijo disimulando —¿A dónde quieres ir a cenar? Jefe, ¿nos recomienda

algún sitio?

Capítulo 3

Tumbada en la cama del hotel al lado de su madre, que ya dormía a pierna suelta, se mordió el labio inferior esperando que Lester estuviera bien. ¿Por qué se había reunido con Dweller? Inquieta porque las hubiera delatado, se levantó lentamente de la cama y cogió su móvil de la mesilla de noche. De puntillas salió al salón y se sentó en el sofá escribiéndole un mensaje por si no podía hablar todavía.

“¿Estás bien?”

Vio que lo leía, pero no le respondió. Preocupada se quedó allí sentada. Igual ya no quería saber nada de ella después de todo lo que había ocurrido. La verdad es que cualquiera pensaría que estaban algo pasadas de rosca.

Se sobresaltó cuando el teléfono vibró en su mano y abrió el mensaje rápidamente. “*Te llamo en unos minutos. Ahora no puedo.*”

Miró hacia la habitación de su hermana y vio bajo la puerta que tenía la luz encendida. Preocupada se levantó y giró el pomo lentamente por si estaba dormida, pero la vio sentada en la cama con un bol de helado de chocolate y la

tele encendida casi sin volumen. Jadeó asombrada. —¿Te lo ibas a comer

sola?

La miró con sus mismos ojos azules llenos de lágrimas. —Me ha jodido bien ese cerdo.

Suspiró acercándose. —Harás el próximo desfile.

—No, no lo haré porque no me llamarán más. —Se metió la cuchara en la boca.

—¿De dónde has sacado eso?

—Servicio de habitaciones —dijo con la boca llena.

—Trae. —Su hermana lo apartó mirándola como si estuviera loca. —¡Oye!

—Ni hablar. ¡Hasta el desfile vas a comer lo que yo te diga! ¡Y te digo que no puedes comer esto!

Bufó sentándose en la cama a su lado. —¿Y si empiezo mañana?

—No. ¿Ves como no me van a llamar más? No lo harás bien.

—¡Oye, encima que te ayudo!

La miró arrepentida. —Lo sé. Soy la leche, pero si no lo das todo...

—Yo siempre lo doy todo. Ya me conoces. —Vio que su hermana tenía miedo. —¿Te he fallado alguna vez? —Harper negó con la cabeza. —Pues ésta

no va a ser la primera. ¿Has llamado a tu agente?

—¡No! Dirá que lo deje. Cree que tengo la gripe.

—Ah, entonces no le llames. —Alargó la mano y cogió el bol haciendo

gemir a Harper. —Una cucharadita nada más. Si llevo comiendo toda la vida lo

que me ha dado la gana y estoy como tú. Tengo un metabolismo a prueba de bomba. —Se metió la cuchara en la boca.

—Te sobran cinco kilos para desfilas en lencería. —Cogió un mechón de su cabello aún castaño e hizo una mueca. —Madre mía, cuánto trabajo tenemos por

delante...

—Va. Para ti pan comido.

—Tienes que depilarte de arriba abajo.

—Estoy haciéndome el láser. Ya lo sabes. —Cogió otra cucharada de helado al ver que estaba despistada, pero Harper le dio un manotazo. —Está muy bueno.

—¿Qué hacéis? —preguntó su madre sobresaltándolas.

—¡Jo, mamá! —Hellen se volvió con la mano en el pecho. —¿Quieres que me dé un infarto?

El teléfono empezó a sonar en el salón y Hellen se levantó dando un chillido antes de correr hacia allí casi arrollando a Harmony. Descolgó a toda prisa.

—

¿Si?

—¿Sabes de dónde vengo?

La ironía de su voz no era buena señal. —¿De la comisaría?

—¡Del hospital! ¡La enfermera esa me ha roto una costilla!

Gimió pasándose la mano por el cuello girándose para mirar a su madre. —

Está muy arrepentida.

—Ah, ¿qué ya lo sabe?

—No, pero cuando se lo cuente estará de lo más arrepentida. Ya verás como sí. Tiene un corazón enorme.

—¡Sí, ya vi lo enorme que lo tiene cuando molía a Gordon a golpes!

—Por cierto, ¿por qué te reuniste con él? —preguntó como si nada.

—¿Me estás juzgando?

—¡Es que ese tío tiene tela! No serás como él, ¿verdad?

—¡Esto es el colmo! He tenido que venir hasta aquí para negociar con él un acuerdo de no agresión por culpa tuya y encima me lo echas en cara.

—¿Por mi culpa?

—¡Everett se ha ido con él por tu culpa! —Hellen se sonrojó. —¡Reconócelo de una maldita vez! ¡Siempre llamas para confirmar con el cliente!

—Bueno, puede que admita que debía haberlo llamado. ¡Pero tú tampoco me dijiste que lo hiciera! ¿Y qué más da que Everett se haya ido con él? ¡Tienes clientes de sobra! Vendes camiones a puñados. ¡No seas egoísta! Por cuatro o cinco...

—¡Son autobuses! Everett va a cambiar toda su flota en un espacio de cinco años. ¿Sabes cuántos autobuses son?

—No, ¿cuántos?

—¡Dos mil cuatrocientos, Hellen! Dos mil cuatrocientos para todos los Estados Unidos.

Vaya. Gimió sentándose en el sofá. —Pues sí que era importante esa cena.

—¡Mucho!

—Es que no hay comunicación. Te lo dije. Tenías que haberme advertido de que le tuviera en palmitas. —Él gruñó al otro lado del teléfono. —Pero tranquilo, que yo lo arreglo.

—¿Con un bate de beisbol? He hablado con Gordon. Él no se mete en mi terreno y yo no me vengo a Europa como tenía previsto el año que viene, abriendo una sucursal aquí.

—¿Cómo que te vienes a Europa? —preguntó indignada.

—¿No me explico con claridad? ¡Ya no me vengo a Europa!

Suspiró de alivio. —Menos mal.

—¿Y a ti qué te importa?

—Claro que me importa. Trabajo contigo. —Chasqueó la lengua. —Y sobre lo de Everett, déjame a mí. No firmará con Dweller.

—Ya ha firmado con Dweller.

—Puede, pero cambiará de idea. Te lo digo yo.

—¿Qué has hecho? —dijo entre dientes—. ¿Romperle las piernas otra vez?

—Anda, ¿se ha roto las piernas?

—¡Y un brazo!

—Va, pues ha salido bien librado por tener la mano demasiado suelta. —

Sonrió encantada. —Por cierto, ¿te has alegrado de verme?

Su madre sonrió divertida cruzándose de brazos sin cortarse en escuchar.

—¿Estás loca? ¡Ya me había advertido Robert de que no estabas bien de la cabeza y esto lo ha confirmado!

—Va, ese amigo tuyo es algo bobo. No le hagas mucho caso. ¿Cuánto te vas a quedar en Londres?

—Hasta mañana. Algunos trabajamos.

Miró a su madre mordiéndose el labio inferior. —¿Por qué no te vas el domingo?

El silencio al otro lado de la línea la hizo dudar. ¿Sería demasiado pronto?

Todavía no le había dado tiempo a conquistarle y lo de esa noche no había ayudado mucho. Gimió interiormente mirando a su madre a los ojos.

—Hellen... —Abrió los ojos exageradamente esperando su respuesta

mientras su corazón se ponía a mil por hora. —¿Quieres tener un lío con el jefe?

—¿Es una pregunta con trampa?

Su madre le hizo un gesto impaciente esperando su respuesta.

—Te veo cuando soluciones tus problemas —dijo enfadado—. Y te aconsejo que consultes con un especialista, porque después de lo que he visto hoy, creo que lo necesitas seriamente.

—¿Yo te digo que te quedes y tú me dices que vaya al psiquiatra? —
preguntó entre decepcionada e incrédula.

Harmony jadeó ofendida. —¿Que ha dicho qué?

—¿Es la loca del bate?

—¡No te metas con mi madre! ¡Ahora sí que ya no me acuesto contigo!

—Si te acabo de rechazar —dijo incrédulo.

—¡Espero una disculpa! —Colgó el teléfono y gimió tirándolo sobre el sofá.

—Ha dicho que no.

—Joder, vaya suerte que tienen las Shields con los hombres —dijo su
hermana desde la puerta mientras su madre se acercaba a consolarla—. Vaya
tres.

—No pasa nada. Le gustas.

La miró sorprendida. —¿Cómo lo sabes?

—Te besó. Le gustas, te lo digo yo.

—Mamá. Porque un hombre la bese no significa que esté loco por ella. Te lo
digo yo. —Señaló el pómulo con el dedo.

—Ese no era un hombre. Pero Lester sí que lo es. Y es perfecto para tu
hermana. Me gusta. No se chivó cuando tuvo la oportunidad. Es más, nos
ayudó.

Decepcionada miró el móvil y lo cogió de nuevo. —Cree que estoy loca.

—Después de pillaros en la habitación de Gordon es normal —dijo su

hermana acercándose con la muleta.

Hellen entrecerró los ojos. Claro, tenía que admirarla. Admirar a tu pareja era importante en una relación. Le demostraría que era lista y recuperaría a Everett para él. Vaya que sí. Le dejaría con la boca abierta.

Harper soltó una risita. —¿Ya se te ha ocurrido algo?

—Cree que no podré hacerlo, pero vaya que sí.

Se levantó del sofá de un salto corriendo a su habitación y madre e hija se miraron —¿Qué irá a hacer ahora?

—Ya sabes que tu hermana es algo inquieta. Pero seguro que será un acierto.

Cuando se propone algo...

Harper rió por lo bajo. —Le ha dado fuerte con éste. Nunca la había visto así.

Su madre sonrió. —Es el definitivo. Lo veo en sus ojos.

—¿Y en los ojos de él lo has visto? —preguntó irónica—. Porque acaba de rechazarla.

Harmony entrecerró los ojos. —Estaba oscuro. —De repente sonrió. —Pero sí que vi como la besaba. Ahí no la rechazaba, el muy pillín. Se le está resistiendo, eso es todo. En cuanto llegue a Nueva York, tu hermana lo arregla.

Hellen salió de su habitación con el portátil de su hermana en la mano y radiante exclamó —¡Arreglado!

—¿Le has enviado un email?

—Qué va. He colgado esto. —Volvió el ordenador y las dos abrieron los ojos como platos al ver a Gordon con un látigo en la mano y unos pantalones de

cuero sin camisa.

Harper jadeó acercándose con la muleta a toda prisa. —¿Dónde lo has conseguido?

—De su ordenador. Lo he subido al Facebook de su empresa.

—Hija, ¿estás segura? A ver si te vas a meter en un lío...

Hellen soltó una risita. —Se va a cagar.

—¿No lo habrás subido con tu nombre?

—¡Qué va! Tenía un perfil falso que usaba cuando quería entrar en el Facebook de Lester y que no me pillara. Ya sabes, para controlarle un poco.

—

Se encogió de hombros. —No es mucho de redes sociales. Casi no pone nada. —

Les guiñó un ojo. —Así me enteré de que era soltero y que no tenía pareja.

—De momento. —Harmony fue hasta su habitación. —Buenas noches, niñas.

—Buenas noches, mamá —contestaron las dos mirando la foto.

—No seguirán la IP de mi ordenador, ¿verdad?

Hellen parpadeó. —¿Tú crees...? Aquí hay wifi.

—Cierra el perfil y desconecta el ordenador. Gordon puede contratar a alguien que le siga la pista a la foto.

Hellen lo hizo de inmediato y bloqueó el wifi por si acaso. —Ya está. Con no enviar más fotos desde aquí...

—Madre mía. Nos vas a meter en un lío.

—Más le vale que no revuelva la mierda, porque entonces se va a cagar.

Tengo fotos mucho peores que ésta.

Harper puso cara de asco. —Muy gráfica.

—Tengo las hormonas alteradas. —Gimió tumbándose en el sofá. —No ha querido quedarse. —Sonrió suspirando profundamente. —Qué bien besa, Harper. Es...

—¿El número uno?

—Para mí sí.

Harper se sentó a su lado. —Ten cuidado, ¿quieres? No te vuelques demasiado. He conocido a muchos ricachones que no me han tomado en serio.

—Antes de darte cuenta aparecerá el hombre adecuado, ya verás. Y te querrá con locura.

—¿Crees que conseguirás que se enamore de ti? —Hellen asintió y su hermana la miró asombrada. —¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque siento que es mío. No sé explicarlo. Si me pidiera matrimonio ahora mismo, me tiraría de cabeza sin pensarlo. Es perfecto para mí.

—Pero si no le conoces.

—Claro que sí. He tenido dos meses para conocerle. Es sincero, trabajador, tenaz, amigo de sus amigos, aunque no se lo merezcan, fiel...

—¿Cómo sabes que es fiel?

Soltó una risita. —No le gustan los engaños. Le va más ir de frente.

—Eso no significa que si se le pone una delante, no eche una cana al aire.

—No lo haría. Estoy segura.

Harper la miró incrédula. —Estás ciega con ese tío. ¡No le conoces en una relación de pareja!

—¿Qué te apuestas a que me caso con él?

Su hermana entrecerró los ojos. —Si en un año no te has casado, te quedarás de rubia.

—Y si gano, me llevarás a Egipto.

Harper extendió la mano. —Hecho. Vete comprando el tinte.

—No, guapa. Éste no se me escapa.

Gimió dándose la vuelta en la cama cuando escuchó el sonido del teléfono en el salón. Miró el reloj y apenas eran las siete de la mañana.

—Por Dios, apaga ese chisme —protestó su hermana girándose en la cama para darle la espalda.

Fue medio dormida al salón y cogió el teléfono descolgando sin mirar quien era. —¿Si? —preguntó pasándose la mano por la barbilla que tenía algo de babilla.

—¡Hellen! ¿Qué coño has hecho?

—¿Quién es? ¿Abuelo? —preguntó aún confusa.

—¡Soy Lester!

Eso la espabiló de golpe. —¿Te vas a quedar?

—Qué remedio. ¡Me ha llamado la policía!

Se sentó en el sofá confusa. —¿Qué has dicho?

—¿Dónde estás? —siseó furioso.

—En el Legend. Suite Coral.

—Voy para allá. ¡Y despéjate!

Recordó a su hermana y que no quería que la viera nadie. —No puedes venir.

—Impídemelo.

Chilló colgando el teléfono y corrió hasta la habitación de Harper. —Viene Lester.

—¿Viene a dónde? —preguntó su hermana somnolienta.

—¡Aquí!

Harper se sentó de golpe. —¿Estás loca? ¡No se lo puedes contar a nadie!

Hizo una mueca. —Bueno, parte ya lo sabe. Mamá es muy expresiva cuando está pegando a alguien. Lo que no sabe, es que tú eres mi hermana.

—¡No puedes decírselo! ¡Vas a hundir mi carrera!

Harmony llegó corriendo atándose la bata. —¿Qué ocurre? ¿Por qué gritáis?

Vais a despertar a medio hotel.

—Lester me acaba de llamar. Viene para aquí.

—¿Para invitarte a salir? ¿No es un poco temprano?

—Le ha llamado la policía.

Madre e hija palidieron. —Madre mía. Nos van a pillar. Por eso viene, para delatarnos —dijo Harper trágicamente—. Saldré en los periódicos y arruinaré mi vida, acabando mis mejores días en chirona.

—Hala, exagerada. —Hellen entrecerró los ojos. —Deberías hacer cine.

—¡Ese era mi siguiente plan, pero creo que tendré que dejarlo de lado porque estaré en la cárcel!

—¡Si tú no has hecho nada!

—Has colgado la foto desde mi ordenador. ¡Foto que robasteis de su habitación! ¡Después de darle una paliza!

Harmony hizo una mueca. —Es su palabra contra la nuestra. Quizás no deberíamos haberle robado el Rolex —dijo su madre como si nada.

Harper chilló apartando las sábanas. —Tenemos que largarnos de aquí.

—Pero si el desfile es aquí dentro de... —Atónita vio a su hermana abrir el armario y solo ponerse un abrigo. —Harper, ¿quieres calmarte?

Llamaron a la puerta y las tres se miraron con los ojos como platos. Hellen la señaló. —No salgas de la habitación, ¿me oyes?

Harper asintió asustada y Hellen cerró la puerta dejando a su madre con ella.

Tomó aire caminando hacia la puerta cuando volvieron a llamar. —Ya voy. Qué

prisas a estas horas.

Se miró el pijama de seda azul que le había prestado su hermana e hizo una mueca porque la parte de arriba era de tirantes. Era una pena que los pantalones fueran largos. Se apartó un mechón del hombro para abrir con una sonrisa en la

cara, intentando seducirle y antes de que pudiera evitarlo Lester entró sin mirarla, caminando hacia el sofá furioso.

—¡En menudo lío me has metido! —gritó antes de girarse y perder el habla mirándola de arriba abajo. Ella sonrió más ampliamente cerrando la puerta y su

jefe carraspeó antes de cabrearse de nuevo—. ¿Se puede saber qué has robado de

su ordenador?

—Unas fotos. ¿Quieres verlas?

—¡No! —Se sobresaltó cuando le gritó a la cara. —¡No quiero verlas! No me refiero a eso, Hellen. Te has llevado algo del ordenador muy delicado. No han querido contarme nada, pero Gordon ha puesto a dos detectives a seguirlos la

pista.

—¿Esto es por el Rolex que nos llevamos?

—¿Le has robado el Rolex? —preguntó con asombro.

—Por los daños y perjuicios. Y te aseguro que los va a haber. —Se cruzó de brazos elevando sus pechos y Lester los miró. Hellen gimió por dentro cuando sus pezones se endurecieron bajo su mirada. Carraspeó llamando su

atención. —

Sobre las fotos...

—¡La policía no hablaba de fotos! ¡Creen que yo he robado esa información del ordenador!

—¿Qué? —preguntó con asombro—. ¿Cómo pueden pensar eso?

—¡Será porque a él le molieron a palos mientras que a mí solo me han roto una costilla! ¡Está en el hospital! ¡Ni siquiera debe saber que le robasteis el Rolex!

—Ah. ¿Y cómo sabe que le robamos lo otro? ¡Qué por otra parte no he robado!

Lester entrecerró los ojos. —Cierto, ¿cómo sabe que se le ha robado nada del ordenador aparte de las fotos? Joder, es una trampa.

—No entiendo por dónde vas.

—¡Quiere meterme a mí en esto, Hellen! Dirá que le he robado información del ordenador para ensuciar mi imagen. Como sabe que los ladrones se llevaron

las fotos...

—Lo ha aprovechado para fastidiarte a ti.

—¡Exacto!

—Pues tu presencia aquí no es segura. Tienes que irte.

La miró asombrado. —¿Así que ahora tengo que comerme este marrón yo

solo?

—No. Yo lo arreglo. —Le guiñó un ojo. —Confía en mí.

—¿Qué confíe en ti? —Lo dijo de tal manera que parecía que fuera algo totalmente imposible de que ocurriera. —¡Tú me has metido en este lío!

Chasqueó la lengua. —¿Qué iba a saber yo, que el tipo ese era el que había tratado mal a mi hermana? ¡Ha sido una coincidencia!

—Una coincidencia que me deja a mí a la altura del betún. —Entrecerró los ojos. —No trabajarás para él, ¿verdad?

—¿Y le pego a mi jefe?

—¡No me extrañaría! ¡Tú no estás bien de la cabeza! ¡Además pegaste a Robert! ¡Se te va la mano! —La señaló con el dedo. —¡Y la lengua! ¡Me besaste!

—Pues denúnciame. —Le empujó por el hombro hacia la puerta. —Hala, largo. Que me has fastidiado el sueño, con lo a gusto que estaba.

—¡Un momento! ¿Cómo vas a solucionar esto? ¡No me fío de ti!

—Eso está claro. —Le empujó de nuevo. —Tienes que irte. ¿Y si te ha seguido la policía?

—¡Estoy alojado aquí! ¡Por cierto, esta habitación es carísima! ¿Cómo la pagas?

—Ahora entiendo que llegaras tan rápido. Y tengo ahorros.

—Todo esto me huele muy mal —siseó con desconfianza mirando a su alrededor—. Desapareces, te alojas en mi hotel, pegas a mi rival en Europa...

¿Tu hermana existe o te la has inventado?

La puerta se abrió y su madre apareció con su hermana apoyada en una muleta. Lester dejó caer la mandíbula mirando a Harper. Y esa mirada no le gustó un pelo, porque parecía impresionado.

—Es...

—¡Ya sé quién es! ¡Ahora largo!

Ignorándola se acercó a su hermana mientras su madre le miraba mosqueada cruzándose de brazos. —Harper Dillman. —Alargó la mano sonriendo de una manera muy seductora. —Encantado de conocerla.

Harmony le miró como si fuera idiota antes de ver la decepción en la cara de Hellen, que se había quedado de piedra porque a ella nunca le había sonreído así.

—Mucho gusto —dijo su hermana incómoda mirándola de reojo.

—Así que es cierto —dijo él mirando su pómulos antes de bajar la mirada por sus piernas. Pero no miró su escayola, sino lo que mostraba su pantaloncito corto del pijama de la otra pierna hasta sus uñas rojas de los pies.

—Este tío es idiota —dijo su madre por lo bajo.

—Pues sí es cierto y creo que debería disculparse con Hellen, porque ella solo ha querido protegerme.

—Es algo impulsiva. Pero una secretaria excelente cuando tiene el día. —Él se volvió con una sonrisa y al ver la cara de Hellen tallada en piedra, la miró confundido antes de que ella se diera la vuelta y se metiera en su habitación dando un portazo. —¿Qué ha ocurrido?

—Tienes que irte —dijo Harmony muy cabreada.

—Pero no me ha dicho cómo piensa arreglarlo. —Se volvió hacia Harper —

Por cierto, no se apellidan igual. ¿Son de padres distintos?

—Lo que decía. Idiota —siseó su madre cogiéndole del brazo—. Lester, majo, lleva el apellido de soltera de mi madre cuando trabaja.

—Ah... sobre Hellen...

—Acabas de meter la pata hasta el sobaco.

Le abrió la puerta y le miró furiosa indicándole con la mano que saliera.

Lester carraspeó —¿Perdón?

—¡Qué largo, joder! —Le empujó al pasillo y le cerró la puerta en las narices. Harmony miró a su hija que parecía arrepentida y a punto de llorar.

—

No es culpa tuya.

—Pero...

—¡La culpa es de tu hermana!

Hellen tumbada en la cama la escuchó y saltó de ella abriendo la puerta de

golpe. —¿Cómo que es culpa mía? —gritó furiosa con las mejillas llenas de lágrimas.

—¡Es culpa tuya porque no te cuidas y pretendes que cuando alguien vea a tu hermana, te prefiera a ti sin conocerte!

—¡Le he dado tiempo a conocerme!

—¡Si ni siquiera sabía que tu hermana era Harper Dillman! Te apuesto lo que quieras a que ni sabía que tenías una hermana porque no le interesaba.

Perdió el color de la cara y tuvo que admitir que tenía razón. Estaba claro que ella no le interesaba en absoluto. De hecho, ni recordaba las veces que la había despedido en la última semana.

Harmony suspiró. —Cielo, a mí también me gustaba para ti, pero lo que acabo de ver...

—¡Pero si somos iguales! —gritó mostrando a Harper que hizo una mueca

—. ¡Gemelas idénticas!

—Hellen... ese color de pelo... Te he dicho mil veces que no te pongas esos colores tan oscuros y esa ropa de vieja, pero no me haces ni caso. Parece que quieres esconderte y... —Harper abrió los ojos como platos. —Dios, quieres esconderte, ¿verdad? Esto es por lo que te pasó en el instituto.

Una lágrima rodó por su mejilla. —¡No! —respondió rabiosa.

Harmony palideció dando un paso hacia su hija. —Cariño, ¿de qué está hablando tu hermana?

—¡No es por eso! ¡No inventes cosas!

Harper la miraba como si no pudiera creérselo. —Aparentaste ante todos que te había dado igual, pero ahí empezaste a cambiar. Soy estúpida. Y ni me di cuenta. Fue poco a poco, ¿verdad? Para que no se notara. Primero dejaste de ponerte faldas y cuando ibas a ir a la universidad ya eras otra. Otra que ni se maquillaba y que era opuesta a mí.

—Dios mío. ¿Qué paso en el instituto? —gritó su madre perdiendo los nervios.

Hellen apretó los puños. —Estás preocupando a mamá.

—¡Otra razón por la que no se lo contaste! ¡Apuesto a que es lo único que no le has contado en tu vida!

Miró a los ojos de su hermana antes de levantar una ceja. —¿Acaso tú le contaste algo?

Harmony las miraba como si no las conociera. —¡No le dije nada porque tú aparentabas que todo estaba bien y no quería hacerte daño hablando de ello!
—

Asombrada dio un paso hacia ella. —Me echaste la culpa, ¿verdad?

—¡No fue culpa de nadie! Fue ese gilipollas que no veía lo que tenía ante sus narices.

—Como Lester.

—¡Exacto!

—Veían la belleza y no les interesaba nada más y cuando te desvirgó en el motel, lo hiciste presionada por él creyendo que te quería. Cuando le escuchaste hablar con los demás en el patio del instituto sobre como se había tirado a una de las Shields, recuerdo como palideciste y más aún cuando dijo que le daba igual

una que la otra, porque estábamos igual de buenas. Por eso ocultabas que eres bonita y por eso querías alejarte de mi aspecto. Aprovechaste que yo entré en la agencia de modelos y mejoré mi imagen para tener una excusa, diciendo que tú

no te pasarías ante el espejo una hora todos los días. Te llevó años, pero conseguiste lo que querías. No ser como yo, para no volver a pasar por eso.

—Dios mío —dijo su madre impresionada dejándose caer en el sofá—. Pero

si tenías... catorce años.

Sin darse cuenta de que lloraba miró a su madre. —¿Y qué? ¡Tenía catorce años y me enamoré de Charlie! ¡Quería estar con él! ¿Acaso no te quedaste tu embarazada con dieciséis?

Harmony se tapó la boca impresionada. —Ese cabrón te jodió la vida.

—¡No, simplemente me abrió los ojos! ¿Acaso vosotras, tan hermosas y llamativas, habéis encontrado el amor? ¡Yo solo quería que me amaran por como

soy por dentro y no por fuera!

—¿Acaso lo has encontrado tú? —preguntó su hermana cortándole el aliento

—. ¿Crees que esto que me ha pasado no podría haberte pasado a ti? ¿O a cualquier otra? ¿Crees que lo he provocado por ir atractiva?

Hellen perdió todo el color de la cara. —No, claro que no. —Preocupada dio un paso hacia su hermana. —Fue culpa de ese cabrón.

—Dios, hija... ¿y por qué dejaste que Charlie influyera en ti?

—Porque era una niña, mamá —dijo Harper impresionada mirando el dolor en los ojos de su hermana—. Ella siempre ha sido la fuerte de las tres y no podía dejar que le afectara. Lo pasó sola y se protegió como pudo. ¿Pero sabes qué?

No estás siendo sincera contigo misma ni con los demás. Simplemente te escondes bajo esa fachada cuando en realidad sí que somos iguales y lo que más

me jode de todo esto, es que te avergüences de mí.

—No me avergüenzo de ti —dijo angustiada.

—¡Sí que lo haces! ¡Nunca le dices a nadie quien soy! ¡Otra estaría orgullosa de ser mi hermana y hasta donde he llegado, pero tú no! ¿Por qué crees que nunca te digo lo que hago o los contratos que tengo? ¡Porque parecía que no te interesaba!

—Harper, eso no es cierto. Estoy muy orgullosa de ti. Yo te quiero. —Se sonrojó avergonzada. —Es que no quería que cambiara nada.

—Ahora lo entiendo todo —susurró su madre sin salir de su estupor—. Por eso espantabas a todas mis citas. Por eso te pusiste así cuando Harper entró en la agencia. Con nosotras te sentías segura y no querías que cambiara nada. Hasta que conociste a Lester.

Hellen se echó a llorar. —Siento haber sido tan egoísta.

—Mi amor... —Harmony se levantó y la abrazó con fuerza. —Tú no eres egoísta. —La besó en la sien. —Pero estás hecha un lío, mi vida. No te preocupes, te ayudaremos.

—Le quiero.

—Lo sé. Pero antes de verle de nuevo, debes encontrarte. Debes saber quién eres. —Se apartó para limpiarle las mejillas con los pulgares. —Eh... no pasa nada. Tu hermana tiene pasta de sobra para un psicoanalista. —Hellen se echó a

reír sin poder evitarlo y Harper sonrió. —Así me gusta. —La abrazó de nuevo.

—Lo arreglaremos. Y si quieres vestir con esas faldas el resto de tu vida, te querremos igual. Pero porque te gusten, no para que te escondas tras ellas.

—Pero así no me querrá por mí.

Harmony miró a su otra hija por encima de su cabeza. —Mi amor, de una cosa estoy segura. Nadie te amará de verdad hasta que no te ames a ti misma.

Capítulo 4

—Bueno, ¿qué opina?

Hellen se giró en el diván mirando al loquero que su hermana le había buscado en Londres. El doctor Collison al parecer era muy reputado y seguro que le estaba costando una pasta a Harper, pero como se habían empeñado en que fuera, ella no podía negarse.

El hombre que debía rozar los setenta años, se quitó las gafas llevando la patilla hasta su boca mirándola pensativo. —Entiendo lo que te ocurrió, pues eras una adolescente influenciable. Fue un trauma que ha marcado tu vida y desviaste tu comportamiento. En lugar de comportarte como cualquier muchacha

que quiere ser el centro de atención y brillar, tú hiciste todo lo contrario. —Hizo una mueca. —Y eres buena camuflando tus emociones tanto como tu exterior.

—Lo he ido perfeccionando con los años.

—¿Ves? Utilizas el humor para no mostrar lo que te duele. Y no debes hacerlo.

—Oiga, que también tengo carácter. Al amigo de mi jefe...

—Otra manera de demostrarte fuerte cuando en realidad ese comentario lo relacionaste con Charlie y te dolió que se lo dijera a tu jefe, dejándote mal ante

él. Por eso le pegaste.

Abrió los ojos como platos. —Es usted buenísimo.

El doctor sonrió. —Gracias.

—Bien, ¿y qué debo hacer?

—¿Qué vas a hacer? —El doctor se echó a reír levantándose. —Pues muy sencillo. Quiero ver tu otra faceta. Tu otro yo. Debes descubrirlo para averiguar cuál de los dos eres en realidad o si no eres ninguno. Quiero que descubras cómo te sientes más feliz, llena y satisfecha con tu vida. Quiero que experimentes. Que te tiñas el pelo de rosa si te apetece. Quiero que disfrutes.

—Quiere un montón de cosas.

El doctor se echó a reír. —Exacto. Y además quiero que salgas con hombres.

Aunque le conozcas en un supermercado y no hayas hablado con él ni dos minutos.

Entrecerró los ojos molesta. —¿Por qué voy a hacer eso?

—Porque creo que has centrado en Lester el prototipo de hombre exitoso que culminará tus planes.

—¿Qué?

—Charlie estaba en el equipo de beisbol. Era importante en el instituto.

Lester es igual, pero en la actualidad. El hombre con el que todas quieren salir, atractivo, rico, con éxito... Un triunfador. Le has idealizado y le has colocado en

el lugar de Charlie. Quieres que se enamore de tu interior porque Charlie no lo hizo. Si lo consiguieras, para ti sería un éxito de tu ego nada más. En realidad, no estás enamorada de él.

Parpadeó sorprendida. —¿Ah, no?

—No. Solo tienes atracción sexual. No le conoces.

Pensó en ello unos minutos e igual tenía razón. —Bueno, ¿y si me sigue

gustando? ¿Tengo que salir con otros?

—Al menos veinte citas. No menos. Si cuando hayas salido con veinte hombres sigues interesada por él, lánzate si quieres, pero estoy convencido de que le habrás olvidado.

—¿Veinte hombres? Uff, vaya lata.

—Piensa que es una prueba antes de llegar al gran premio. Que en realidad es como lo ves. —Hellen se sonrojó haciéndole reír de nuevo. —Y no vale que

salgas con hombres que no te atraen nada para terminar antes. Hombres con los

que hubieras salido antes de conocer a Lester. Pero eso sí. No debes empezar a

salir con ellos hasta que hayas experimentado con tu aspecto para encontrar como te sientes más satisfecha. Segura no, satisfecha. Nada de miedos. Déjalos a un lado para siempre. Los miedos paralizan y no son reales.

—Bueno, cuando se cae un avión...

El doctor se echó a reír. —Ese sería un miedo real, pero la situación también sería real. Lo que no hay que dejar es que el miedo nos paralice para realizar acciones que nos apetece hacer. No voy a la India por no subirme a un avión, es

uno de esos miedos de los que hablo.

—No vestirme atractiva por si solo me miran las tetas y no a los ojos...

—Veo que lo has captado. —Entrecerró los ojos. —Dime una cosa.

—Dispare.

—¿Te molestaría que Lester te mirara los pechos?

—No. —Se sonrojó ligeramente. —Me gusta.

—Porque demuestra que le atraes.

—También puede ser un acto reflejo. Los hombres casi lo hacen sin pensar.

—¿Ves? ¿Lo estás haciendo?

—¿El qué?

—Desmereciendo tu atractivo.

Se mordió el labio inferior. —Lo hago, ¿verdad?

—Pues sí. Quiero que te pongas ante el espejo todas las mañanas y te digas diez veces que estás buenísima.

Hellen se echó a reír sin poder evitarlo. —¿De veras?

—De veras. Quiero que subas esa autoestima.

—¡Yo me quiero a mi misma! —protestó ella.

—No, Hellen. Lo que quieres es demostrar que tienes razón y que Lester se enamore de ti en lugar de en tu físico. ¿Pero por qué no pueden encantarle tus ojos o tus labios? ¿Qué tiene de malo que se excite con tu trasero o con tu cabello?

—Pues... no sé —susurró confundida.

—Yo llevo casado con mi mujer cuarenta años y amo todo de ella. Hasta esa manera en la que se pasa el cepillo por su cabello todas las mañanas.

—Qué bonito —dijo emocionada.

—Pues la primera vez que la vi, solo me fijé en sus piernas. Eran espectaculares.

Hellen se echó a reír. —Entiendo. —El doctor sonrió. —El amor vino después.

—Exacto. Ahora te sientes muy atraída por él, pero quiero que te centres en ti en este momento.

—¿Cuándo tengo que volver?

El doctor sonrió y cogió una tarjeta del escritorio. —Llámame cuando hayas cumplido con las veinte citas.

—Pero estaré en los Estados Unidos. ¿No nos veremos más?

—No. Ahora ayuda a tu hermana y después céntrate en ti. Cuando llegues a los veinte tipos, me llamas y hablaremos sobre Lester y el estado de vuestra relación.

—Está bien. —Decepcionada la metió en el bolso. —Es una pena. Me cae genial. ¿No estará pensando en mudarse a los Estados Unidos?

—De momento no.

Chasqueó la lengua. —Qué pena.

—Confía en ti y haz lo que te haga feliz.

—¡Si me acaba de decir que tengo que dejar a Lester a un lado!

—Es temporal, Hellen. Y me has entendido perfectamente.

Sonrió maliciosa. —Era por si picaba. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla. —Le llamaré.

Divertido la vio alejarse. —Estoy seguro.

Hellen estaba realmente impresionada por las palabras de su loquero. Y

pensando en las veinte citas llegó al hotel. Su hermana y su madre estaban viendo la televisión y en cuanto cerró la puerta, su madre la apagó a toda prisa.

Ambas la miraron expectantes y ella se encogió de hombros. —No puedo salir con Lester. —Su madre asintió. —Y tengo que salir con otros veinte hombres antes de salir con él.

—¿Con veinte?

—Dice que le he idealizado. —Su hermana y su madre se miraron como diciéndose ya te lo dije. —Y que en realidad solo siento deseo por él. Que le he sustituido por Charlie. Que si le conseguía siendo como soy ahora...

—Habrías conseguido lo que querías, pero eso no te acabaría satisfaciendo

—terminó su hermana dejándola atónita.

—Exacto. —Con los ojos como platos se acercó. —¿Cómo lo sabías? Yo he flipado.

—Es que yo lo veo desde fuera.

—Ah...

—¿Y que más te ha dicho? —preguntó su madre encantada.

—Que juegue con mi aspecto. —Las miró fijamente. —Aunque ahora debo ayudar a mi hermana querida.

—Hala, pues a teñirse el pelo. —Su hermana sonrió encantada. Negó con la cabeza. —¿Cómo que no?

—¿Has averiguado lo que te he pedido?

—Sí, Gordon está ingresado en una clínica privada del centro. Me lo ha dicho un amigo común —dijo con ironía—. El que nos presentó.

—Pues tengo que irme de nuevo.

Su madre se levantó de un salto. —¿Vamos a rematarle?

—¡Mamá! —protestó Harper—. ¡Tú acabas en chirona!

—Soy enfermera titulada —dijo levantando la barbilla—. Puedo camuflarme mejor que tu hermana.

—Tengo que solucionar el tema de Lester antes de meterme en más líos.

—¿Y qué piensas hacer? Puede que haya seguridad en la habitación. —

Harper negó con la cabeza. —No creo que te dejen pasar.

Entrecerró los ojos. —A mí no. ¿Pero a ti?

Harper sonrió. —Mamá, trae el tinte. Al final sí que se tiñe.

Se mordió el labio inferior mirándose de reojo en el espejo del ascensor.

Joder, era como ver a Harper. No es que estuviera incómoda, pero le daba la sensación de que ese no era su estilo. Además, aquellos tacones de quince centímetros la estaban jodiendo viva.

Salió del ascensor en la sexta planta y dos tipos sacaron la cabeza para mirarle el trasero, marcado con el vestido rojo entallado que se había puesto.

Con su melena alisada hasta la cintura, miró a su alrededor levantando una ceja, cuando reparó en que no se cortaban cuando se les quedaba mirando. Todo lo contrario. Sonrieron como idiotas. Bufó girándose y decidió preguntar en el control de enfermeras. Las dos que estaban tras el mostrador, se levantaron lentamente mirándola con los ojos como platos. Madre mía, ¿su

hermana tenía

que soportar eso todos los días cuando no estaba en Nueva York? Menuda pesadez. Menos mal que en su ciudad Harper podía salir sin llamar tanto la atención. Ella se volvería loca.

Sonrió a las mujeres. —Buenas tardes.

—Buenas tardes. ¡Es Harper Dillman! —dijeron a la vez como si fueran siamesas.

Amplió la sonrisa. —Pues sí. ¿Queréis que nos saquemos una foto para el Facebook?

—Claro que sí. Gracias. Gracias. Mis amigas se van a morir.

La más bajita fue la más rápida en rodear el mostrador con el móvil y se puso a su lado cogiéndola por la cintura y pegándose a ella para sacarse un selfie.

Antes de que le hubiera dado al botón ya tenía allí a la siguiente pegándose tanto que quedó apretujada entre ellas. Cuando sacaron tres fotos Hellen dio un paso

atrás. —Perdonar, pero vengo a ver a un amigo y no sé en qué habitación está.

—No me lo diga. Gordon Dweller —dijo la bajita ansiosa.

—El mismo. —Se agachó un poco. —¿Está solo? No me gustaría que hubiera nadie con él. No sé si me entiendes. —Le guiñó un ojo cómplice.

La enfermera entrecerró los ojos. —Claro que entiendo. Un romance.

—Todavía no. Pero éste no se me escapa.

Las enfermeras rieron por lo bajo y la otra dijo —Voy a ver, y si tiene a

alguien, le echo con alguna excusa.

Hellen sonrió. —Gracias, eres un amor. —Se volvió hacia la bajita que miraba todo lo que llevaba con mucho interés. —¿Un turno movido?

—Qué va. Después de la comida ya está muy tranquilo, excepto por las visitas.

—Mi madre es enfermera y siempre llega a casa con los pies molidos.

La miró encantada. —¿Enfermera? ¿De veras?

—De la UCI.

—Uff, un sitio duro. Aquí solo tenemos traumas. Es raro que la palme un paciente.

—Os admiro muchísimo. —La enfermera se sonrojó de gusto. —Yo no sería capaz de realizar vuestro trabajo. Hay que tener vocación.

—Tú tienes un trabajo mil veces mejor.

—A veces es duro, pero compensa.

—¿Es cierto que vas a ser un ángel?

Hellen sonrió y miró a ambos lados como si no quisiera que la escuchara nadie. —Sí —susurró—. Pero todavía no se ha confirmado por la marca, así que

no digas nada.

—¿Vas a llevar el sujetador de tres millones de dólares?

—No creo. Soy la nueva. —Se encogió de hombros. —Quizás el año que viene.

La enfermera se echó a reír. —En el Vogue estabas preciosa.

—Gracias. Pero el mérito no es todo mío. Hay un equipo detrás —dijo recitando lo que comentaba su hermana siempre que le decían cosas así.

—Encima modesta —dijo la chica impresionada.

La otra enfermera llegó corriendo y susurró —Ahora está solo. Dormido.

Habitación seiscientos cuarenta y siete.

—Estupendo. —Señaló el pasillo. —Os veo luego, chicas.

Caminó pasillo arriba y un hombre que salía de una habitación con unas muletas, se golpeó con el marco de la puerta por quedársele mirando. —

Definitivamente, con vestidos así no —dijo para sí llegando a la puerta de su víctima.

Entró en la habitación y efectivamente estaba dormido. Reprimió la risa por

la pinta que tenía. Su madre se había empleado a fondo. Hasta tenía una pierna

colgada del techo. Se acercó a él y pasó la uña pintada de rojo por su mejilla. No era feo en absoluto. Era moreno y por el torso que tenía al aire, se notaba que hacía ejercicio. Para que te fíes de las apariencias. Gordon movió la mejilla y siguió durmiendo como si nada. Bufó dándole una cachetada en la mejilla y se

despertó de golpe. Tenía los ojos azules y la miraron como si no se creyera lo que veía.

—Hola, amorcito. ¿Te duele mucho? —dijo empalagosa.

—Harper... —Parecía asustado.

—No soy Harper. —Le cogió el moflete y apretó con saña. —Mi hermana no

está en condiciones de hacerte una visita. Por eso me he encargado yo.

—Ayyy.

—Uy, ¿te he hecho daño?

La miró asustado. —Has sido tú, ¿verdad?

—Claro que sí. —Maliciosa se acercó. —Y si sigues revolviendo la mierda y

acusando a personas inocentes, te juro por lo que más quiero, que te rompo el resto de los huesos que te quedan sanos. —Gordon palideció. —Te aconsejo que

no intentes aprovechar esto para sacar tajada con la empresa. Deja a Granville en paz.

La miró sorprendido y ella sonrió. —¿Que cómo lo sé? Tengo amigos.

Buenos amigos en común a los que no les caes muy bien. Y si crees que puedes

denunciarme o perjudicar a mi hermana, vete olvidándote. Tengo testigos de que

yo estuve en otro sitio en el momento de tu agresión. Y no querrás que mi hermana le cuente a los medios lo que le hiciste, ¿verdad? No te ha denunciado

por la prensa, pero lo hará si sigues tocándonos las narices. Ahora que lo pienso, igual debería denunciarte para cubrirse las espaldas. Lo hablaré con ella. La

pobre modelo atacada por el empresario... Eso es un filón.

—No, por favor.

Hellen perdió la sonrisa. —Aléjate de mis amigos y de mi familia si quieres

salir de esto. —Se acercó a su rostro y siseó —Y procura que no se te vuelva a ir la mano, porque como me entere de eso, la próxima vez hago que te castren y que tiren tu cuerpo al Támesis, cerdo aprovechado. —Él negó con la cabeza y gimió cerrando los ojos porque le debió dar un tirón en el cuello. —Uy, pobrecito. Recuerda ese dolor para la próxima vez que se te ocurra pegar a una

mujer. —Fue hasta la puerta. —Por cierto, las fotos de tu ordenador están a buen recaudo. Me las guarda un amigo que está muy familiarizado con las redes sociales y que hace cosas muy divertidas sin ser visto. Hay una en la que azotas a una mujer desnuda atada a un poste, que seguro que les encanta a tus clientes.

—Zorra...

Se volvió de golpe y se acercó agarrándole de su cabello negro para tapar su

boca con la otra mano. —Mira, cabrón hijo de puta. Acepta la derrota y sigue con tu miserable vida. De otra manera pienso emplear mi vida en joder la tuya. Y

cuando me empeño en algo, te aseguro que lo consigo. ¿Sabes lo que voy a hacer? —Él negó con la cabeza con los ojos como platos. —Voy a buscar a cada

mujer a la que has tocado y las convenceré para que te demanden. Vas a perder

hasta la camisa que no llevas, guapo. —Él volvió a negar. —¿No? ¿Me olvido del tema? —Gordon asintió con vehemencia y ella tiró de su cabello. —Pues

olvídate de todo, porque yo no tengo nada que perder, te lo aseguro. Yo me puedo pasar... —Hizo una mueca. —Un año en la cárcel, eso si me pillan, cosa

que dudo. Pero tú lo perderías todo. Piénsalo antes de volver a abrir la boca y ponerme de peor mala leche.

Le soltó como si le diera asco y fue hasta la puerta. Sonrió al no escuchar ni pío y salió de allí sin mirar atrás.

Capítulo 5

Cuando llegó al hotel, pasó la tarjeta rápidamente por el lector y corrió por el salón para ir hasta la habitación.

—Hija...

—Me hago pis. ¡Ahora os cuento! —Sentada en el wáter gritó —¡Hay que ser imbécil! ¡Se atrevió a insultarme! Debería haberle roto los dientes. Eso sí que le dejaría hecho un cromo. —Se pasó el papel higiénico y se subió las braguitas

de encaje rosa levantándose. Tiró de la cadena y se subió el vestido hasta la cintura. —Leche Harper, no sé cómo soportas estos tacones. —Lanzó uno de los

zapatos y después el otro antes de caminar por la moqueta hasta los pies de la cama. Se subió su vestido hacia arriba. —Y este vestido... No, definitivamente

este no es mi estilo. No se puede respirar a gusto.

—¡Hija!

Se volvió con el vestido por el cuello y chilló al ver a Lester mirándola con los ojos como platos sentado en el sofá, mientras su hermana sentada a su lado

sonreía satisfecha y su madre en la butaca parecía enfadada. Chilló de nuevo al

ver los ojos de Lester recorriéndola y corrió hacia la puerta cerrándola de golpe.

Gimió sacándose el vestido por el cuello lo más aprisa que podía. —¿Qué haces

tú aquí? —le gritó a la puerta.

—¿Puedes ponerte algo y salir? —Parecía molesto. ¡Encima! —¡Tenemos que hablar!

Muerta de la vergüenza se volvió para ir hasta el baño y se puso el albornoz.

Con grandes zancadas salió de la habitación furiosa. —¡Podíais haber dicho algo!

—¿Cómo nos íbamos a imaginar que ibas a hacer esa entrada? —dijo su hermana a punto de reírse sonrojándola aún más.

Lester se levantó. —¡Me han dicho que has ido a ver a Dweller al hospital!

¿Estás loca? —gritó a los cuatro vientos—. ¡Ahora sabrá que habéis sido vosotras!

—De eso se trata. Quiero que se acojone para que te deje en paz. —Se cruzó de brazos incómoda. —Ahora tienes que irte.

—¿Qué tengo que irme? ¡Esta mañana la policía ha registrado mi habitación!

—La señaló con el dedo. —¿Y qué coño te has hecho? ¿Has ido como si fueras

ella?

—Pues no. Le he dicho quién soy.

—¡Definitivamente tú no estás bien!

—Lester guapo, no te pases. Todavía puedo comprar un bate para ti —dijo su

madre molesta—. ¡Mi hija está perfectamente!

Ignorándola Hellen se acercó. —¿A que no han encontrado nada?

—¡Claro que no!

—¿Pues entonces de qué te preocupas? No pasa nada. Vete del país y ya está.

—¡Me han retirado el pasaporte hasta que esto se resuelva! —le gritó a la cara.

—Ah... —Hizo una mueca. —Pues tranquilo, que seguro que ahora te lo devuelven.

En ese momento a Lester le sonó el teléfono y furioso lo sacó del bolsillo de la chaqueta. —¡Diga! —le gritó a su interlocutor. La miró de reojo antes de decir

—Sí, soy yo. —Se volvió pasándose la mano por su cabello negro y Hellen miró

a su hermana que le guiñó un ojo. —Sí, muy bien. Me pasaré de inmediato.

Hellen sonrió a su jefe que se volvió pulsando el botón de la pantalla. —Era la policía. Gordon les ha dicho por teléfono que se había enterado de que yo era sospechoso y me ha exonerado. Quieren que vaya para ratificar mi declaración y

a recoger el pasaporte.

—Perfecto, ahora si nos disculpas...

—¿Qué has hecho? —preguntó mirándola a los ojos.

—Nada. ¿No tenías prisa?

—Hellen... ¡Dime ahora mismo lo que has hecho!

—Pues amenazarle un poco.

—¿Cómo un poco?

—Con las fotos.

Él entrecerró los ojos. —Dámelas.

—Y una leche.

—Hablo en serio. ¡Si él ahora te denuncia no querrás tenerlas en tu poder!

¡Dámelas!

—Hija...

—No nos va a denunciar. ¡Ahora tienes que irte!

—¿Por qué tanta prisa porque me vaya? ¿Qué me ocultas?

—Nada... —Miró a su familia para que la ayudara a que se largara.

—¡Dame las fotos, Hellen!

—Oye, yo no tengo la culpa de que vinieras a Londres en un momento tan inapropiado. Encima que te ayudo.

—¿Que tú me ayudas? ¡Tú me has metido en este lío! Tenía que haberos denunciado. ¡Eso tendría que haber hecho!

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Eso... —dijo su madre—. ¿Por qué no nos has denunciado?

—¡Será porque trabaja para mí!

—No. Me has despedido... varias veces.

—¿Te ha despedido? —preguntó su hermana atónita.

—Pero no le hago mucho caso.

—¡Hellen! —Lester pareció pensarlo mejor. —Haz las maletas. ¡Nos volvemos a Nueva York!

—¡No! —gritaron las tres a la vez.

Eso no le gustó un pelo y las miró aun con más desconfianza. —Muy bien.

¡Vais a soltarlo todo antes de que me cabree de veras! ¡Eso si no queréis que os enchironen a todas, porque os recuerdo que voy hacia la comisaría! — Decidió pasar de él y se volvió para ir hacia la habitación. —¡Hellen, hablo en serio! —

Cerró de un portazo.

La puerta se abrió de nuevo a los dos segundos y ella le miró asombrada. —

¡Sal de aquí!

—¡Cómo no me digas ahora mismo qué necesidad tienes tú de quedarte en Londres, te juro que voy a la comisaría y lo cuento todo! —La miró como si fuera la culpable de todos sus males. —Solo me das problemas.

—Pues vete.

Abrió la puerta del armario y él vio su ropa. Sacó unos vaqueros y una camiseta. Cuando se volvió él seguía allí con los brazos en jarras. Tragó saliva

porque estaba guapísimo con su camisa blanca sin corbata y su traje gris hecho a medida. —¿Sigues aquí?

—Dame las fotos.

—Que no. Tú a lo tuyo. De esto me encargo yo. No querías problemas.

Además... Ya no las tengo. Aquí quiero decir.

—Joder, ¿las has subido a la nube?

—Algo así.

—¡Te las has enviado a tu correo electrónico!

—¡Pues sí! ¿Qué pasa?

—¡Qué si te detienen lo van a revisar, Hellen!

—No me van a detener. ¡Porque estuve aquí con mi hermana y con mi madre toda la noche!

—Claro y las huellas dactilares de los bates del carrito, no dirán que tú estabas allí.

Palideció dejando caer la ropa al suelo porque se le habían olvidado los bates. En el plan original se suponía que nunca sabrían que habían sido ellas, pero ahora se lo había confirmado ella misma a Gordon. —Mierda. —Se pasó la mano por la frente apartándose un mechón de pelo rubio.

—Hija... —Su madre entró en la habitación apretándose las manos. —

Tenemos que deshacernos de las fotos.

—¡No! ¡Son lo único que tengo para presionarle y que así no abra la boca!

—¿Y por qué se iba a sentir presionado? ¿Qué sale en esas fotos exactamente?

Chasqueó la lengua. —Él con varias tías. Él con el látigo y cosas así.

—Enséñamelas —dijo Lester muy serio.

—De verdad que estás exagerando.

—¡Hellen, no le conoces! ¡Pero Gordon tiene fama de ser muy rencoroso!

Bufó yendo hasta el portátil de su hermana y se sentó en la cama colocándolo sobre los muslos. —Esto es ridículo. —Metió la clave de su correo y abrió el archivo. Lester se sentó a su lado y su muslo rozó el suyo. Sintió que la traspasaba un rayo y se levantó como un resorte colocándole el ordenador sobre

las piernas. Pero él no se dio ni cuenta porque se había quedado con la boca abierta viendo las fotos.

—Joder —siseó deslizando el dedo por el ratón del portátil—. Me cago en la puta.

Harmony y Hellen se miraron. —Tampoco son para tanto —dijo ella mientras su madre se encogía de hombros.

—A ver, a ver... —dijo su hermana acercándose con la muleta. Lester muy serio dio la vuelta al portátil y Harper se llevó la mano al pecho jadeando.

Su madre y ella miraron la foto. Una tía en pelotas atada de pies y manos a la cama con Gordon sentado sobre ella a horcajadas. —¿Sabes quién es? —gritó Lester.

Se encogió de hombros. —¿Quieres conocerla? —preguntó irónica.

—No hace falta. ¡La conoce todo el mundo menos tú! ¡Es Avril Murray! —

Pasó la foto donde salía una morena. —¡Y ésta es Brittany Hopps!

—¿Esas no son modelos? —preguntó su madre a Harper que seguía mirando el portátil impresionada.

—¿Modelos? —Hellen entrecerró los ojos antes de mirar a Lester. —¡Al parecer conoces muy bien a las modelos!

—¡Las conoce todo el mundo, Hellen!

Su hermana asintió. —Son las top del momento. Dios, ¿me podría haber pasado eso?

Hellen palideció. —¿Crees que están obligadas? Yo pensaba que...

—Esto es muy gordo —dijo Lester—. Hacer el equipaje. Nos vamos.

—Ni hablar. ¡En ocho días tengo el desfile! —gritó su hermana provocando que Lester la mirara con incredulidad—. ¡Bueno, Hellen tiene el desfile!

Su jefe se tensó con fuerza. —¿Perdón? —Giró la cabeza lentamente hacia ella y Hellen levantó la barbilla haciéndose la tonta. —No ha dicho lo que creo

que ha dicho, ¿verdad?

—¿Y qué pasa si lo hago? Somos iguales.

—No. ¡No lo sois!

—¡Claro que sí!

—¡Tú no eres modelo! ¡Eres secretaria!

—¿Y qué? Pues me cambio de profesión.

—Me cago en la... —Se pasó la mano por la nuca. —Vamos a ver si lo he entendido. Vas a sustituir a tu hermana en el desfile.

—Soy un ángel. —Sonrió angelicalmente. —¿Lo hago bien?

—¡No!

—Uy, esto huele a celos —dijo su madre por lo bajo.

—¡Señora, yo soy realista! ¡No son celos! ¡Hellen no puede desfilarse en ropa interior ante millones de personas!

Furiosa se abrió el albornoz saliendo de la habitación y caminando como lo hacía su hermana en la pasarela. Lo dejó caer al suelo mientras caminaba y se volvió colocando las manos en las caderas mientras su cabello rubio caía sobre

sus hombros. Retándole con la mirada, volvió caminando de puntillas hasta colocarse ante él y siseó —Yo creo que lo hago de miedo.

—Hellen... ¡La vamos a tener! —A ella le dio un vuelco el corazón porque parecía realmente celoso.

—Pues cuando se entere de lo otro...

—¿Lo otro? ¿Qué diablos es lo otro, señora? ¡Creo que ya hemos tenido bastante!

Hellen hizo una mueca. —Bueno, tú me dijiste que fuera.

—¿Qué fueras a dónde? —le gritó a la cara.

—Al psiquiatra.

Eso sí que le dejó de piedra. —¿Qué?

—Al parecer sí que tengo un problemilla. De autoestima.

Él la miró de arriba abajo asombrado. —¡Pues yo te veo muy bien!

Sonrió radiante. —Pues acabo de empezar. Cuando termine...

—¿Cuándo termines el qué?

—La terapia.

—Vamos a ver, que me estoy poniendo muy nervioso. ¿Qué coño te ha dicho que tienes?

—Tengo que encontrarme a mí misma. —Pareció aliviado. —Probar cosas para ver cómo me encuentro mejor y olvidarme de ti. Al menos de momento.

—¿Tu psiquiatra te ha dicho que te olvides de mí? ¿Qué le has dicho de mí?

—gritó a los cuatro vientos.

—Oh, poco. Hablamos más de Charlie.

—Hija, le estás liando. Verás Lester, Charlie fue su novio en el instituto.

—Esto mejora por momentos —siseó furioso fulminándola con la mirada.

Hellen forzó una sonrisa.

—Y se acostó con ella. Tenía catorce años.

—La madre que me...

Hellen se sonrojó. —Chiquilladas.

—Y después él se lo contó a sus amigotes, traumatizando a mi niña. Por eso se esconde bajo esa ropa, porque quiere que la quieran por lo que es, en lugar de cómo es.

—¡Sí! —dijo ella—. Gracias, mamá. Yo no lo hubiera expresado mejor. —

Miró a Lester satisfecha. —Por eso tengo que olvidarme de ti. ¿Entiendes?

—¡No entiendo una mierda!

—Pues no. No lo ha entendido —dijo Harper divertida—. Tú eres el chico del instituto. Guapo, rico con éxito y eras su objetivo. Si te hubieras enamorado de ella con las pintas que llevaba, claro. Pero eso a ella tampoco la habría satisfecho.

—¿Ah, no? —dijo entre dientes realmente cabreado.

—No, porque hubiera conseguido su objetivo. Te había idealizado. En realidad, no te conocía.

—Así que tengo que salir con veinte hombres y olvidarme de ti. Así de simple. Debo encontrarme a mí misma y conocer a otros. Después tengo que llamarle.

—Nena, ¿puedes darme el nombre de tu psiquiatra?

—¿Para qué?

Él sonrió. —Para comentarle una cosa.

Harmony se tapó la boca para no reírse.

—Si es para decirle que no haga el desfile, también es parte de la terapia.

Debe ser por el tema de la autoestima, ¿sabes?

—Tu dime su nombre.

—Bueno, si te empeñas...

Miró a su alrededor y encontró el bolso que había llevado a la consulta. Se volvió con la tarjeta en la mano y él se la arrebató antes de levantar un dedo.

—

¿Me disculpáis un momento? —Salió de la habitación cerrando la puerta como si

se estuviera reteniendo.

Miró a su familia extrañada. —¿Va a llamarle?

—Shusss —susurró su hermana pegándose a la puerta y abriendo lentamente una rendija.

—¡Sí! ¡Póngame con el doctor...! —Vieron por la rendija que leía la tarjeta.

—¡Collison! Eso. Es muy importante. Una de sus pacientes tiene una crisis.

Hellen abrió los ojos como platos e iba a decir algo cuando su madre le tapó

la boca antes de apartarla para ocupar su puesto en la puerta. Indignada gruñó antes de pegarse a su espalda para mirar por la rendija. Lester se guardó la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta y muy tenso se pasó la mano por su cabello negro.

—¿Sí? ¿Doctor Collison? Soy Lester Granville, usted no me conoce, pero...
—

Entrecerró los ojos. —Sí que me conoce. Pues mucho mejor. ¿Se puede saber que le ha dicho a mi secretaria? ¡La ha dejado hecha un lío!

—No estoy hecha un lío —susurró haciendo que su madre la empujara con el trasero apartándola de la puerta. Puso los ojos en blanco antes de acercarse de nuevo.

—¿Qué no puede comentar las sesiones por el secreto profesional? ¡Oiga usted! ¿Le ha dicho que salga ante millones de personas en pelotas? ¿Y que se

aleje de mí? —dijo alterándose cada vez más—. ¿Quién es usted para manipular

la vida de la gente? —Entrecerró los ojos. —Su psiquiatra. Y le pagan para eso.

¡Pues a ella no la está ayudando nada! ¡Ahora parece un clon de su hermana!

—

Hellen y Harper se miraron asombradas. —¿Qué ese era el objetivo del desfile?

¡Mire usted, no sé qué le ha dicho en esa sesión, pero se acaba de pasear ante mí en ropa interior como si eso fuera lo más normal del mundo! —gritó sin darse cuenta—. ¿Qué si se sentía guapa? ¿Y eso qué tiene que ver? —Parecía atónito

con lo que le decía el doctor. —¿Qué está deseando verla en el desfile? ¡Usted es un perverso! —gritó a los cuatro vientos—. ¡Y se va a quedar con las ganas! —

Hellen abrió la boca del asombro. —Y eso de que tiene que salir con otros hombres... ¡Mejor no le digo por dónde puede meterse el título, matasanos de mierda!

Harper cerró la puerta mientras todas se miraban asombradas. —Uy, menudo ataque de cuernos —susurró su madre cogiéndola del brazo y apartándola.

El corazón de Hellen saltó en su pecho de la alegría. —¿Tú crees?

—Cuidado, que viene.

La puerta se abrió y las tres le miraron como niñas buenas. Él apretó los labios y gritó —¡Ponte la bata! ¡Le estás cogiendo el gusto a ir en pelotas!

Le daba la sensación de que no tenía que hacerle caso, así que puso la mano en la cintura. —Así voy perdiendo la vergüenza.

Su madre y su hermana reprimieron la risa. Hellen alargó la mano. —¿Me devuelves la tarjeta?

—¡No! ¡Y como vuelvas a llamar a ese tipo, estás despedida! No tiene ni idea de lo que dice. ¡Ahora haced las maletas, que nos vamos de aquí ahora

mismo!

—No podemos irnos. Tengo el desfile.

Harmony y Harper asintieron dándole la razón. —Escuchadme bien —dijo él muy tenso yendo hasta el ordenador—. Lo que tienes aquí es una bomba de relojería que nos puede estallar en la cara a todos. ¡Incluido yo! Cualquier hombre con la posición de Gordon, mataría por este material. —Hellen y Harmony se miraron preocupadas. —¡Si este tío ha forzado a estas mujeres como pretendía con Harper, lo ha documentado con estas fotos! ¡Son pruebas, Hellen! ¡Y te aseguro que ya ha contratado a alguien para recuperarlas!

—¿Cómo estás tan seguro? Igual lo deja como está por miedo —dijo Harper asustada.

—Porque Gordon Dweller no se detiene ante nada. Y después de haberle molido a palos, aún menos.

En ese momento llamaron a la puerta de la suite y todos se quedaron de piedra. Lester les hizo un gesto con la mano para que no dijeran nada y caminó

hasta el salón. —¿Si?

—Servicio de habitaciones. Traía unas toallas.

—No necesitamos nada. ¡Qué no nos molesten!

—Sí, señor.

Escucharon como se alejaban, pero ahora todos tenían el miedo en el cuerpo.

—¿Y si se las devolvemos? En señal de buena fe —dijo Harmony forzando una

sonrisa.

—Mamá, no podemos entregarle lo único que nos mantiene seguras. —Se

pasó las manos por su cabello rubio apartándoselo de la cara. —Él cree que las fotos las tiene alguien que conozco y que es hacker. Se lo dije en el hospital como seguro. Le dije que si nos pasaba algo...

—Tu amigo actuaría —terminó Lester por ella. Hellen asintió—. Bien hecho, eso igual le acojona un poco y se retiene. Pero no lo hará durante mucho tiempo.

Le miró a los ojos. —¿Crees que se retendrá una semana?

—¿A dónde quieres ir a parar?

—En el desfile estarán alguna de ellas, ¿no es cierto?

Harper palideció. —¿No estarás pensando en hablar con ellas? ¡No te dirán nada! ¡Nadie quiere verse envuelta en un escándalo así que ensucie su carrera!

Hellen la miró fijamente. —Tenemos que averiguar si lo que te ha hecho a ti se lo ha hecho a ellas o si se acostaron con él voluntariamente. Si las ha forzado, tenemos que pararle los pies, ¿no te das cuenta?

Harper blanca como la nieve negó con la cabeza. —He trabajado muchísimo.

—Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Sabes lo que me ha costado llegar hasta

aquí?

Lester apretó los puños viendo su sufrimiento y Harmony se acercó a su hija.

—Cielo, si ellas hubieran denunciado, tú no habrías estado aterrorizada esa

noche pensando que iba a matarte. ¿No lo entiendes? No puedes dejar que otra

mujer pase por eso.

Una lágrima corrió por su mejilla amoratada y Hellen se acercó para abrazarla. —Lo arreglaremos. Te lo juro. Y estaré contigo a cada paso que demos.

—Eso está muy bien si todas colaboran. Cosa que no va a suceder, porque las marcas no quieren escándalos —dijo Lester muy serio. Hellen se volvió—.

¿Crees realmente que alguna de esas modelos, va a dejar que una de sus fotos siendo azotadas salga a la luz? Nena, eres más inocente de lo que creía. ¡Lo que quieren es olvidarlo y seguir adelante! ¡Cómo hace tu hermana evitando que cualquiera se entere, haciendo que tú desfiles para no dar explicaciones!

Harmony abrió los ojos como platos. —¿Creéis que sigue abusando de ellas?

Todos la miraron. —Mamá, ¿pero qué dices?

—Las fotos. En todas las fotos se les ve bien la cara a los dos. Igual las chantajea.

—Lo increíble es que solo haya una de cada. ¿No os parece raro? —preguntó

Hellen sentándose en el sofá.

Lester vio como cruzaba las piernas y gruñó antes de agacharse cogiendo el albornoz. Molesto se acercó y se lo puso por encima. —¡Vas a coger frío!

—Sí —susurró su hermana pensativa—. Solo hay una de cada...

—Lo lógico sería sacar unas cuantas. Con las cámaras digitales...

—¿Y quién saca las fotos? —preguntó Harper dejándolos de piedra.

Lester fue hasta la habitación y regresó con el portátil, sentándose en el sofá al lado de Hellen. Puso el portátil sobre la mesa de centro y todos las miraron mientras él las pasaba lentamente. —Son distintas habitaciones y distintos ángulos. Hay otra persona —susurró Harper.

—Joder. —Lester la miró. —Nena, es mejor que regresemos a casa.

—¡No! ¡Y ahora menos! Además, la terapia...

—¡Me cago en la leche! ¿La terapia? ¡No sabemos la gente que hay metida en esto, Hellen!

—Bueno, pues yo no me voy hasta averiguar a qué me enfrento. ¡No voy a dejar que ese abusón siga saliéndose con la suya!

—¿Esto también es parte de la terapia?

—¡Sí! —le gritó a la cara—. ¡Vete tú! ¡A ti ya te ha dejado en paz! —

Entrecerró los ojos. —A ti te ha dejado en paz. Igual nos deja en paz a todas.

El teléfono de Harper empezó a sonar y Harmony pálida corrió hasta la habitación de su hermana para cogerlo mientras Lester se levantaba. Su madre miró la pantalla y palideció. —Pone Gordon.

—Oh, Dios.

Hellen se levantó y se lo cogió.

—Nena, no.

—Shuss. —Descolgó poniéndoselo al oído. —¿Diga? —Miró a Lester a los ojos escuchando —Creía que eso estaba liquidado. Te pedí amablemente que nos

dejaras en paz. ¿Un trato? Ya habíamos llegado a un trato. —Lester juró por lo

bajo acercándose a ella para intentar escuchar.

—¿Te reunirás con mi abogado? Tiene algo que proponerte —dijo Gordon muy tenso.

—Solo quiero que nos dejes en paz.

—Y lo entiendo. Pero serán cinco minutos.

Lester negó con la cabeza. —No —vocalizó.

—Vale. Pero desde ya te digo que no creo que esta reunión sirva de nada.

—Gracias. Seguro que no te vas a arrepentir. Te llamaré esta tarde.

Cuando colgó el teléfono, Lester se lo arrebató. —¡No tenías que haber quedado con su abogado! ¡Va a intentar comprar las fotos!

—¡Así ganamos tiempo! ¿Y cómo va a saber si las he copiado? Ahora no es como cuando había negativos que...

—¡No vas a ir sola! —le gritó a la cara—. ¡Ni sabes quién es ese tipo!

¡Puede pasarte cualquier cosa y él en el hospital con una coartada muy segura porque no puede moverse de la cama!

—Todo esto se está saliendo de madre —dijo Harper asustada—. Lester dame el teléfono.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó desconfiado.

—Llamar a las chicas. No podemos esperar una semana y así seremos más discretos que preguntar por su vida sexual en medio del desfile más importante

del año.

—Pero no puedes quedar con ellas aquí —dijo Hellen preocupada—. Si nos vigilan, verán a las modelos y puede que se den cuenta de lo que vamos a hacer.

—Tu hermana tiene razón. Tiene que ser en otro sitio. —Su madre asintió nerviosa. —Y además tú no puedes salir de aquí. Dios, qué lío.

Harper se echó a llorar. —Lo siento. Siento haberos metido en esto. Si no hubiera quedado con él...

—Eh... tú no tienes la culpa de que ese tío sea un cerdo. —Hellen se arrodilló ante ella y la abrazó. —Has tenido mala suerte. Eso es todo.

—Tu hermana tiene razón, Harper. Es un cabrón y has tenido mala suerte. Y no queremos que nuestra suerte empeore, así que nos largamos. —Ninguna de las tres le hizo ni caso y exasperado levantó las manos como pidiendo ayuda.

—Mejor llama solo a una de tus compañeras —dijo su madre—. Antes de hablar con todas, mejor hablamos con la que más confianza tengas.

—Y que esté en Londres —apostilló él—. ¡Porque creo que esas mujeres viven en los aviones!

—Sabes tú mucho de modelos —dijo ella molesta.

—¡No, si lo que me sorprende es que nadie eche de menos a tu hermana!

—He conseguido un parte médico falso y mi agente se ha encargado de cancelar los contratos hasta el desfile —Harper levantó la barbilla. —¿Qué pasa?

—No, si no pasa nada. ¿Pero se os ha ocurrido pensar que si habláis con una

de esas mujeres, pueden irse de la lengua sobre tu estado? ¿Y dejarte en evidencia ante la firma, que obviamente cancelará el contrato de inmediato al saber que una de sus modelos tiene la pierna escayolada? —Las tres le miraron

como si les hubiera descubierto América. —Me ponéis de los nervios. ¡Haced el

equipaje de una vez!

—Voy a llamar a Xari.

—Es la chica con la que empezaste en la agencia, ¿verdad? ¿Crees que dirá algo? —preguntó Hellen preocupada.

—No. Me debe un par de favores. Según como reaccione ella, actuamos.

Harmony asintió. —Muy bien. La conocí y es buena chica. Y no te ha traicionado nunca. Me parece bien.

—Perfecto. Esto es perfecto. ¡Os entra por un oído y os sale por el otro!

Lester entró en su habitación y Hellen corrió tras él al verle tan decidido.

Para su asombro había abierto su armario, pero cuando vio lo que tenía dentro,

debió pensarlo mejor porque cerró de un portazo. Vio los vaqueros en el suelo y

los recogió. —Vístete, que nos vamos de aquí.

—¡No puedes decirme lo que tengo que hacer! ¡Y cómo has dicho, estamos en un problema que hay que resolver! ¿O crees que se va a resolver si nos vamos? ¡Si esas fotos son tan importantes, nos seguirán!

—¡Me pones de los nervios! —le gritó a la cara.

—Pues vete a Nueva York.

—Sí, como que te voy a dejar sola. —Alterado la señaló con el dedo. —¡No te voy a quitar la vista de encima! ¡Porque cada vez que lo hago, te metes en un lío!

Sonrió sin poder evitarlo y él se mosqueó más. —¿De qué te ríes?

—No, de nada.

—¿No creerás que me gustas? ¡Porque no es así!

—No, claro que no. Porque tengo que salir con veinte hombres y sería una pena que ahora tú te interesaras por mí cuando no puedo hacerte ni caso.

La cogió por la nuca pegándola a él. —¿Qué has dicho?

Se estremeció de arriba abajo por su contacto. Hellen perdió el hilo mirando sus labios y él gruñó haciendo que su sangre volara por sus venas. —Nena... —

dijo con voz ronca haciendo que levantara la vista hasta sus ojos verdes. Se acercó lentamente y Hellen creyó que su corazón se detenía sintiendo su aliento

sobre su piel.

—¡Niña! ¡La terapia! —gritó su madre tras ella sobresaltándola.

Se puso como un tomate apartándose de Lester, que gruñó mirando a su madre como si quisiera cargársela. Harmony negó con la cabeza con los ojos entrecerrados. —Lester, ¿no tenías que ir a la comisaría? ¡Pues ya estás tardando, que me mareas a la niña!

Él fue hasta la puerta de la habitación. —Antes de irme, tengo que hacer algo.

Sorprendiéndolas fue hasta el salón donde Harper miraba la pared que tenía

en frente pensando en sus cosas. Cuando Lester cogió el ordenador captó su atención. —¿Qué haces?

—Asegurarnos de que vivimos hasta mañana.

Hellen se acercó para ver que reenviaba su correo. —¡No!

—Se lo acabo de reenviar a mi abogado. —Se levantó dejando el portátil sobre la mesa. —Yo también tengo que cubrirme las espaldas ya que vosotras habéis tomado esta decisión sin tenerme en cuenta.

—¡Es cosa de Harper!

—¿Cómo quedaré yo cuando todo salga a la luz, Hellen? —gritó Lester

furioso—. Eres mi secretaria. ¿Crees que no se va a saber? —Hellen palideció.

—¿Creéis que no se va a saber que vosotras le habéis agredido mientras yo estaba presente? ¡Saltará todo y no solo lo que él hizo! Vosotras iréis a la cárcel.

—Harmony gimió llevándose las manos a la cabeza. —¡Y él se irá de rositas, porque no hay pruebas de agresión a ninguna de esas mujeres! ¿Qué más da que digan que fueron forzadas? ¡En esas fotos no salen llorando! Y la persona que sacaba las fotos, declarará que lo hicieron de manera voluntaria. ¡De eso estoy seguro! Es más, con esas fotos él se ha asegurado de que ellas no abrieran la boca.

—Pero no podemos dejar que le haga eso a nadie más —susurró sabiendo que tenía razón.

Lester apretó los labios mirándola a los ojos. —Entonces tenías que haberlo pensado antes de darle la paliza que le llevó al hospital.

—Dios mío. —Harmony se sentó al lado de su hija. —Lo hemos liado todo.

Harper le cogió la mano y se la apretó. —No, mamá. Solo queríais protegerme. Y yo no quería denunciar.

—¿Has llamado a tu amiga? —preguntó Hellen preocupada.

—Lo ha cogido su agente. Que me llamará en cuanto acabe la sesión.

Hellen miró a Lester. —¿Qué hacemos? ¿Le decimos que venga?

Él la miró indignado. —¿Ahora me preguntas?

—¡No te pongas pesado! ¡Todos nos jugamos mucho con esto!

—¡Precisamente por eso, quiero que nos vayamos del país! ¡Ahora que aún podemos! Si nos denuncian por algo, en los Estados Unidos nos afectará mucho

menos, os lo aseguro.

—Tú no crees que vaya a denunciarnos.

A Hellen se le pusieron los pelos de punta por su expresión. —No, nena. No creo que quiera denunciarnos. Ahora necesita que esas fotos no circulen por ahí.

Y vengarse de paso. Enviará a alguien que solucione el tema y no para hablar tranquilamente, conociendo su naturaleza. —Las hermanas se miraron y Lester se tensó. —¡Ni se os ocurra!

—¡Es la única manera de protegernos! ¡Actuar primero! ¡Si nos ocurre algo, todo el mundo sabrá por lo que es! —Hellen sonrió. —Y ellas se verán forzadas

a hablar de lo que ha ocurrido.

—¿Crees que no pueden averiguar quién ha filtrado las fotos?

—Por eso nos vamos ahora mismo a comisaría —dijo Harper levantándose del sofá—. Tengo el parte de lesiones de la noche en que ocurrió.

—Hija, pero tu carrera...

—Ahora estamos hablando de vuestra seguridad y para mí no hay nada más importante. Voy a cambiarme.

Hellen se mordió el labio superior viéndola ir hacia su habitación. Lester la cogió por el brazo volviéndola. —Nena, no...

—Vete a por el pasaporte y lárgate del país. No quiero que esto te salpique.

—No me voy a ningún sitio —siseó a punto de explotar—. Tengo que declarar que no os reconocí esa noche para intentar que os libréis de la agresión.

—Pero las huellas de los bates...

—Joder, necesitamos un buen abogado.

—Lester, si te quedas, va a haber dudas sobre si tienes algo que ver en esto.

—Soy un testigo. Pero antes de que Harper vaya a declarar, tenemos que ponernos de acuerdo para no meter la pata más todavía.

Le miró angustiada. —Lo siento. Dije que lo arreglaría y...

—Nena, tenemos que hablar sobre lo impulsiva que eres, pero ahora no es el momento. —Le sonó el teléfono y Lester miró la pantalla. —Es mi abogado.

—

Se volvió contestando —Dime...

Harmony se acercó a ella a toda prisa. —¿Estamos haciendo lo correcto?

—Creo que sí. Si Lester tiene razón y creo en lo que dice, no quiero vivir el resto de mi vida pensando que os puede pasar algo por esas fotos. Joder, no tenía que haberlas cogido.

—Si como dice Lester ese hombre es vengativo, de todas maneras no iba a parar después de la paliza. Además, tampoco podíamos dejar que Lester se viera

afectado como Gordon pretendía.

Miraron la espalda de Lester que le estaba explicando a su abogado lo que estaba ocurriendo. —Voy a vestirme —dijo preocupada.

Se quitó el albornoz y cogió los vaqueros. Se los estaba abrochando cuando

Lester entró en la habitación. —Conoce a alguien que va a colgar las fotos de inmediato. Sin rastros.

Suspiró del alivio. —¿De verdad? ¿Y cuándo lo va a hacer?

—De inmediato. Para que cuando tu hermana ponga la denuncia, las fotos ya estén circulando por la red. —Miró su sujetador y carraspeó —Nena, ponte la camiseta.

Se sonrojó cogiendo la camiseta y cuando se la bajó, él la cogió por la muñeca sentándola en la cama. Se acuclilló ante ella —Vamos a ver. Os vais a

quedar aquí hasta que yo vuelva de la comisaría.

—Ah, ¿no ponemos la denuncia ya?

—Voy a ir y como tengo que declarar y se me ha acusado indirectamente, voy a ver de qué me entero como si estuviera muy indignado por su

comportamiento. Es lo que me ha aconsejado Carter, así que es lo que voy a hacer.

—Vale.

—Cuando vuelva, actuamos. A la amiga de tu hermana la vamos a dejar aparte de momento, porque cuantas menos personas sepan cuales son nuestros pasos, mucho mejor. Además, es una de las afectadas y no queremos que os acusen más adelante de ponerlos todas de acuerdo para hundir la reputación de Gordon.

—¿Y el abogado de ese cerdo? Estará al llamarme.

—No cojas el teléfono. A nadie. Cuanto menos contacto con ellos, mejor.

—¿Y si llama mi abuela? Hablamos todos los días.

Lester sonrió. —Si es tu abuela, puedes cogerlo. —Vio que estaba angustiada y apretó sus manos. —Saldremos de esta.

—¿Tú crees? Yo creo que cada vez nos hundimos más. Si mamá y yo le hubiéramos hecho caso a Harper...

—Tienes razón. Merecía una lección y que todo esto salga a la luz. No abras la puerta a nadie hasta que yo llegue. ¿De acuerdo?

Asintió mirando sus ojos y él se acercó para darle un tierno beso en los labios y Hellen cerró los ojos disfrutando del roce de sus caricias. Su madre carraspeó tras ellos y él se incorporó suspirando. —Esperadme aquí y no le abráis a nadie —le dijo a su madre antes de salir de la habitación.

Harmony la miró —¿Y la terapia?

Gimió dejándose caer en la cama y su madre se echó a reír. —No tiene gracia.

—Hija, creo que no deberías abandonar la terapia del todo.

Levantó la cabeza. —¿Tú crees? —Se apoyó en los codos para verla negar con vehemencia. —Pero le gusto.

—Sí, ¿pero y si el doctor tiene razón?

—¿Y si no la tiene? ¿Y si me gusta de verdad? ¿Y si yo le gusto de verdad?

¿Y si no es solo mi cambio de aspecto? Robert, su mejor amigo, creía que le gustaba. Lo sé.

—Bueno, ya veremos lo que ocurre. Ahora tenemos otro tema entre manos.

Demos tiempo al tiempo.

—Voy a llamarle.

—¿A quién?

—A mi psiquiatra.

Asombrada vio que corría hacia su móvil y llamaba a su doctor. Harmony sonrió porque no se podía con ella. Suspiró dándose la vuelta y vio a su otra hija salir de la habitación con un vestido de seda azul. Eran tan distintas por dentro como iguales por fuera. Ahora tenía que convencerla de que ese vestido no era el más apropiado para ir a la comisaría.

Capítulo 6

Cuando Lester entró en la suite, se quedó con la boca abierta al ver a Hellen hablando por el móvil como su hermana y su madre, que parloteaban sin darse ni

cuenta de que había llegado mientras comían pizza. Cerró de un portazo y las

tres abrieron los ojos exageradamente en cuanto le vieron, antes de susurrar a sus teléfonos —Tengo que colgar.

—¡Esto es increíble! —gritó furioso mirando a Hellen que se sonrojó—.

¿Con quién estabas hablando?

—¿Yo? Con... —Miró de reojo a su madre. —Mi abuelo.

—¿Me estás mintiendo a la cara?

Bufó. —Vale, era mi psiquiatra, pero es culpa tuya.

—¿Culpa mía? —gritó haciéndolas gemir—. ¡Te dije que no hablaras con nadie!

—Es como mi abuelo. Podría serlo. Tienen la misma edad. Y tú me confundiste con ese beso. Ahora tengo las ideas claras.

—La madre que me... —Miró a las chicas. —¿Y vosotras?

—Mi madre.

—Mi agente.

—¡Tu agente!

Harper se encogió. —Qué carácter tiene este hombre.

—A mí me lo vas a decir —dijo Hellen cogiendo una porción de pizza—. Es que está hambriento. Siempre que tiene hambre se pone de mala leche. Cielo, ¿te

pido un donut? ¿Tienes bajo el azúcar?

—¡No! ¡Habéis abierto la puerta al repartidor!

—No —dijeron las tres a la vez.

Lester siseó —¿Quién ha ido a comprar la pizza?

Todas miraron a Hellen que preguntó como si nada —¿Cómo te ha ido en la comisaría?

—Esto es increíble. —Furioso se quitó la chaqueta. —Vamos a ver. ¡Tenéis que tomaros esto en serio!

—Teníamos hambre. Has tardado mucho. Venga, cuéntanos. ¿Tienes el pasaporte?

—¡Sí! ¡Tengo el pasaporte!

—Hija, dale algo de beber a ver si se relaja. Le va a dar algo.

Lester gruñó mirando a Harmony antes de dejarse caer en la butaca. Hellen corrió al minibar y le sirvió un whisky con hielo como a él le gustaba.

—¿Cómo te ha ido? —Le tendió el vaso e impacientes vieron como se lo bebía de golpe. Suspiró y todas vieron cómo se relajaba. Hellen sonrió cogiendo

su vaso y colocándolo sobre la mesa de centro. —¿Mejor?

—Sí, nena. Joder como lo necesitaba.

—¿Tan mal ha ido?

—Me dieron el pasaporte y querían despacharme sin soltar palabra. Pero yo

les monté el espectáculo diciendo que era indignante que se tratara así a un ciudadano norteamericano. Me llevaron a una sala de interrogatorios y el detective al cargo de la investigación me sentó para explicarme los detalles.

Os tienen grabadas en las cámaras de videovigilancia, aunque no se os ve la cara, pero para mi sorpresa no me hablaron de los bates.

—¿No tienen los bates? —preguntó su madre sorprendida.

—Debió llevarse alguien el carrito antes de que llegara la policía. —Todas suspiraron del alivio. —Lo que sí tienen es un cabello castaño que debió caerse

de la peluca que tiré por la ventana.

—Oh, qué mono. ¿Tiraste mi peluca por la ventana? —La miró como si estuviera mal de la cabeza. —Vale, me callo.

—Pero tienen un cabello —dijo Harper preocupada.

—Pero puede ser de cualquiera. Es una habitación de hotel. Lo han conservado porque se ve salir de la habitación a una mujer con cabello de ese color.

—¿Entonces en qué posición estamos ahora? —preguntó Hellen con ganas de besarle por deshacerse de la peluca.

—Más o menos igual que antes. Porque no me fío de que no tengan los bates

—dijo su madre—. ¿Después de un ataque en el hotel nadie los ha encontrado?

Sospechoso como poco.

—¿Os cuento mi sensación? —Todos miraron a Lester. —Creo que no se han tomado en serio la investigación. Gordon es muy influyente, pero como se supone que no recuerda nada y no tiene buena reputación, deben pensar que es

un ajuste de cuentas.

—Lo que fue —dijo su madre divertida.

—Además la foto en su Facebook de empresa no ha ayudado nada. Al principio sus superiores presionaron para pillar a alguien, pero creo que ahora les han levantado la mano.

—O Gordon ha querido que no se investigue demasiado. Por si se descubre la verdad —dijo Hellen pensando en ello.

Harper asintió. —Sí, yo creo que ha sido eso.

—Sea lo que sea la policía no será un problema, excepto si os descubren porque no tendrán más remedio que deteneros.

—¿Cuándo salen las fotos en la red?

Lester sacó el móvil del bolsillo y les mostró la pantalla. Era una revista de cotilleos británica con la foto de Gordon en la portada con Brittany.

—Dios mío —dijo Harper pálida—. Pobre Brittany.

—¿Lo sabe la policía?

—Saltó la noticia cuando estaba allí. Se montó una buena y me hice el sorprendido como todos. Por eso me he retrasado, no quería irme sin enterarme

de todo. Esta modelo iba a dar un comunicado. Como las demás afectadas. —

Miró a Harper. —¿Te ha llamado alguien?

—Sí, he recibido varias llamadas, pero como estaba comunicando... he

hablado con mi agente y me ha dicho que irá conmigo a comisaría. Ha llamado a

un amigo para que me fotografié al entrar y al salir. Le da la exclusiva para controlar la noticia.

—¿Está de acuerdo con que denuncies?

—Sí. Y me ha echado la bronca por no contárselo todo desde el principio.

Dice que mi plan era un fracaso desde que lo ideé. Todo el mundo se habría dado

cuenta de que Hellen no era yo.

Hellen jadeó indignada y su madre rió por lo bajo al igual que Lester.

—Espera que le llamemos para saber cuándo vamos.

—Ahora. Nena, tú la acompañas con tu madre. Que vean que necesita el apoyo de la familia. Diréis que estaba en shock por lo sucedido y que al

principio no era capaz de hablar del asunto, pero que al ver la foto de Brittany se decidió, porque te dio la sensación de que su amiga no lo haría por su propia voluntad.

Harmony se apretó las manos muy nerviosa. —¿Y si preguntan por la agresión a ese cabrón?

—No sabéis nada. No os habéis separado de Harper desde que llegasteis, excepto para ir a la consulta del psiquiatra.

Hellen entrecerró los ojos. —Entiendo. El doctor no puede hablar de eso y mi asistencia está en el libro de citas.

—Exacto. Lo aprovecharemos en nuestro beneficio. No conocéis a Dweller y no le habéis visto nunca.

—¿Y cuando fui a verle al hospital?

Lester juró por lo bajo y se levantó para tomarse otro whisky. Se lo estaba sirviendo cuando la miró. —Vinisteis desde Nueva York porque Harper os necesitaba. Sabíais que había ocurrido algo horrible por su estado físico y emocional, pero se negaba hablar. Hasta que esta mañana tu hermana te contó que había cenado con Gordon y querías verle para saber qué había pasado. Pero

él te dijo que no pasó nada. Cuando tú viste las fotos, hablaste con tu hermana

que se rompió contándotelo todo y la convenciste de que fuera a denunciar.

Harper se dio cuenta de que tenías razón. —Las miró. —¿Tiene sentido? —Las

tres asintieron. —Las que le atacaron en el hotel querían vengarse y han sacado

las fotos a la luz. Solo sois víctimas y se ha destapado un escándalo que difuminará su agresión.

—Bien, estoy lista —dijo Harper.

—Cíñete a la verdad del día de la agresión. Da los detalles más escabrosos si es necesario. La parte de verdad tiene que ser muy potente para cubrir los pequeños fallos que pueda haber, ¿entiendes?

—Sí.

Estaba descompuesta y su madre la abrazó por la cintura. —Cielo, estamos contigo.

Hellen se acercó de inmediato y la abrazó. Lester bebió su whisky viendo como las Shields se abrazaban dándose apoyo. Su secretaria le miró sobre su

hombro y vio en sus ojos azules que estaba muerta de miedo, aunque lo intentaba ocultar. Se apartó de ellas y se acercó. Lester dejó el vaso sobre la barra y la abrazó. Hellen cerró los ojos disfrutando de su contacto, sintiéndose segura. —No te preocupes. Todo irá bien —le susurró para que solo ella lo escuchara. Ella apretó los brazos sobre su cintura—. Estaré aquí cuando volváis.

—Deberías irte ahora.

—Estaré aquí. —La besó en la sien. —Venga, preciosa. Tenéis que iros.

Los ojos de Hellen brillaron. —¿Crees que soy preciosa? Pues cuando me tiña el cabello de rojo...

Él sonrió. —¿Otro consejo de tu psiquiatra?

—Me ha dicho que pruebe.

—Ya hablaremos de eso. De momento tienes que seguir rubia.

—Si quieres que siga rubia no tienes que casarte con ella. Así que deberás conformarte con cualquier color —dijo Harper maliciosa dejándolos a los dos con la boca abierta.

—¡Harper, esa boquita!

—¿Qué acaba de decir?

Su madre reprimió la risa. —A mis hijas les gusta apostar de vez en cuando.

Hellen se sonrojó intensamente. —¿Nos vamos?

—Voy a llamar a Alder, aunque seguro que ya está de camino —dijo Harper cogiendo su móvil.

—¿Nena? —preguntó aún estupefacto.

Le hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Son tonterías que se

dicen. Si nos casamos, me voy a Egipto.

—¡Pues buen viaje, pero eso no va a pasar!

Jadeó indignada. —¡Oye, que no te he pedido matrimonio ni nada por el estilo! Además, tengo que salir con veinte y olvidarme de ti, ¿recuerdas? Te he

idealizado. ¡Esa apuesta se hizo cuando aún te idealizaba!

—¡Ya, ahora ya no me idealizas!

—¡No!

—¡Pues muy bien! ¡Por mí perfecto!

Furiosa cogió su bolso. —¡Perfecto! —Fue hasta la puerta con grandes

zancadas, pero se detuvo antes de volver hacia él y poner morritos. —¿Un besito

de despedida? —dijo casi sin mover los labios.

Él gruñó antes de cogerla por la cintura y atrapar sus labios. Cuando entró en su boca y la acarició con la lengua, se quedó tan asombrada que dejó caer el bolso al suelo sin ser capaz de reaccionar, porque solo podía disfrutar de lo que le hacía sentir dejando que la abrazara, pegándola a él como si fuera una muñeca. Lester apartó la cara de golpe y ella siguió con los ojos cerrados varios segundos. Sonrió sin darse cuenta y su madre carraspeó.

—Hala, a la mierda la terapia —dijo Harper divertida.

Hellen abrió los ojos para mirar atontada a Lester y éste se agachó de nuevo besando su labio inferior. —Nena, tienes que irte.

—¿Sí?

Él sonrió satisfecho. —Sí.

—Una pena.

—Y que lo digas.

Se apartó lentamente y Hellen suspiró trastabillando antes de soltar una risita.

—Hija, debe besar de miedo.

—Me tiemblan las piernas. —Soltó una risita de nuevo volviéndose. —Es una pena que no pueda acostarme con él.

Lester perdió la sonrisa de golpe. —¿Y eso por qué si puede saberse?

Harmony cogió su bolso del suelo antes de seguir a su hija que ya estaba en el pasillo. —Por la terapia. —Dejó salir a Harmony con la muleta y le miró sobre su hombro. —Y porque quieres que siga siendo rubia.

Cerró la puerta y Lester miró la habitación vacía incrédulo. —¡Claro que quiero que siga siendo rubia!

La puerta se abrió de nuevo. —Pues no deberías casarte con ella —dijo su madre antes de cerrar a toda prisa.

Él miró su vaso de whisky vacío. —Yo sí que voy a acabar en el psiquiatra.

Acompañaron a su hermana en todo momento y no la dejaron sola cuando declaró ante el policía, mientras su agente se quedó fuera hablando con el fotógrafo. Mostraron los informes del hospital y relató cómo le había conocido y dónde habían cenado. Dio mil detalles como Lester le había dicho. Relató cómo

la llevó al hotel y que en cuanto cerró la puerta, él la atacó cogiéndola por el cabello y el bofetón que la tiró contra la pared. Cómo salió corriendo y se cayó por las escaleras perdiendo el sentido. La había encontrado una doncella

del hotel que había llamado a una ambulancia.

El policía que le tomó declaración no le hizo preguntas más allá de quién era el agresor. —Gordon Dweller.

—Ajá —dijo escribiéndolo en el ordenador.

Las tres se miraron y Hellen se encogió de hombros sin darle importancia.

Cuando firmó la declaración, salieron de la comisaría y Harmony susurró —
Ha

sido más fácil de lo que me creía.

Entraron en el taxi y Hellen dio el nombre del hotel. Vio por la ventanilla que una moto les seguía y les hicieron unas fotos. Se volvió dando la espalda y susurró —Nos siguen.

—Es lógico. —Harper se pasó una mano por los ojos. —Dios, qué lío. Se va a montar una...

—Shuss. Hemos hecho lo correcto. Por el bien de todas. —Su madre le advirtió con la mirada para que no siguiera hablando delante del taxista y Harper asintió.

Al llegar al hotel el motorista ya estaba allí y gritó el nombre de su hermana cuando entraba en el hotel para que le mirara. La foto de su hermana con el rostro amoratado seguro que saldría en todos los periódicos al día siguiente.

Hellen la cogió de la cintura ayudándola a entrar en el hotel, donde el portero ya había abierto la puerta.

Llegar a su habitación fue un alivio y cuando entraron, vieron a Lester tirado sobre el sofá con la cara llena de golpes y parecía desmayado. Hellen gritó

acercándose a él y se arrodilló a su lado mientras Harmony se tiraba al teléfono diciéndole a la recepcionista que necesitaban una ambulancia.

—¡No se despierta! —gritó Hellen asustada.

—Tranquila. —Su madre habló con recepción sin perder los nervios y colgó acercándose a él y tocándole el pulso de manera profesional en el cuello. —
Está

vivo, Hellen. Tranquilízate. —Le cogió por el rostro e hizo una mueca. —
Creo

que le han roto la mandíbula.

—Dios mío —susurró Harper antes de desmayarse de la impresión mientras
Hellen gritaba.

—Hija, todo va a salir a la luz ahora —dijo Harmony muy pálida corriendo
hacia su hija.

—¿Crees que me importa? —gritó muerta de miedo por Lester—. Mamá,
dime que se pondrá bien. —Su madre no contestaba y sus ojos se llenaron de
lágrimas. —¿Mamá?

—Veremos qué dicen las pruebas, cielo.

Capítulo 7

Se pasaron la noche en el hospital. La noticia ya había saltado a toda la
prensa y estaban apostados ante las puertas buscando información. Todo fue
una

locura y más cuando llegó la policía para interrogarlas. Entonces Hellen no
podía ni hablar y Harper estaba siendo explorada, así que habló Harmony que
dijo que después de poner la denuncia a Gordon Dweller sobre la agresión de

su

hija, llegaron al hotel y se encontraron al prometido de su otra hija en ese estado.

Hellen se quedó de piedra, pero no la desmintió por si se metían en un lío peor

aún.

Cuando salió el médico, Hellen se levantó de su asiento pálida, acercándose a él a toda prisa. —¿Qué tiene? ¿Está bien?

El médico sonrió. —Es duro de pelar. Tiene múltiples contusiones, pero no tiene nada roto. Creía que le habían roto la mandíbula, pero era por la fuerte contusión. Se pondrá bien. Aparte de la fisura en la costilla que al parecer ya tenía...

—¿Se ha despertado? ¿Le ha dicho lo de la costilla?

El doctor asintió. —Y ha preguntado por usted. Puede pasar a verle si quiere.

Uno de los policías se acercó. —Si está consciente, nosotros hablaremos primero con él. Este asunto es muy turbio. Cuanto antes lo resolvamos, mejor.

Hellen se apretó las manos nerviosa y más aún cuando el médico asintió indicándoles con la mano que le siguieran.

—Disculpe, ¿y mi hermana?

—Está sedada y en una habitación descansando. Una enfermera vendrá en un momento para decirles dónde.

—Yo me quedo con Lester —dijo rápidamente—. No me muevo de aquí

hasta que le vea.

El médico sonrió antes de pasar por las puertas abatibles. Su madre se acercó a ella. —Tranquila, seguirá la corriente.

—¿Por qué has dicho que estamos comprometidos?

—Porque así justificaba que le encontraran en nuestra suite.

—Sí, pero ahora...

—Ya iremos improvisando. Me da la sensación de que no podemos ajustarnos a un plan desde que hemos llegado a Londres.

—Muy graciosa.

Se cruzó de brazos sin dejar de mirar la puerta por donde habían desaparecido. Los minutos se le hicieron eternos y le daba la sensación de que en cuanto salieran, la detendrían. Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y

se dio cuenta de que con los nervios no había cogido su móvil. Su madre le puso el suyo delante y ella marcó rápidamente sin perder de vista la puerta.

—¿Quién es? Si eres Mona, pensaba llamarte. —Robert se echó a reír. —Te lo aseguro.

—No soy Mona, idiota —dijo Hellen exasperada.

—¿Quién es? ¿Betty?

—Soy la que te va a prohibir ver a Lester nunca más, salido descerebrado.

—¡Hostia, la loca! ¿Sabes que me salió un morado ahí abajo? ¿Qué quieres?

Ya no tienes ninguna posibilidad con Lest. —Se echó a reír. —Así que dudo que

puedas prohibirme nada.

—Tienes que venir a Londres. —Eso sí que le dejó sin habla. —Creo que me van a detener y Lester está ingresado en el hospital. Le han pegado una paliza.

—¡Por tu culpa, seguro! —gritó Robert furioso.

Ella hizo una mueca. —¿Vendrás? No quiero que esté solo.

—¡Claro que voy! ¡Susan, cancela mis citas! ¡Y búscame el primer vuelo a Londres! ¡Ya!

Era un pesado, pero era un amigo y acababa de demostrarlo. Eso la emocionó. —Gracias.

—No lo hago por ti. ¿Está grave?

—El médico dice que solo son contusiones, pero no he podido verle. Está la policía con él.

—¡Me cago en la puta! ¡Ya sabía yo que no era buena idea que fuera a Londres a negociar con ese cabrón! ¿Y tú qué haces ahí?

—Ya estaba aquí.

—¡Liándola, seguro!

Ya la iba conociendo. —Bueno...

—¡Eres peor que una plaga!

—¡Oye guapo, que yo no sabía que iba a venir! ¡La estaba liando sola y tuvo

que aparecer! ¿Yo que culpa tengo?

—¿Dónde está?

—En el Saint Clements. —Vio a través de la ventanita redonda la cara del policía hablando con alguien al otro lado de la puerta. —Tengo que dejarte.

Vienen...

Le escuchó protestar antes de colgar y fue ansiosa hacia la puerta en el momento en que se abría. —¿Cómo está? ¿Sigue despierto?

Para su sorpresa el policía sonrió. —Sí, puede pasar. Su novio la está esperando impaciente. No hace más que preguntar por usted.

—¿Le ha dicho quién le ha hecho esto?

—Creo que todos sabemos quién lo ha ordenado. Ahora tenemos que demostrarlo.

Hellen palideció. —¿Se lo ha contado todo?

—No se angustie. Su hermana ya lo ha denunciado y no debe preocuparse.

Pase a ver a su prometido, que está deseando verla. —La enfermera llegó en ese

momento y le dijo a su madre que su hermana estaba en la doscientos siete.

—Gracias —dijo algo confundida. Sin perder el tiempo le dijo a la enfermera que quería ver a su novio y la acompañó por la zona de urgencias hasta un box.

Entró cerrando la puerta impresionada por el estado de Lester, porque tenía la cara muy hinchada. —Oh, Dios.

Él abrió un ojo y forzó una sonrisa. —¿Tan mal aspecto tengo?

—¿Te digo la verdad o te miento? —Cogió su mano y él gimió. —Lo siento, lo siento. —Se la cogió con cuidado y se la besó. Tenía los nudillos hinchados.

—Te defendiste.

—Hice lo que pude. La policía... —Se tocó el torso con la otra mano y gimió. —Joder, como duele esto.

—¿Te han puesto algo para el dolor? ¿Voy a preguntar?

—Nena, tienes que salir del país.

—No puedo irme ahora.

—No es por la policía. Ese tío...

—¿El que te hizo esto?

—Eran dos. Uno se quedó en la puerta —dijo con esfuerzo—. Son matones, nena. Profesionales. Me preguntaron por las fotos y por vosotras. Se llevaron una sorpresa al verme allí. No sabían quién era. Iban a por vosotras.

—Ahora no pueden hacernos daño. La policía sabe quién lo ha ordenado.

Él apretó su mano. —Escúchame... —Estaba muy preocupado y Hellen le miró angustiada. —Le he dicho a la policía que me llamaste en cuanto te enteraste de lo de tu hermana y yo vine a Londres alojándome en el mismo hotel.

Que sabías quien era el que había hecho daño a Harper, aunque ella no lo reconoció. Así que yo aprovechando que le conocía fui a verle a su hotel para hablar sobre si sabía algo de cómo se había roto la pierna, cuando nos atacaron.

Yo no sabía quiénes eran los atacantes, pero era obvio que iban a por él. Les

dije que no confirmé mis sospechas a la policía cuando me interrogaron, porque mi

cuñada no me lo había confirmado. Cuando las fotos salieron en la red, tu hermana se desmoronó y la convencimos para que denunciara a la policía. Yo esperaba en el hotel para que ella no se pusiera aún más nerviosa, cuando entraron esos tipos y me atacaron preguntando quién tenía las fotos. Que era evidente que ellos aún no sabían que los atacantes de Gordon las habían publicado en la red.

Hellen sonrió radiante y le dio un beso en sus maltratados labios. —Eres un genio.

Él intentó sonreír. —Nena, no he acabado.

—Uy, perdón.

—Por eso tenéis que iros de aquí.

—La prensa está fuera. Ya estamos seguros.

Él apretó su mano. —No me fío de ese hombre. Si se relaciona con tipos como el que fue al hotel, te aseguro que no se dará por vencido. Vuelve a Nueva

York.

—No voy a dejarte aquí.

—No me pasará nada.

—Además a la policía le parecerá raro que huyamos. Me quedo.

—¡Serás cabezota! ¡Vete te digo!

Chasqueó la lengua. —Voy a hablar con una enfermera. A ver si puedes comer algo. Estás gruñón. Seguro que no comiste pizza, ¿verdad?

—Hellen...

—Enseguida vuelvo. —Le guiñó un ojo antes de salir y él suspiró cerrando el ojo que tenía más o menos sano.

—Está claro que no puedes con ella —murmuró intentando mover la cara lo menos posible.

Cuando Hellen regresó con la enfermera, le trasladaron a la habitación y Lester se quedó dormido por el sedante que le suministraron. Ella aprovechó para ir a ver a su hermana que estaba dormida también. Explicó a su madre lo que Lester le había contado y ella le dijo que se lo contaría a Harper en cuanto se despertara. Decidieron que ella se quedara con Lester, porque Harper estaba bien cuidada por su madre, y regresó a la habitación sentándose a su lado en una silla.

Suspiró mirando su rostro y se mordió el labio inferior porque eso tenía que doler muchísimo. La verdad es que visto desde el punto de vista de Lester, tenía que pensar que estaba un poco loca. En menudo lío que le había metido. Y ahora

resultaba que eran prometidos. Miró su mano. Pues le faltaba el anillo. Bueno, mejor no se lo pedía porque entonces sí que le pegaría cuatro gritos. Mejor dejaba las cosas como estaban. Además, tenía que salir con veinte hombres. Y

que le gustaran. Eso sí que iba a ser complicado. Se miró el cabello y levantó un mechón. Estaba cómoda de rubia, pero no sabía si decidirse por ese color. ¿Y

pelirroja? Tenía que pensarlo. Los vaqueros eran perfectos para su personalidad, pero no podía ir en vaqueros todo el día y menos en la oficina. Tendría que probar algunos vestidos. Algo de colores más alegres, pero por debajo de las rodillas. Lo de llevar vestidos tan entallados quedaba descartado. No le gustaba que la miraran tanto y menos personas que no le interesaban en absoluto. Miró a

Lester de nuevo y sonrió. Él la había mirado y cómo... Era una pena que ya no

hiciera el desfile, porque le habría gustado verle un poco celoso.

Se quedó dormida en la silla y cuando la tocaron en el hombro, se sobresaltó

del susto parpadeando al ver ante ella a una enfermera. —Perdone, pero la policía quiere entrar a hablar con usted. Yo les he dicho que es mejor que salga usted para no molestar al paciente.

—Sí, claro.

Atontada se levantó y fue hasta la puerta viendo que la enfermera le ponía el termómetro a Lester. Cerró la puerta tras ella y vio a los detectives que habían estado en urgencias.

—Sentimos molestarla, señorita Shields. Pero han surgido más frentes en la investigación y necesitamos hablar con usted.

Preocupada asintió. —Sí, por supuesto. ¿Han encontrado a quien le ha hecho esto a mi novio?

—Estamos en ello, pero no es por eso por lo que estamos aquí. —El más alto miró al otro que asintió. —Verá, debido a la denuncia de su hermana seis mujeres más han denunciado al señor Dweller.

Los ojos de Hellen brillaron. —¿De verdad? Eso es bueno, ¿no? —Por sus caras no parecían estar muy de acuerdo. —¿No es bueno?

—Claro que sí. Cualquier mujer a la que hayan agredido debe denunciar lo que ocurre, pero es que no hay pruebas de ningún tipo de lo que dicen. Ni partes médicos ni fotos...

—Entiendo —dijo decepcionada—. Así que es su palabra contra la de él.

—Exacto. La única que ha aportado pruebas ha sido su hermana.

—Pero, ¿y las fotos? —preguntó ella—. Demuestran que estaban atadas.

—Ya, pero él dirá que fue con su consentimiento.

Miró los ojos marrones del detective. —No pueden dejar que se libre de esto.

Mire lo que le hizo a mi hermana. —Los policías se miraron de nuevo. —
¿Qué?

—Él le hizo lo del pómulo, pero la pierna se la rompió ella al caer por las escaleras.

Asombrada se llevó las manos a la cabeza. —No le van a detener, ¿verdad?

—No hay pruebas en su contra. El empujón que le dio contra la pared, no es suficiente para meterle en la cárcel. Por eso estamos aquí.

—Pregunte lo que quiera.

—Creemos que hay más mujeres y es obvio que tiene un cómplice que sacaba las fotos.

—¿Las denunciantes no han dicho quién es el cómplice? ¿Le conocían?

—Solo han dicho que era una mujer.

Abrió los ojos como platos. —¿Una mujer?

El policía asintió. —Tenemos que encontrar a esa mujer para interrogarla.

Igual por ese lado podemos encontrar algo para detenerlos.

—¿Y yo en qué puedo ayudar?

—Si pudiera hablar con las víctimas... Ellas suelen relajarse con otras afectadas y su hermana lo es. Igual les dicen algo...

—Quiere que rebusque en su memoria hasta que encuentre algo. Oiga, yo no soy psiquiatra. —Sus ojos brillaron. —Pero conozco a uno buenísimo que vive aquí.

Los policías se miraron y el bajo dijo —No tenemos informes psicológicos de las víctimas y le vendrían bien a la acusación. Por probar no perdemos nada.

Hablaremos con ellas a ver si están de acuerdo.

—Le llamaré. El doctor Collison es estupendo. Ya verán cómo encuentra algo.

Los agentes sonrieron embobados y cuando se puso alguien a su lado, Hellen se sobresaltó al ver a Robert mirándola con los ojos como platos. —¡Uy... ya has llegado! —Le cogió por el brazo rápidamente y tiró de él hacia la puerta. —

Es el mejor amigo de mi prometido.

—¿Tu qué?

—¡Ha venido desde los Estados Unidos! ¿A que es un amigo estupendo?

—Entonces les dejamos. La llamaremos para decirle si ellas están de acuerdo.

—Sí, sí. Claro. Llámenme cuando quieran. Gracias.

Metió a Robert en la habitación casi a la fuerza y cuando cerró la puerta, suspiró del alivio apoyándose en ella. —Por los pelos.

Robert aún la miraba con los ojos como platos. —Eres igual que...

—Es mi hermana, imbécil. ¡Y casi lo fastidias todo! Como siempre.

—¿Tu hermana? —La miró de arriba abajo aún asombrado. —Joder, si sé lo que esconde ese cuerpo bajo los sacos que te ponías, no te me escapas.

—Más quisieras. —Le señaló con el dedo. —Y aléjate de Harper. Lo está pasando mal.

—Robert, ¿qué coño haces aquí?

Se volvieron hacia Lester y su amigo exclamó —¡Hostia, tío! ¡Te han dejado hecho un cromo!

Ella gruñó con ganas de arrearle. —Muy delicado. Como siempre.

Robert se acercó a Lester. —¿Pero qué te ha pasado? ¿Qué le ha pasado a ella? ¿La han abducido o algo así para pegar ese cambio?

Lester intentó sonreír, pero gimió de dolor y ella se acercó de inmediato por el otro lado de la cama. —Pobrecito, ¿te duele mucho?

—Eso es obvio, lumbreras.

Le miró como si quisiera cargárselo. —Oye, majo. ¿Quieres que te dé otra patada en eso tan minúsculo que tienes entre las piernas?

—Haya paz. —Lester cogió la mano de Hellen y ella sonrió mirando su ojo.

—Nena, tengo sed.

—Oh, claro. —Le acercó un vaso de plástico que tenía una pajita.

—Así que no te han detenido. —Robert se cruzó de brazos. —¿Alguien va a explicarme lo que ha ocurrido aquí?

Ella dejó el vaso sobre la mesa. —Que te lo explique tu amigo. Yo voy a ver a Harper.

Robert abrió los ojos como platos. —¿Está aquí? ¿En Londres?

—Está en el hospital, Rob. —Lester se apretó el costado poniéndose cómodo. —Nena, vete a verla mientras se lo cuento todo.

Sonrió encantada y se acercó para darle un beso, pero no se decidía porque tenía la cara aún más hinchada que el día anterior. Vio la oreja y le besó el lóbulo haciéndole reír antes de gemir de nuevo apretándose el costado.

—Amigo, está claro que esta tía no te conviene. Yo que tú me buscaba a otra.

Una cuerda que no vaya pegando patadas en los huevos por ahí.

Hellen le sacó la lengua antes de ir hacia la puerta. —De todas maneras, tengo que olvidarme de él, así que...

—Nena, Harper te espera.

—Te veo luego.

Le lanzó un beso desde la puerta y escuchó decir a Robert asombrado —

Joder, son igualitas. Cabrón, qué suerte tienes. ¿Ya te has acostado con ella?

—Este hombre es idiota —dijo para sí cerrando la puerta.

Su hermana estaba ya vestida sentada en la cama y había pedido el alta.

Parecía calmada, pero Hellen sabía que estaba de los nervios. Era parte de su entrenamiento como modelo. Disimular sus sentimientos. Su madre la miró de reojo mientras se acercaba a ella.

—¿Mamá te lo ha contado todo? —Harper asintió. —Si seguimos esa historia, todo irá bien. La policía está de nuestro lado.

—Lo que le han hecho a Lester... —La miró a los ojos. —¿Y si os pasa algo?

—No pasará nada. Ahora todo ha salido a la luz y según me ha dicho la policía seis mujeres más han denunciado.

Harper la miró sorprendida. —¿Seis?

—Y seguro que salen más —apostilló su madre.

—¿Y ahora qué hago? La prensa...

—Nada de comentarios. ¿Dónde está tu agente?

—No lo sé. No he traído el móvil y... Dios. Maldito el día que fui a cenar con ese cerdo.

—Tranquila. —Se sentó a su lado y le acarició la espalda.

—¿Cómo está Lester?

—Hecho un cromo, como acaba de decir su mejor amigo.

La miró sorprendida. —¿Le ha visto?

—Ha venido de inmediato en cuanto le avisé ayer por la noche.

—Eso es un amigo —dijo su madre.

—Hay que conocerle. Tiene sus cosas.

Su madre abrió los ojos como platos. —¿Es el de la oficina? ¿El de la patada en las pelotas?

—El mismo. —Su hermana no se enteraba de nada. —Ya le conocerás. Es una pieza de cuidado, pero a Lester le quiere como a un hermano. Es posesivo con él.

—¿Y te soporta?

—Muy graciosa. Hoy puede soportarme un poco menos después de ver la cara de Lester.

Las dos rieron por lo bajo y en ese momento llegó una enfermera diciendo que podían irse. Al ver una receta en los papeles que le entregaban a su hermana, Hellen perdió la sonrisa cogiéndola. —¿Qué es esto?

—Son antidepresivos —dijo su madre.

—Verás al doctor Collison para ver si son necesarios. —Harper asintió. — No quiero que tomes estas cosas si no las necesitas.

—Bien. ¿Vamos a ver a Lester? —preguntó su hermana levantándose.

—Sí, claro. Estaba despierto. Pero te lo advierto, cuidado con Robert. Es un aguillilla. —Su madre y su hermana salieron de la habitación y las miró sorprendida. —Oye, que hablo en serio.

Cuando Hellen abrió la puerta de la habitación de Lester, ellos dejaron de hablar para observarlas. Advirtió a Robert con la mirada, pero éste abrió la boca de la impresión sin hacerle ni caso mirando a su hermana, que con una dulce sonrisa entró en la habitación con ayuda de la muleta. El amigo de su hermano se tensó con fuerza viendo su pierna rota y el morado del pómulo

sin decir ni una

palabra. Harper se acercó a Lester y amplió su sonrisa. —Me alegro de que estés

despierto. Menudo susto. Creía que te habían matado.

—Estoy bien. Nada que no se vaya con unos días. ¿Y tú cómo te encuentras?

Su madre le acercó una silla y Harper se sentó sin perder la sonrisa. —Bien, gracias.

—Harper, no hace falta que disimules conmigo.

—De verdad estoy bien. Gracias a la medicación he dormido de un tirón y me siento descansada. —Miró tímidamente a Robert que no se perdía detalle.

—Él es mi amigo Robert Stelman.

Harper alargó la mano sobre Lester. —Mucho gusto.

—Te puedo asegurar que todo el gusto es mío.

Harper se sonrojó obviamente encantada porque aparte del piropo no le soltaba la mano. Hellen se colocó al lado de Robert fulminándole con la mirada.

—Devuélvele la mano, que la necesita.

Harmony reprimió la risa acercándose. —Ella es la madre de las dos —dijo

Lester divertido.

Robert la miró con admiración. —Imposible, si es demasiado joven para tener a esta belleza.

Hellen entrecerró los ojos cruzándose de brazos. —Oye que somos dos.

Gemelas. Idénticas. ¿Eres cegato?

El amigo de Lester chasqueó la lengua. —Voy a ignorar la pregunta, aunque puede que tenga razón porque después de conocerlas a ustedes, su belleza puede

haberme cegado.

Le dio un empujón a Robert apartándolo de la cama. —Quita, pesado. —

Sonrió a Lester mientras su familia se reía y le cogió la mano. —¿Cómo te encuentras ahora? ¿Necesitas medicación?

—No, nena. Vete al hotel con ellas y descansa.

—Estoy bien.

—Está Robert aquí.

Se resistía a dejarle solo y todo el mundo se dio cuenta, así que Robert se cruzó de brazos. —¿Para qué he venido?

—Para acompañarle.

—Pues eso. Ya no eres necesaria.

Entrecerró los ojos girando la cabeza hacia él. —¿Por qué te habré llamado?

—¿Porque creías que te iban a enchironar por agresora y no querías que Lester estuviera solo?

—No te soporto.

—Ya me he dado cuenta. —Le guiñó un ojo a Harper que rió por lo bajo.

—Nena, vete al hotel. Descansas y comes algo decente.

Además, tenía que llamar al psiquiatra y quería darse una ducha. —Vale, vuelvo por la tarde.

Le besó en la oreja y su madre y su hermana sonrieron. —Hija, la terapia.

—¿Estás en terapia? —preguntó Robert satisfecho—. Me parece muy bien.

Hellen iba a replicarle, pero Lester la interrumpió. —Robert, ya vale.

Su amigo gruñó antes de mirar a Harper. —¿Y tú preciosa, quieres salir a cenar? Porque en cuanto vuelva tu hermana, mis servicios no serán necesarios.

Harper se puso como un tomate y agachó la mirada tímidamente. —Mejor que no. No estoy en mi mejor momento.

Robert perdió la sonrisa. —Pues no me quiero ni imaginar cómo eres cuando te encuentres bien. Me quitarías el aliento.

Harper se levantó de inmediato queriendo huir de la situación. —¿Nos vamos?

—Muy oportuno, idiota —susurró ella en cuanto salió de la habitación.

—¡Es que después sí que no tendré oportunidad!

Lester le apretó la mano. —Vete al hotel.

—Tu amigo me pone de los nervios.

—Se te pasará.

Se le cortó el aliento porque parecía que hablaba del futuro. De un futuro en el que estarían los tres. Estaría encantada, ¿pero y si su psiquiatra tenía razón?

¿Y si no estaba enamorada de él y todo era una ilusión? Carraspeó disimulando y

soltó su mano. —Te veo luego.

Lester frunció el ceño lo que podía. —¿Ocurre algo?

—¡No! Claro que no. —Forzó una sonrisa alejándose. —Os veo luego. Igual tardo un poco. Tengo que ver a alguien.

—¡Nena, ni se te ocurra!

Salió de la habitación antes de que pudiera impedirlo. —¡Joder! —dijo

Lester por lo bajo.

—¿A quién va a ver que te molesta tanto?

—¡A su psiquiatra!

—Uy, esto se pone cada vez mejor. ¿Por dónde empiezas?

Capítulo 8

Tumbada en el diván del doctor le miró de reojo y él suspiró. —No hago bien, ¿verdad? Pero es que se ha portado tan bien con nosotras...

—Eso es gratitud.

—Está celoso, usted lo oyó. No quiere que salga con nadie. ¿Y si le pierdo por salir con tantos hombres? ¿Y si es el amor de mi vida y estamos metiendo la

pata hasta el sobaco?

El doctor reprimió la risa. —Creo que si te ama de verdad, soportará unas citas para que tú descubras si tu amor por él es verdadero.

Cómo hablaba ese hombre. Hellen entrecerró los ojos. —Es cierto. Si me quiere...

—Exacto. Ahora tienes que irte. He dejado a un paciente en la sala de espera porque dijiste que era una emergencia sanitaria internacional. Le has dejado con el miedo en el cuerpo porque es hipocondriaco. —Se levantó del sofá mostrando

el vestido verde que llevaba. —¿Ese vestido es tuyo?

—Es de mi madre. Estoy probando sus ropas para ver con lo que estoy más cómoda.

—El cabello rubio te sienta muy bien, pero ya lo sabías por tu hermana — dijo acompañándola hasta la puerta.

—Voy a probar con el rojo. —Le miró divertida. —Este juego me va a gustar.

—Tú disfruta, que de eso se trata. Encontrar con lo que tú estés más cómoda. Dile a tu hermana que venga esta tarde a las cinco.

Hellen miró al hombre que estaba esperando. El pobre sudaba y todo. —

Genial. —Le dio un beso en la mejilla haciéndole reír y miró al paciente. — Es

un psiquiatra buenísimo. Ha resuelto la emergencia sanitaria en una sola consulta. —Sonrió ampliamente. —Ha salvado a la humanidad.

El hombre se levantó de un salto. —¿De verdad?

—Tranquilo, hombre. Cuando tenga que irse al otro barrio, será porque le ha

llegado su hora y ahí no podrá hacer nada. ¿Para qué preocuparse antes?

El doctor Collison puso los ojos en blanco mientras se iba de la consulta y miró a su paciente que había palidecido aún más. —¿George? Puedes pasar.

—Sí, doctor. Porque tengo un mal cuerpo...

Al llegar al hospital le costó menos pasar entre la prensa, porque casi toda estaba ante el hotel donde estaban hospedadas. La noticia había saltado a todos

los medios y se especulaban mil cosas, pero cuando se enteraron de que había más afectadas se pusieron como locos.

—¿Es cierto que su prometido ha querido aprovechar esto para beneficiar a su empresa?

Miró sorprendida al periodista. —No diga tonterías, hombre. Mi novio es una persona decente al contrario que otros. —Pasó hasta la puerta y se volvió moviendo su cabello rubio. —Él solo ha querido ayudarnos y no se merece esas

acusaciones.

Como una dama se volvió y entró en el hospital. Ni se dio cuenta de que la miraban atontados pegándose al cristal mientras iba hacia los ascensores. —

Maldito Dweller —siseó entrando en el ascensor. Un médico la miró de reojo y

ella sonrió—. Yo voy al segundo piso.

—Igual que yo. Qué casualidad. —Pulsó el botón a toda prisa casi arrollando a una anciana que llevaba bastón. Se sonrojó intensamente antes de mirarla de nuevo. —Usted es...

—No, esa es mi hermana. —Miró al frente y cuando las puertas se abrieron de nuevo, él salió tras ella a toda prisa.

—Me preguntaba si le gustaría ir a cenar esta noche.

—¿Cenar? —Incrédula se detuvo ante la puerta de Lester mirándole de arriba abajo. Al ver la plaquita vio que se apellidaba Smith y no estaba nada mal.

Era muy rubio y tenía unos bonitos ojos castaños, pero era algo delgado para su

gusto. No, estaba descartado. No le gustaba mucho y además se suponía que era la novia de Lester. Tenía que rechazarle. —¿Quiere salir a cenar conmigo?

La puerta se abrió de golpe y allí estaba Robert en mangas de camisa.

Fulminó con la mirada al doctor y se cruzó de brazos mostrando sus músculos bajo la camisa blanca. —Hellen, ya has llegado.

—Sí, pero... —Miró al médico que se había sonrojado ligeramente. —Siento decirle que no, ya que...

—¡Hellen! ¿Qué quiere ese?

Metió la cabeza en la habitación y sonrió. —Cielo, estás despierto. Nada, quiere una cita.

Lester entrecerró el único ojo que podía abrir. —¿No me digas...? ¿Robert?

Su amigo la cogió por el brazo metiéndola en la habitación y le cerró la puerta en las narices al médico. Asombrada miró la puerta cerrada. —¿Pero qué

haces?

—Ya le habías dicho que no. Así que he abreviado. Las calabazas cuanto más rápidas mejor.

—¿De verdad? —preguntó asombrada mientras ambos asentían.

—Como las tiritas. Rápidamente y sin pensar mucho en ello —dijo Lester extendiendo la mano—. Ven, nena. Estás preciosa de verde.

Se sonrojó de gusto acercándose y cogiéndole la mano. —¿De verdad te

gusta? Pero no te hagas ilusiones que luego te puedes decepcionar. —Robert levantó una ceja sin entender. —He ido a ver a mi psiquiatra. —Se pasó la mano

por la melena. —La semana que viene pruebo con el rojo.

—¿Has ido a ver al loquero? —preguntó Robert.

—Sí, y Harper va esta tarde.

Robert miró a Lester con horror antes de coger su chaqueta a toda prisa y decir yendo hacia la puerta —Bueno, yo me largo. Os veo... Cuando sea.

Salió tan rápidamente que no le dio tiempo a preguntarle dónde se alojaba.

—Tiene mucha prisa de repente, ¿no?

—No me extraña. Ven, siéntate a mi lado. ¿Y qué te ha dicho ese matasanos?

—No le llames así. Es muy agradable y da consejos muy acertados.

—¿No me digas? ¿Y qué consejos te ha dado hoy?

—Que siga con la terapia.

—¡Claro, porque si no se le termina el chollo! —dijo molesto—. ¡A ti no te pasa nada!

—Claro que sí. Tengo que descubrir quién soy.

—¡Mientras estemos aquí no puedes salir con nadie!

—Ya... Esperaré, no tengo prisa. —Eso pareció aliviarle y ella sonrió maliciosa. —No sé por qué te interesa tanto, cuando hace dos semanas no querías ni hablarme.

—Menuda mentira.

—¡Me despediste!

—Si no me hacías ni caso.

En eso tenía razón. —Bueno, ¿y cuándo te dan el alta?

—¿A qué viene ese cambio de tema? ¿Qué me ocultas?

—Nada...

—No me fío. ¿De qué has hablado con tu psiquiatra?

—Esos son temas personales.

—¿Ves cómo me ocultas algo?

—Estás muy raro. ¿Necesitas más medicación? Es por el dolor, ¿verdad?

—¡Estoy perfectamente!

—¿Pues entonces cuándo te dan el alta?

—¡Mañana por la mañana!

—Genial. En el hotel estarás más cómodo.

—No quieres decirme que te ha dicho y eso significa que te ha dicho que te

olvides de mí. —Disimuladamente quitó una pelusilla imaginaria de su almohada. —¡Hellen!

—Tú dijiste que no querías nada conmigo.

—¿Cuándo he dicho yo eso?

—Pues...

—¡Te he dicho que no te voy a pedir matrimonio por una estúpida apuesta!

—La semana que viene me pongo pelirroja. He preguntado a Harper si puedo cambiar ahora, pero me ha dicho que eso es malísimo para el cabello.

—¡A ver si con tanta prueba te quedas calva!

Hellen soltó una risita. —Puedo probar. Igual me gusta.

—Nena. ¡No se puede probar todo en la vida!

—No, tengo claro que me gusta tener el cabello largo. —Él suspiró del alivio.
—Me vería rara con él corto.

—A mí me gustas de rubia.

—Ya, pero me tiene que gustar a mí.

Lester gruñó por lo bajo antes de tirar de su mano. —Y también me gustaba ese conjuntito que llevabas ayer. Esa ropa interior te sienta estupendamente.

—¿No me digas? Pues adivina... —Sonrió radiante. —¡Me han llamado! —gritó emocionada.

—¿Quién te ha llamado?

—¡Voy a ser un ángel! —Lester dejó caer la mandíbula. —Y no como

Harper. ¡Cómo Hellen! ¿A que es genial?

—¿Pero cómo vas a sustituir...?

—No salgo como ella. Salgo como yo. La firma quiere apoyar a las modelos que se sienten acosadas y yo seré su abanderada, ya que Harper no puede.

Aunque ella estará en primera fila dándome ánimos. —Lester parecía que se había tragado un palo y perdió la sonrisa poco a poco. —¿No te hace ilusión?

—¿Ilusión? ¡A ningún hombre le hace ilusión que su mujer se pasee en ropa interior ante millones de personas! —le gritó a la cara. Ambos se quedaron de piedra y Lester carraspeó. —Quiero decir...

—Uy, uy, uy... —Se apartó levantándose de golpe.

—Nena, no quería decir que... ¡Lo que he dicho, joder!

—Tú te estás colgando de mí.

—¡No digas tonterías! —Pareció pensarlo mejor. —Y si fuera así, ¿qué pasa?

—¡Ahora!

—¡Sí, ahora!

—¡Pues no me vale! —Le miró asombrada. —¡Te gusta Harper!

—¿De dónde sacas esas cosas?

—¡No lo sé! ¡Será que antes de vestirme así, de maquillarme y de teñirme el pelo, no decías esas cosas!

Furiosa cogió su bolso y él se sentó en la cama asombrado. —¿A dónde vas?

—Me largo de aquí.

—¡No puedes irte!

—Está claro que tú tampoco tienes las ideas claras —dijo disgustadísima a punto de llorar de la decepción—. ¡No me quieres a mí! Quieres esto —dijo señalándose el cuerpo.

Asombrado vio cómo se iba furiosa y atónito miró la pared de enfrente. —

Está loca. —Se dejó caer en la cama y gimió de dolor. —Joder. Mierda. ¡Joder!

Cuando llegó al hotel, se encontró a Robert sentado al lado de su hermana viendo la tele mientras se reían. Furiosa y con los ojos rojos de haber llorado en el taxi, la miraron mientras iba hasta su habitación y cerraba de un portazo.

Harmony suspiró. —Vaya.

—¿Qué pasa? —preguntó Robert antes de beber de su cerveza.

—Lester ha hecho algo que la ha disgustado —le explicó Harper.

—Imposible —dijo su amigo muy serio—. Si es un tipo estupendo. El que meto la pata siempre soy yo.

Harmony se acercó a la puerta y llamó. —Hija, ¿quieres hablar?

—¡No! ¿Dónde están las tijeras?

Madre e hija se miraron con horror gritando —¡No!

—¿Qué pasa?

—¡Quiere cortarse el pelo! —Harper se levantó y Robert hizo lo mismo al verla ir a la pata coja hasta la puerta. —No puedes cortarte el pelo, ¿me oyes?

¡Tienes que tener el pelo largo para el desfile!

Llamaron a la puerta y su madre bufó antes de ir hacia allí. —¿Quién es?

—¡La policía!

Todos se miraron y Robert apretó los labios asintiendo. Harmony abrió la puerta y los detectives entraron en la habitación. Y no tenían precisamente buena cara.

Robert pasó el brazo por los hombros de Harper como si quisiera protegerla.

—¿Ocurre algo? —preguntó su madre cuando cerraron la puerta.

—No. Hemos preguntado a las implicadas si quieren asistir a una sesión en grupo y todas están de acuerdo.

Todos suspiraron del alivio y Hellen abrió la puerta de la habitación en pijama. Fue a por un agua al minibar y volvió a su habitación pegando un portazo.

El detective la señaló. —¿Se encuentra bien?

—Le duele un poco la cabeza —dijo Robert forzando una sonrisa.

—Oh, claro... mucho estrés con su novio en el hospital y eso.

—Exacto.

—Esta tarde tengo cita con el doctor, así que se lo diré para escoger una hora que a todos nos venga bien —dijo Harper rápidamente.

—Gracias, a nosotros nos será de mucha ayuda. —El más alto abrió la puerta y su compañero salió. —Por cierto, ¿ustedes no sabrán nada de unos bates que se

han encontrado en el hotel donde agredieron a Gordon Dweller?

Madre e hija se miraron con los ojos como platos. —¿Bates? No, ¿por qué?

—preguntó Harmony casi sin voz.

—Oh, por nada. Es el arma con que le agredieron.

—Vaya. —Harper se rió nerviosa. —¿Y por qué íbamos a saber nosotras algo de eso?

—Era una pregunta, nada más. No tienen huellas porque los tocaron al menos doscientos empleados del hotel antes de que supiéramos que eran las armas del crimen.

Harmony palideció. —Armas del crimen... Tampoco hay que exagerar.

El policía sonrió saliendo de la habitación y madre e hija se miraron. —Está claro que lo saben —dijo Robert divertido—, pero se van a hacer los locos. Es

una buena noticia.

—¿Tú crees? —preguntó Harper esperanzada.

—No tienes que preocuparte más de eso. Ya no hay pruebas.

—Queda el cabello.

—Yo no veo a ninguna castaña por aquí.

—Al parecer Lester te lo ha contado todo —dijo su madre mosqueada—.

Eso me recuerda... —Se volvió y llamó a la puerta de nuevo. —Abre.

—¡No!

—Lester no le ha hecho nada. ¡Tu hija no sabe lo que quiere!

Hellen abrió la puerta de golpe. —¡Claro que sé lo que quiero!

Todos la miraron como si mintiera como una bellaca y entrecerró los ojos. —

¡Al menos antes sabía lo que quería!

—Y querías a Lester —dijo Robert divertido.

—¡Sí!

—¿Y ahora a que vienen esas chorradas de que tienes que salir con otros hombres para saber si de verdad le quieres? —Miró a su hermana y a su madre

que se sonrojaron. —¿Vosotras le metisteis eso en la cabeza?

—¡Y su psiquiatra! —exclamó Harper intentando justificarse—. No conoces muchas cosas que le han ocurrido a mi hermana. No puedes juzgar.

—¡Todos tenemos un pasado que nos hace lo que somos! Por eso no sois iguales y cada una tiene su personalidad. —Todas se quedaron de piedra y

Hellen aún más porque estaba hecha un lío. Robert al ver su palidez suspiró.

—

¡Joder! ¡Le dije a Lester que eras muy complicada para él!

—¿Sí? —Harper se cruzó de brazos. —¿Y qué te respondió él sí puede saberse?

—¡Qué cerrara el pico!

Hellen sonrió de gusto. —¿De verdad?

—Mira, está muy bien que te conozcas y todas esas mierdas, pero si te gusta mi amigo no le marees. Él va de frente y todas esas estrategias femeninas le cabrean muchísimo.

—No son estrategias femeninas. Solo quiero saber quién soy y si le quiero.

—Pues entonces es que no le quieres. Porque yo me he enamorado de tu hermana con solo una mirada.

Harper le miró sorprendida y después sonrió como una tonta, mientras

Hellen había perdido todo el color de la cara y susurraba —Felicidades, chicos.

Regresó a la habitación totalmente desmoralizada y su madre entró tras ella cerrando la puerta. —Hija, no te pongas triste.

Se sentó en la cama pensando en ello. Antes de salir de Nueva York estaba convencida de que le quería, pero todo lo que había pasado la había liado de tal manera que no sabía qué pensar. Harmony se sentó a su lado y le acarició la espalda. —Después de las palabras de Robert me siento culpable.

La miró sorprendida. —¿Por qué?

—Porque cuando estábamos en casa, parecías muy feliz hablando de él. Y ahora... Siento que te hemos quitado una ilusión. La primera que has tenido en muchos años.

—Es culpa mía. —Se miró las manos. —Soy yo la que no sé lo que quiero.

En el hospital dijo que no quería que su mujer se paseara en ropa interior ante todas esas personas y le recriminé que me quisiera ahora que soy como Harper.

—Se mordió el labio inferior antes de decir —Antes nunca me había mirado como ahora. Cuando le besé en la oficina al despedirme no mostró mucho interés. —Hizo una mueca.

—Lo siento. Igual tenías razón. Tú te mereces un hombre que te quiera por cómo eres por dentro y por fuera. —La miró dudosa. —¿Piensas seguir con la terapia?

—Sí. Me acabo de dar cuenta que el psiquiatra tiene razón. Si cuando termine las veinte citas aún siento algo por él, es que es el bueno, ¿no crees? Eso si quiere tener algo conmigo, que lo dudo.

—Bueno, pues entonces no te aflijas. Has hecho lo correcto. Además, nunca debes dejar que un hombre dirija tu vida. Si quieres hacer el desfile, lo haces y punto. Vamos a ir paso a paso. ¿Qué tal con mi vestido?

—He estado cómoda.

—¿Y te gusta ese estilo?

—Quizás algo un poco más entallado arriba.

Su madre sonrió. —Perfecto. Algo encontraremos. ¿Por qué no duermes un poco? Llevas unos días que casi no duermes.

—Sí, creo que me voy a acostar un rato. —Miró hacia la puerta. —¿Crees que...?

—Me di cuenta en cuanto entró en la habitación. Tu hermana se puso como un tomate de la vergüenza y eso que está acostumbrada a estar con gente importante. Y es obvio el interés que él tiene por ella. Me gusta para Harper. Es buena persona.

—Con las mujeres es algo salido.

—Pero no lo será con Harper. Le interesa de verdad y no solo por ser una modelo. Antes de que llegaras, se les veía muy a gusto juntos.

—Más le vale que la cuide, porque si no le capo.

Su madre se echó a reír. —Ya veremos. Aún es pronto para especular. —La besó en la sien. —Descansa. Yo los vigilo.

—Harper tiene cita...

—Nosotros nos encargamos. No te preocupes por nada.

Se tumbó en la cama y su madre sonrió viéndola abrazar la almohada y suspirar. —Que descanses, cielo.

Cuando su madre salió de la habitación, Hellen cerró los ojos pensando en la mirada de sorpresa de Lester cuando le recriminó que le gustaba su hermana.

Pues si era así, sería un lío porque ahora Robert iba tras ella. Mejor se olvidaba de todo y se dejaba llevar. Cuando llegara a casa, ya pensaría en el asunto.

Capítulo 9

Se despertó y sorprendida vio que había oscurecido. —Genial, ahora no pegarás ojo por la noche. —Suspiró volviéndose y gritó cuando vio un bulto en

la cama. Lester hizo una mueca y ella chilló —¿Qué haces aquí?

—He pedido el alta.

—¡Eso ya lo veo! —Se sentó en la cama furiosa. —¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Te largaste!

—¡Me cabreaste! —Vio que estaba desnudo de cintura para arriba y

asombrada levantó la sábana para encontrárselo en calzoncillos. —¿Estás loco?

¡Duermo con mi madre!

—Han salido al terapeuta y seguramente cenarán fuera. Además, fue tu madre la que me dijo que me acostara aquí para que si necesitara algo te lo pidiera.

—Me estás metiendo una trola.

—Nena, no estoy para muchos trotes.

—¡Además yo no te dejaría!

—Pues eso. —Se miraron a los ojos y él dijo —No me gusta tu hermana.

—Mentiroso.

—No voy a negar que es preciosa y que me sorprendió conocerla, pero no me acostaría con ella.

—Vuelves a mentir.

—No me acostaría con ella después de conocerte.

El corazón de Hellen saltó en su pecho. —¿De verdad? ¿No me mientes? En Nueva York...

—En Nueva York era tu jefe y todavía me estaba acostumbrando a tenerte por allí. Aquí todo se ha precipitado un poco. —Cogió su mano. —Nena, sí que

me gustabas antes.

—Entonces te dará igual que me tiña de nuevo.

Él carraspeó. —He de reconocer que de rubia estás para comerte, pero si estás más cómoda...

Hellen sonrió y se acostó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro. —Ya veré con que color me quedo.

Él acarició su cabello y suspiró del alivio. —Sobre el desfile...

—Lo voy a hacer.

—Pues... —Escuchó como rechinaba los dientes. —Pues muy bien.

Hellen reprimió la risa sintiéndose genial. Posó su mano en su pecho y alucinada porque estuviera allí, se lo acarició hasta llegar a su pezón. Su vello negro la fascinó y disfrutando de su piel ni se dio cuenta de que él gruñía.

Entonces vio que la sábana se elevaba a la altura de su pelvis y reprimió la risa.

—Nena... —dijo él con voz ronca—. ¿Puedes bajar la mano un poco?

—¡Lester! —Se sentó en la cama para mirar su ojo. —¿Y la terapia?

Él la cogió por la nuca acercándola. —Tómame un descanso. —Atrapó sus labios y Hellen gimió cuando entró en su boca de manera exigente. Enredaron sus lenguas apasionadamente y él gimió cuando le rozó la nariz. Hellen se apartó de golpe con la respiración agitada. —Mejor lo dejamos.

—No, no. —Intentó besarla de nuevo, pero Hellen se apartó un poco más.

Mirando sus ojos bajó la mano por su duro vientre y a Lester se le cortó el aliento. Metió la mano bajo la sábana y acarició su endurecido miembro sobre su

calzoncillo, apretando ligeramente su contorno. Lester cerró los ojos como si le estuviera dando el mayor placer del mundo y Hellen se sintió poderosa.

—¡Ya estamos en casa! —gritó Robert dando un portazo desde el salón,

haciendo que Hellen se sobresaltara apartando la mano.

—Le mato —dijo Lester entre dientes.

—Es que este no es el sitio apropiado para esto.

Él la cogió por la muñeca. —Nena, yo necesito sexo. —Hellen se sonrojó. —

Mucho sexo. Si no me pongo de muy mala hostia.

—¿Más que normalmente? —preguntó preocupada porque aún faltaba mucho para que acabaran las veinte citas.

—Mucho más.

—¿Te pido hora con el psiquiatra?

—¡No!

—Están despiertos —dijo Robert divertido desde el otro lado. Entró como si estuviera en su casa—. Hemos traído comida china. Las chicas querían cenar con

vosotros. —Sonrió malicioso mirando la excitación de su amigo. —¿A que son

unas detallistas?

—Mucho —siseó Lester apartando las sábanas, haciendo reír a su amigo.

—Cariño, ¿te ayudo a ir al baño? —La miró sobre su hombro como si todo fuera culpa suya. —¿No? ¿Puedes solo? Es estupendo.

Hellen saltó de la cama y cuando pasó al lado de Robert susurró —Por los pelos.

Su hermana estaba colocando la comida sobre la mesa y le guiñó un ojo. —

¿Qué te ha dicho el doctor?

—Que no tome las pastillas de momento. Que el apoyo de mi familia es lo que necesito.

Asintió aliviada. —Claro que sí. Además, está Robert.

Harper se sonrojó y miró hacia la puerta antes de susurrar —Me gusta mucho.

—Eso lo ve cualquiera. —Cogió un pequeño rollito de primavera. —Al menos lo pasarás bien.

Su hermana sonrió como antes de toda aquella locura. —Sí, es muy divertido.

Harmony salió de la habitación de Harper. —¿Cenamos? —Todas miraron a la otra habitación. —¿Se van a quedar aquí? —preguntó su madre sin despegar la vista de la puerta abierta.

—¡Sí! —gritó Lester desde dentro antes de aparecer con el albornoz puesto, seguido de su amigo que retenía la risa.

—No creo que...

—Después de lo que ha pasado, no pienso dejaros solas hasta que le enchironen.

—Bien dicho, amigo. —Le dio una palmada en la espalda y Lester gimió.

—¡Cuidado! —protestó Hellen con la boca llena antes de acercarse—. Ven, cielo. Siéntate.

—Por cierto, no sé qué diría el doctor Collison de que tú te quedas aquí —
dijo Robert malicioso.

—Exacto —dijo Harper apoyándole—. Además, no hay camas para todos.

—Puedo pedir una auxiliar —dijo Hellen distraída mientras le acercaba a la
silla y se sentaba a su lado—. Yo dormiré en el salón.

—No, que en el salón duerma Robert —dijo Lester rápidamente—. Por si
entra alguien. Que le pillen a él primero.

—Vaya, gracias amigo.

—De nada. Para algo debieron servirte las clases de taekwondo del instituto.

—Pues no creas. —Miró de reojo a Harper. —Pero por mí encantado de
quedarme aquí para proteger a estas preciosidades.

Hellen gruñó antes de coger la ensalada china. —¿Quieres, cielo?

En ese momento sonó el teléfono de Harper y su madre lo cogió de su bolso
para acercárselo a su sitio en la mesa. —Gracias. —Miró la pantalla. —Es mi
agente.

—Pues dile que... —Hellen fulminó con la mirada a Lester, que gruñó —
Mejor no le digas nada.

Harper reprimió la risa contestando —Dime, Alder. —La sonrisa de su
hermana se fue difuminando poco a poco a medida que hablaba. —Entiendo.
Sí,

es culpa mía. Lo siento.

Todos se tensaron y Lester entrecerró los ojos al ver que miraba a Hellen. —

Lo hablaré con ella. ¿No hay otra solución? —Escuchó a su agente y suspiró llevándose la mano al cuello como si se hubiera tensado. Robert pasó la mano

por su espalda mirándola preocupado, pero ella ni se dio cuenta concentrada en la conversación. —Bien, de acuerdo. Sí, sí, tranquilo. Lo hablaré con Hellen y te llamo.

—Esto no tiene buena pinta —dijo Lester entre dientes.

Harper dejó el teléfono al lado de su plato y lo miró pensativa. —Cielo, ¿qué ha pasado ahora? —preguntó su madre sentándose ante ella.

—Me van a demandar.

—¿Qué? —preguntaron todos incrédulos.

—Una revista. Por no cumplir con el contrato.

—¡No podías cumplir con el contrato! —dijo Hellen indignada.

—Ya, pero Alder les presentó un parte médico falso, donde decía que tenía gripe.

—Estos quieren otra cosa —dijo Lester molesto—. ¡Suéltalo ya!

Harper la miró a los ojos. —Quieren que tú hagas la portada.

—¡Lo sabía! —gritó Lester molesto.

Hellen estaba impresionada. —¿Quieren que te sustituya?

—Menudos cabrones —dijo Robert cogiendo la cerveza y dándole un trago.

—Son negocios, y no son estúpidos —dijo su madre como si nada—. Pues la

hace Hellen y punto.

—¡No, punto no! ¿De qué es la revista? —preguntó Lester mosqueado.

—¿Y qué más da? —Hellen vio que cogía la cerveza de su amigo y ella se la arrebató. —¡Ni se te ocurra! ¡Tienes que tomar la medicación!

Harper le vio el lado divertido y le miró maliciosa. —¡Oh, irá vestida de Papá Noel!

—¡Si estamos en septiembre!

—Son previsores.

Al ver la mirada de su hermana, se olió que el traje de Papá Noel no era precisamente decente y su madre también se dio cuenta porque reprimió la risa.

—¿Ves, cielo? Voy de Papá Noel. No se me verá nada. Y aunque se me vea,

mejor. Lo que se vayan a comer los gusanos, que lo disfruten los cristianos.

—Se iba a meter un rollito en la boca, cuando su hermana chilló levantándose y dándole un manotazo. Asombrada protestó —¿Estás loca?

—¡No puedes comer eso! ¡El desfile!

—Ya estamos otra vez. ¡Tengo hambre! —Le puso delante una ensalada con algo de jamón cocido. —Será una broma.

—Tienes que adelgazar.

—No tengo que ir como tú. Tengo que ir como yo. —Cogió el rollito y Harper casi se tira sobre ella para arrebatárselo. Su madre comía como si nada y miró a los chicos. —Comed, que se enfría.

Robert carraspeó. —¿Intervenimos?

Lester cogió su cerveza y le dio un buen trago. Miró sorprendido a su amigo, mientras Harper le tiraba del pelo a Hellen para que le diera el rollito. —¿A ti no te molesta?

—¿Qué se maten a golpes?

—Que salga medio en pelotas ante todo el mundo.

—¿Por qué? Es preciosa y me sentiría orgulloso de verla desfilando.

Harper se detuvo y le miró emocionada. —¿De verdad?

—Ya será el año que viene, preciosa. Siéntate a comer ahora que puedes darte el gusto.

Hellen entrecerró los ojos antes de volverse a Lester y gritar —¿Ves como no me quieres? ¡Si lo hicieras, te sentirías orgulloso!

—¿Cuándo te he dicho yo que te quería? —gritó levantándose—. ¡Puede que me gustes, pero no te montes películas! ¡Si cada día que pasa te conozco menos!

Está claro que no eres la que conocí en Nueva York. ¡Esa mujer no hubiera salido en la portada de una revista!

Hellen palideció y su madre se levantó de inmediato. —¡No la quieres, pero bien que quieres dormir con ella! ¡Se acabó! —Se acercó a Lester y le empujó

hasta la puerta. —Largo de aquí.

—Pero...

Robert suspiró levantándose y le dio un beso en la mejilla a Harper. —Creo

que dormimos en otro sitio. Hasta mañana, preciosa.

—¡Largo! —gritó su madre furiosa.

—¡Mi ropa! —gritó Lester desde el pasillo cuando le cerró la puerta en las narices.

Robert suspiró entrando en la habitación que había ocupado con Hellen y salió unos minutos después con su ropa en los brazos. —Buenas noches.

—Ni siquiera has cenado —susurró Harper.

Él sonrió. —Ya pediré algo al servicio de habitaciones. Que descanséis.

Salió de la habitación y cerró la puerta suavemente. Hellen reprimiendo las lágrimas, se sentó de nuevo y cogió el envase de los tallarines. Su hermana iba a decir algo, pero se contuvo.

—Que no la quiere, dice. Si tiene unos celos que no puede con ellos —siseó su madre regresando a la mesa como si fuera un sargento—. Él sí que no sabe lo

que quiere. —Vio que Harper había perdido el apetito. —¡A cenar!

Su hermana se sirvió rápidamente. —Y tú —dijo señalando a Hellen—, no quiero que te disgustes más. ¡Vas a seguir la terapia y punto! Ningún hombre va

a decirte como tienes que ser o vivir, ¿me oyes? No os he criado como mujeres

independientes para que venga ningún tío a criticar vuestro modo de vida. ¡Qué

por otro lado no tiene nada de malo! ¡Si quiere estar contigo, ya puede respetar tus deseos porque si no le corto los huevos! —Entrecerró los ojos. —

Harper, llama a Alder y dile que tu hermana está disponible para trabajar.

Hellen se sonrojó. —¡Mamá!

—Nada de mamá. Te ganarás un dinero que te vendrá muy bien. Y de paso pruebas cosas nuevas, que de eso se basa la terapia. Hala, no quería taza, pues taza y media. Que se joda, por aguafiestas.

Harper no perdió el tiempo y sonrió radiante después de hablar con su agente. —Mañana te vas a París. Me lo iba a comentar antes, pero no sabía cómo decírmelo sin que me ofendiera.

Asombrada miró a su hermana, dejando caer el tenedor en el plato. —¿A París?

Harmony sonrió de oreja a oreja. —Oh, qué pena que no pueda ir contigo.

—Pero tenemos que hacer la terapia de grupo con las chicas y...

—Irás y volverás en el día. No hay problema. La sesión con el doctor es pasado mañana a las diez. Además, tampoco es necesario que vayas. Con que vayamos nosotras...

—Quiero ir.

—Pues no te lo perderás, así que vas a hacer este trabajo.

—¿De qué va?

—Ni idea. Pero tranquila, que Alder te acompañará. Para darte apoyo. Eso lo hace al principio, luego a no ser que sea algo importante, vas a tu aire.

—Claro, hija. Luego serás profesional. —Miró a su madre incrédula. —Si te gusta, quiero decir.

Miró los tallarines y se dio cuenta de que había perdido el apetito del todo.

Dejó el envase sobre la mesa y susurró —Mejor me vuelvo a la cama.

—Perfecto, así tendrás buena cara para mañana. Que descanses —dijo

Harper encantada porque hubiera dejado de comer.

—Al menos será una experiencia —dijo para sí tumbándose en la cama—.

¿Qué es la vida sin experiencias nuevas?

Hay experiencias que es mejor no pasar, pensó para ella después de que el fotógrafo volviera a gritarle porque había cerrado los ojos debido a que estaba cegada por los focos. Encima estaba pasando un frío del carajo en aquel puente

sobre el Sena con un bañador plateado que tenía un escote hasta el ombligo.
Eso

por no decir que había un montón de curiosos viendo como le echaban la bronca.

¿Quién se ponía en bañador en medio de París y con tacones de quince centímetros? Pues ella.

La maquilladora se acercó de nuevo a ponerle más barra de labios roja. —

¿Cuándo se termina esto? Ya es de noche. ¡Llevamos aquí horas!

—Dale lo que quiere y nos iremos, guapa.

—¿Y qué coño quiere? —gritó perdiendo los nervios.

Alder, el agente de su hermana, un cincuentón que vestía con pajarita, se acercó a toda prisa moviendo su mano de un lado a otro, demostrando a cada paso que era de la acera de enfrente. —Cielo, colabora.

—¿Tengo pinta de no colaborar? Llevo sin comer todo el puñetero día y tengo los pezones como el timbre de un castillo del frío que hace.

—¡Eso! —gritó el fotógrafo—. ¡Esa es la mirada que quiero! Grita, enfádate.

Hellen le fulminó con la mirada. —¿Qué grite? ¡Te juro que en este

momento no sé si puedo mover las piernas o si están congeladas del viento que

hace aquí, pero si te pilló, te recorres el Sena, pero a nado porque te tiraría de este puñetero puente!

—Perfecto —dijo el fotógrafo encantado.

Ella levantó las cejas sorprendida y él aprovechó para sacar otra foto. ¡Había

sacado al menos cien mil en todo el día! Aquello era ridículo. Miró a Alder, que levantó los pulgares sonriendo de oreja a oreja, y bufando miró a su derecha colocando las manos en jarras. Que sacara las fotos que quisiera, a ver si la dejaban irse de una vez. Como perdiera el avión, sí que se lo cargaba.

—Muy bien. ¡Acabamos! —El fotógrafo se acercó emocionado. —Las

últimas son impactantes. Tienes talento natural. —Cogió su mano y se la besó.

—¿Quieres que quedemos para cenar?

—¡Tengo que irme a Londres! ¿Estás sordo? ¡Te lo he dicho cuatro veces!

—¡Oh, una modelo con carácter! ¡Cómo me gusta! —El tipo se volvió hacia

Alder. —La quiero para el catálogo de Navidad.

Ella negó con la cabeza moviendo sus rizos rubios. —Bueno, ya lo

hablaremos. Estará muy solicitada.

—Que llame a mi hermana. ¡Yo lo dejo después del desfile!

—¡Oh, las dos juntas! Menudo bombazo. El fuego y el hielo. ¡Alder te llamo!

—Claro que sí —dijo Alder forzando una sonrisa antes de cogerla del brazo y tirar de ella hacia la roulotte donde se había cambiado—. ¿Estás loca? Es uno

de los mejores fotógrafos del mundo.

—Pues el fotógrafo de mi barrio te saca una foto y ya sales muy mona. ¡No necesita diez mil!

—Al menos pon buena cara por tu hermana. ¡Ella sí que quiere vivir de esto!

—Si está encantado. ¿No le has visto? —Vio sus vaqueros y se los puso encima del bañador. Alder negó con la cabeza. —¿No qué?

—Ese bañador se queda.

Se miró. —¿Y qué más da que me lo lleve? ¿Se lo va a poner otra?

—Vale cuatro mil pavos.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Esto cuesta cuatro mil pavos?

—Pues sí.

Se quitó el vaquero a toda pastilla y al ver que Alder no se movía gritó —

¡Fuera de mi vista, que voy a cambiarme!

—Menudo carácter. ¡Cuánto echó de menos a tu hermana!

—¡Y yo! ¡Por eso quiero volver a Londres!

La miró como si quisiera matarla. —Voy a por el coche.

—Perfecto.

—Esta niña —masculló saliendo de la caravana.

—Está claro que esto no es lo tuyo. —Muerta de frío se vistió a toda prisa,

pero la camiseta que había llevado desde Londres no es que la calentara demasiado. Vio en el perchero un jersey azul y dijo —A la mierda. Que me lo descuenten.

Pensaba que Alder se había dado por vencido, pero le estuvo dando la paliza

sobre trabajar de modelo el resto del viaje. Cuando entraron en la suite se gritaban como posesos sobre lo importantes que eran ese tipo de oportunidades y

ella le respondía por dónde se las podía meter.

Robert se echó a reír y le miró sorprendida —¿Qué haces tú aquí?

—Ni siquiera te has desmaquillado —protestó su hermana sentada a su lado

—. No es bueno para la piel.

—Oh, cielo. ¡Ha estado maravillosa, pero no quiere hacer más trabajos!

Miró a su alrededor ignorándole y Robert rió por lo bajo. —Está en su suite.

No piensa hablarte hasta que te disculpes.

—¿Qué me disculpe yo? ¡Pues que espere sentado!

—No le defendiste cuando tu madre le echó. Se siente ofendido. —Se echó a

reír. —Y cuando vea esas fotos... prepárate para un cabreo monumental.

—¡Qué le den!

—Harper, habla con tu hermana. Quieren haceros fotos juntas. ¡Michaelson

ha dicho que sois un filón!

—¿Que Michaelson ha dicho qué? —chilló llevándose la mano al pecho.

Alder suspiró del alivio. —Por fin alguien que me comprende.

—Mi hija hará lo que ella quiera —dijo su madre saliendo de la habitación con un libro en la mano. Miró a Hellen e hizo una mueca—. Cielo, ¿estás probando ese maquillaje? ¿No crees que es demasiado?

—No me ha dado tiempo. Perdía el avión si me desmaquillaba.

—Uff, menos mal. Porque el ahumado es difícilísimo de hacer —dijo su hermana antes de mirar las cartas que tenía en la mano, para levantar la vista hacia Robert maliciosa dejando las cartas entre ellos—. Póker de sietes.

—Cielo, ayúdame con tu hermana. —Jadeó sorprendido. —Oye, lo de la revista lo harás, ¿no?

—Solo para evitar la puñetera demanda. Y déjame en paz o te suelto a Lester. Jadeó de nuevo. —¿Tenéis perro?

Robert se echó a reír a carcajadas y Harper tampoco pudo evitarlo.

Alder la ignoró para acercarse a Hellen. —Por favor, por favor... Michaelson es un genio.

Llamaron a la puerta con tres golpes secos y Hellen levantó ambas cejas mirando a Robert que asintió. Sonrió radiante antes de mirar a Alder. —Tú lo has querido. Te lo advertí.

Fue hasta la puerta y la abrió de golpe para ver allí a Lester en vaqueros y con un polo azul. Éste la miró asombrado al rostro. —¿Qué llevas en la cara? — preguntó él con mala leche.

—Es culpa suya. Yo no quería.

Señaló a Alder que sonrió. —Soy su agente.

Lester entró en la habitación y dijo con voz heladora —¿Perdón?

—Su agente. Para sus trabajos de modelo.

Le cogió por la pajarita y lo puso a su altura. —No.

—¿Qué?

—He dicho que no.

—Oh, pues... —Forzó una sonrisa. —Yo lo arreglo.

—¿Seguro?

—Totalmente —dijo empezando a sudar—. Pero lo de la portada lo hace, ¿no?

Lester giró la cabeza hacia Hellen, que se encogió de hombros como si ya estuviera resignada. Volvió a mirar a su agente y dijo —Solo eso.

—Perfecto. Perfecto. Entendido.

Él gruñó dejándole en el suelo y se volvió hacia ella poniendo las manos en las caderas. —¿No ibas a disculparte?

—Yo no he hecho nada malo.

Se quitó el jersey y fue hasta la habitación con él siguiéndola de mala leche.

—¡Estoy a punto de volver a Nueva York!

—Pues muy bien. —Se quitó la camiseta mostrando su sujetador blanco.

—Nena, no sé si te has dado cuenta, pero todo va muy rápido y... —Abrió

los ojos como platos cuando le dio la espalda, donde tenía tatuadas unas estrellas. —¿Qué coño es eso?

—Oh, son de mentira. Se quitarán con agua.

Suspiró del alivio. —Volviendo al tema. ¡Todo va muy rápido!

Le miró a los ojos decepcionada. —Robert se enamoró de Harper de inmediato. Si no me quieres, está bien. No tienes que justificarte.

—Joder, nena... —Se pasó la mano por el cabello. —Me gustas. ¿No es suficiente?

—Da igual. De todas maneras, aún tengo que salir con veinte. —Él juró por

lo bajo viéndola entrar en el baño. Lester escuchó el agua correr y se acercó a la puerta. Hellen se había sentado en el borde de la bañera e intentaba buscar la manera para que no se fuera. Porque si se iba, seguramente le perdería para siempre.

—Hellen, ¿puedo pasar?

Ella entrecerró los ojos levantándose de golpe y desnudándose en un tiempo récord. —Claro...

Él abrió la puerta viéndola entrar en la ducha y la miró de arriba abajo comiéndosela con los ojos. —¿Me frotas la espalda para quitarme esto?

Mira, las sesiones en el puente le habían servido para perder la vergüenza.

Que viera lo que se perdía si se largaba. Metió la cara bajo el agua y se frotó los ojos varias veces. Él no decía nada y eso la mosqueó. ¿Se había ido? Una mano

rozando su cintura le cortó el aliento y se quedó de piedra cuando se pegó a su

espalda haciendo que todas sus células saltaran de felicidad. La mano llegó a su

vientre y bajó hasta acariciarla entre las piernas. Cerró los ojos y arqueó su cuello hacia tras cuando el nudillo de su dedo acarició su clítoris,

estremeciéndola de arriba abajo.

—Nena, eres preciosa. —La besó en el cuello y su sexo la rozó entre las piernas. Tembló de deseo y él la cogió de las manos colocándoselas en la pared

antes de acariciar sus brazos bajando hasta sus pechos. —Me muero por estar dentro de ti. —La cogió por la cadera tirando hacia él y su miembro rozó sus pliegues haciéndola jadear de deseo. Entró en ella de un solo empujón y gritaron de placer mientras Lester la abrazaba a él con fuerza, moviendo la cadera una y

otra vez en un ritmo frenético que pensó que la volvería loca, hasta que él apretó sus pechos con pasión entrando en su ser con contundencia una última vez, lanzándola al abismo.

Lester besó su cuello hasta que volvió en sí y se giró entre sus brazos. Sonrió

besando su mandíbula. —¿Y esto no es ir deprisa?

—Cásate conmigo.

A Hellen se le cortó el aliento mirando sus ojos verdes. —¿Qué?

Besó su labio inferior. —Cásate conmigo.

—¡No! —contestó indignada.

Salió de la ducha dejándole de piedra. —¿Qué has dicho?

—¡No me voy a casar contigo cuando ni siquiera me quieres!

—¡Lo dice la que no tiene las ideas claras y que me ha idealizado! ¡No soy

como ese gilipollas de tu instituto!

—Entonces los dos tenemos mucho en que pensar, ¿no crees? No sé por qué quieres casarte conmigo, pero si no me amas todo esto no tiene sentido. Lo mejor es que te vayas a Nueva York y yo termine el asunto de mi hermana.

Cuando regrese, hablaremos de todo esto.

Él salió de la ducha furioso. —No te molestes en llamarme cuando llegues a Nueva York. ¡Estoy harto de todo esto!

—Otra razón para decirte que no.

Lester se vistió a toda prisa sin secarse siquiera y cuando iba a salir del baño, se detuvo para mirarla sobre su hombro. —¿Sabes de lo que me acabo de dar cuenta? Que me gustaba mil veces más la Hellen de Nueva York que ésta. Al menos aquella parecía que sabía lo que quería, mientras que tú eres una mujer insegura y caprichosa. ¡Qué te vaya muy bien, pero a mí no me molestes más! —

Cerró la puerta de un portazo y Hellen se estremeció con lágrimas en los ojos.

Sabía que le había hecho daño, pero no podía decirle que sí. Como había dicho,

no la quería y lo acababa de demostrar al no entender sus sentimientos. Era hora de recomponer su vida e intentar salir adelante.

Capítulo 10

La noticia saltó a la mañana siguiente. Dweller se había suicidado en el hospital, dejando una carta donde reconocía los hechos y pedía disculpas a su esposa y a sus hijos. Harper lo pasó fatal, porque ni siquiera sabía que estaba casado y aunque Robert intentaba consolarla, nada podía aliviar su estado. Así que fueron a la consulta del doctor Collison para que le diera algo que la calmara, encontrándose allí con las chicas que iban a la sesión de grupo.

Ella se acercó rápidamente al médico y le explicó la situación. —¿Debemos suspender la sesión?

—No, este es un buen momento para que las víctimas muestren lo que sienten. Tu hermana incluida.

Asintió e iba a apartarse cuando él la cogió por el brazo. —Quiero que te quedes después.

—Estoy bien.

—No, no estás bien. Hablaremos después de la sesión.

Se volvió y Robert entrecerró los ojos al ver que había palidecido. Se acercó a ellos y dijo —La sesión sigue adelante. Ven Harper, siéntate.

Su amiga Xari se acercó y sonrió con cariño. —Yo la ayudo.

—Xari, ¿cómo te encuentras?

—Mucho mejor. Todo lo que ha ocurrido por un lado ha sido liberador. Al fin se sabe. Siento no haberlo contado antes. No te habría pasado esto.

—Oh, no te preocupes por favor —dijo su hermana avergonzada mientras se alejaban.

Robert la miró de reojo, así que ella dijo alejándose —Estará bien. Puedes irte.

—Lester se ha ido.

Hellen se detuvo y se volvió para mirarle forzando una sonrisa, aunque su corazón se retorció de dolor. —Pues muy bien.

—Joder, te pidió que te casaras con él.

—No me quiere, Robert. Y este comportamiento me lo ha confirmado. —Se acercó a él. —¿Tú le dirías a Harper en un momento así que se casara contigo?

¿Lo harías?

Robert apretó los labios. —No.

—Pues él lo ha hecho y después de decir claramente que no me quería. ¿Qué querías que hiciera? ¿Qué le dijera que sí para proteger su orgullo? Lo siento, pero yo también tengo orgullo y merezco que mi marido me ame más que a nada

—dijo con lágrimas en los ojos—. Como yo quiero amarle a él. Y si no entiende

como me siento, si no entiende por lo que estoy pasando en este momento, es que obviamente no me quiere. Ahora si me disculpas, me voy con mi hermana

que me necesita. Puedes esperar fuera.

Él asintió y miró preocupado a Harper como asegurándose de que estaba bien antes de salir. Hellen dejó escapar una lágrima porque puede que él conociera a su hermana desde hacía mucho menos, pero se preocupaba mil veces

más por Harper que Lester por ella.

Durante toda la sesión estuvo distraída. Sobre todo, después de que Harper hablara de lo que le había ocurrido. Además, no sacaban nada en claro sobre quién era la mujer porque estaba vestida con un traje de látex negro y una capucha de cuero. Al parecer animaba a aquel salvaje para que continuara e incluso a veces sugería posturas. ¡No le dejes marcas! Era su frase favorita. Pero de ahí a saber quién era... No podrían decirle nada a la policía.

En ese momento estaba hablando una tal Lori que lloraba mientras decía como se había sentido después.

—Me moría de la vergüenza. Si no llegan a salir las fotos no hubiera dicho nada nunca. Hasta dejé a mi novio del que estaba enamoradísima por lo que sucedió—dijo llorando—. Me ha llamado de nuevo, pero...

—Necesitas tiempo —dijo otra de las chicas.

—¡Es que todavía sueño con aquella noche! ¡Hasta con ese olor nauseabundo que había en la habitación!

Todas asintieron y Hellen se tensó. —¿Qué olor?

—Era como un olor a esas barritas de incienso, pero más fuerte —dijo otra pensativa—. Yo también lo recuerdo. Se me quedó en la memoria y desde entonces cada vez que huelo incienso me pongo mala.

—¿Por qué lo has relacionado con el incienso? —preguntó su terapeuta—.

¿Qué creéis que era? ¿Un ambientador?

—Lo llevaba ella —dijo otra—. Ese cabrón me asaltó en mi casa y empecé a olerlo cuando llegó ella.

—¿Era su perfume?

Dos de las chicas asintieron. —¿Podéis describirlo? —preguntó Hellen por si era una pista.

—No hace falta —dijo otra—. Ya lo conocía. Se llama Seducción. Es

carísimo. Lo sé porque iba a regalarle un frasco en Navidades a mi madre y cuando la dependienta me pasó la cartulina por la nariz, casi me desmayo de la

impresión.

El médico sonrió. —Perfecto. ¿Qué sentís por quien colgó las fotografías en la red?

Las hermanas se quedaron muy tías mirando al doctor con los ojos como platos y todas se pusieron a hablar a la vez. Hellen gimió cogiendo la mano de su hermana que estaba obviamente arrepentida.

—¿Pues sabe qué? Me alegro —dijo la amiga de su hermana—. ¡Así ese cabrón ha quedado al descubierto y se ha ido al otro barrio! Ya no puede hacer

daño a nadie más.

—¿Y si nos afecta en nuestro trabajo? —preguntó otra.

—No digas tonterías. Te siguen llamando, ¿no? Yo tengo más trabajo que nunca. Al menos la industria nos ha apoyado.

—No les queda otra. Si no quedarían fatal. Pero a ver qué ocurre dentro de un año. O dos.

—Eso tampoco lo sabrías antes. Este trabajo es así. Aprovechar lo que venga y olvidar el resto.

Todas asintieron y Hellen suspiró de alivio, pero Harper se levantó. —Quiero disculparme con vosotras. Nosotras publicamos las fotos.

Las miraron con los ojos como platos y Hellen se levantó. —En realidad fui yo. Yo le pegué la paliza en el hotel y después le robé las fotos del portátil.

Harper no estaba.

—¿Tú le pegaste la paliza? —preguntó Xari asombrada—. Te quedarías a

gusto.

—Bueno, en realidad la que le puso fino fue mi madre.

Todas miraron hacia su madre que estaba sentada detrás leyendo una revista y varias rieron. —¡Bien hecho, Harmony! —gritó una antes de aplaudir.

El doctor Collison se echó a reír. —Basta, chicas. Creo que la sesión ha terminado. Lo habéis hecho muy bien.

—¿Habrá más sesiones de grupo? —preguntó Harper.

—Si os ponéis de acuerdo, por mí perfecto.

Las chicas empezaron a salir y el doctor le hizo un gesto a Hellen, que se acercó a regañadientes. Su madre y Harper la vieron sentarse en el diván y salieron de la consulta.

—Bien, ¿qué ha ocurrido?

—Me ha pedido que me case con él después de decirme el día anterior que no me quería. —La miró sorprendido. —Sí, esa es la cara que debí poner yo.

—¿Qué tal si empiezas por donde lo dejamos en la última sesión?

Se pasó una hora hablando con él. Bueno en realidad hablaba ella gastando su caja de tisúes porque no podía dejar de llorar. Cuando vació la caja le miró. —

¿Y bien? ¿Tengo arreglo?

—Has hecho bien, ¿sabes?

—¿Usted cree?

—Hace unas semanas le hubieras dicho que sí y puede que en un par de años

te llevaras las manos a la cabeza pensando que habías hecho.

—Hace unas semanas no me lo hubiera pedido.

—Exacto.

Le miró sorprendida y él sonrió. —¿Por qué crees que te lo ha pedido precisamente ahora y de esa manera tan poco romántica? Justo después de hacerte el amor.

—No sé qué responder. Diga lo que diga me equivoco.

—Teme perderte. Quería retenerte con un matrimonio. —Al ver su expresión de desconcierto sonrió. —Primero tiene una secretaria que está loca por sus huesos, que es mona, pero que no llama la atención. Que tiene sus exabruptos, pero le hacen hasta gracia. Pero llega a Londres y todo cambia. De repente es una mujer que defiende a su familia con uñas y dientes, hasta el punto de cometer un delito. Se siente protector contigo incluso cuando sale perjudicado al verse implicado. Pero de repente vuelves a cambiar, te tiñes el cabello y vistes diferente. Le dices que le has idealizado y que vas a salir con más hombres para comprobar si lo que sientes por él es de verdad. Empieza a temer que puede perderte, pero entonces lo que solo iba a ser un desfile, se convierte en una posible carrera y ahí le entra el pánico. Te va a perder y se cabrea.

—Lo de la cena.

—Exacto. Pero como tú no rectificaste, fue él a ti. Y le dices que no quieres ser modelo. Perfecto. Está arreglado. Le pido matrimonio y todo vuelve a su sitio. Pero le volviste a sorprender.

—Le dije que no.

—Otro cabreo. Y el ultimátum.

—Se vuelve a Nueva York.

—Exacto. —El doctor sonrió. —No debes preocuparte por él. En este momento se está diciendo a sí mismo que es un gilipollas por perder los nervios.

Ella miró al frente. —Me ha hecho daño.

—Y tú a él al rechazarle.

—¡Pero si no me quiere!

—¿Me estás diciendo que tú sí le quieres?

—Claro.

—¿Y las citas?

—¿Son necesarias?

—Yo creo que sí. Debes salir con otros hombres para descubrir si lo que ocurrió hace años no ha influido en la decisión de querer a Lester.

—De todas maneras, aunque descubra que le quiero, él no me va a perdonar.

¡Y si salgo con otros, aún menos!

—¿No lo entiendes? Es que si no sales con otros, nunca vas a saber si te quiere de verdad.

—¿Qué?

—Te aseguro, que si después de esas veinte citas aún está ahí para ti, es que ese hombre te quiere con locura.

Hellen sonrió emocionada. —Así lo descubriremos los dos.

—Exacto. Si después de las citas no encuentras un hombre que te haga cambiar de opinión, aunque solo sea un poco, es que entonces sí que estás enamorada de él. Pero deben ser...

—Hombres que me gusten, lo sé.

El doctor sonrió. —Bien, creo que ésta es nuestra última sesión en directo.

Hellen se levantó sonriendo radiante. —Le llamaré, lo sabe, ¿verdad?

—No me quedaba ninguna duda.

Se atusó los rizos pelirrojos mirándose en la ventanilla del taxi. Estaba encantada con su nuevo look. Definitivamente sería pelirroja a partir de ahora.

Se miró su vestido de seda negra, esperando que no se arrugara demasiado antes

de llegar al restaurante. Quería causar buena impresión a su cita. Suspiró porque era la número nueve. Habían pasado tres meses desde que llegó de Londres y solo llevaba nueve. Pero era muy difícil encontrar a un hombre del que le gustara algo o que le admirara de alguna manera. Esa noche salía con el doctor Mathew

Grant. Su dermatólogo. Había ido al médico porque le había salido un sarpullido

en el vientre y allí lo había conocido. Parecía agradable y era bastante guapo.

Moreno, como todos y de ojos castaños. Igual tenía que dejar esa fijación por los morenos. Había rubios muy guapos también. Tendría que pensarlo.

Pagó al taxista cuando llegaron al restaurante y salió cogiendo su abrigo y su bolsito. Corrió hasta la entrada porque empezaba a llover y empujó la puerta de

cristal sonriendo radiante. Al maître se le cayó el bolígrafo al suelo mirándola.

—Buenas noches. Tengo una cita.

—Qué suerte tienen algunos —dijo el hombre haciéndola reír.

Varios hombres se volvieron para echarle un vistazo, pero ella le preguntó al maître. —¿Ha llegado ya? Doctor Grant. Mathew Grant.

—Todavía no ha llegado, pero si quiere la acompaño a la mesa. La casa la invita a un buen Chardonnay.

—Estupendo —dijo dándole el abrigo que entregó en el guardarropa—.

Debe ser que hay mucho tráfico.

—Seguro que es eso, señorita. Porque ningún hombre en su sano juicio se retrasaría en una cita con usted.

—Pero que majo eres. —Él apartó la silla y se sentó a toda prisa. —Gracias.

—Enseguida le sirven el vino.

—Gracias. —Apartó los rizos del hombro distraída y miró a su alrededor viendo que el local era precioso. Le dio las gracias al camarero cuando la sirvió y bebió un sorbito del delicioso vino, dejando la copa de balón sobre la mesa con

cuidado. Alguien se puso a su lado y levantó la vista sonriendo a su cita, cuando vio a Lester mirándola con cara de querer pegarle cuatro gritos. —Oh.

—¿Oh? ¿Es lo que tienes que decir después de tres meses sin verme? ¡Ni siquiera te has pasado por la oficina!

Se sonrojó con fuerza viendo que medio restaurante se les quedaba mirando.

—Lester baja la voz.

—¿Por qué? ¿Te avergüenza? ¡Pues creía que habías perdido la vergüenza al pasear tu trasero por la pasarela ante medio mundo! —Con toda su cara se sentó

ante ella.

—¿Pero qué haces? ¡Tengo una cita!

—Sí, eso ya me lo he imaginado. ¿Qué número es? —Cogió su copa de vino y se la bebió de un trago.

—El número nueve —dijo entre dientes—. ¿Ahora puedes irte antes de que tenga que buscar otro?

—¡Esto es ridículo! —La miró atentamente. —Joder nena, estás preciosa.

Se sonrojó con fuerza antes de sonreír. —¿Te gusto de pelirroja?

—Mucho. ¿Por qué no dejas a ese idiota y vamos a mi casa?

—¿Te estás disculpando?

—¿Yo? —preguntó furioso—. ¡Te pedí matrimonio!

—¡Dijiste que no me querías! Ahora lárgate de aquí antes de que llegue... —

¿Cómo se llamaba? —¡Mathew!

Él sonrió como el gato que se comió al ratón y ella gruñó por dentro. —Así que Mathew.

—Voy a matar a Robert. Seguro que esto es cosa suya.

—No. ¡Te he seguido desde ese apartamento que te has alquilado! ¡Y por cierto, si se deja un trabajo, se comunica a la empresa que ya no volverás! Estás cambiando mucho tu vida últimamente.

—Me he tomado unas vacaciones. —Sonrió sin poder evitarlo. —En el trabajo de Harper pagan muy bien. Con esos tres trabajos, puedo estar sin

pegar

un palo al agua un año. Además, no quería verte. ¿No te quedó claro cuando no

te llamé?

—Sí, me dio una pista que no me llamaras. Y me sorprendió un poco, la verdad.

—Pues no sé por qué. —Al mirar a un lado vio que se acercaba Mathew, que miró hacia la mesa algo confundido. —Mierda, tienes que irte —le rogó con la mirada.

—¿Piensas seguir con esto?

—¡Si me quisieras, lo entenderías!

—¡Así que ahora tengo que entender que salgas con otros para que descubras que me quieres a mí! ¡Esto es el colmo!

—Lo has entendido perfectamente.

—¿Hellen?

Se volvió para forzar una sonrisa a su cita. —¡Mathew, has llegado!

—Lo siento, pero el tráfico... —Miró a Lester que no se movía de su sitio.

—Aunque es obvio que la próxima vez tendré que salir antes, porque es evidente

que no se te puede dejar sola.

Lester se echó a reír. —Éste piensa que vas a salir con él de nuevo. ¿No tiene

gracia, cielo?

Le fulminó con la mirada. —Lester, ¿no tenías que irte? —Sonrió a Matthew.

—Es un viejo amigo, ahora se va.

—No, no me voy. Ya que tengo que soportar esto, quiero verlo.

—¿Qué quiere decir?

Ignoró a Mathew para levantarse y agacharse al oído de Lester. —Me estás poniendo en evidencia. ¡Cómo no te vayas... te descarto!

Él se echó a reír. —Qué graciosa mi novia.

Hellen gimió enderezándose y al ver la cara de sorpresa de Mathew se sonrojó.

—¿Es tu novio? ¿Qué es esto? ¿Os van los tríos?

—Muy bien. —Hellen señaló a Lester. —¡Me has fastidiado al número nueve, pero lo conseguiré! —Cogió su bolso y salió del restaurante rápidamente

con ganas de matar a alguien. Se acercó a la acera y levantó el brazo para llamar a un taxi cuando le sintió tras ella.

—Nena, te has olvidado del abrigo.

Se volvió furiosa arrebatándole el abrigo. —¡No puedo creer que hayas hecho eso!

—¡Y yo no me puedo creer que sigas con esto, cuando es evidente que estás loca por mí!

—¿Y tú por mí? —preguntó insegura.

La cogió por la cintura y atrapó sus labios antes de que pudiera evitarlo. Ella gimió sin poder creerse que llevara tres meses sin sentir eso. Lester se apartó acariciando su cuello. —Sé que me precipité, preciosa. ¿Pero no crees que ya está bien?

Abrió los párpados y sonrió como una tonta. —Dime que me quieres.

—Dímelo tú a mí.

—Ah, no. No puedo.

Él se apartó furioso. —¡Esto es ridículo, Hellen!

—Dímelo.

—No antes que tú a mí.

—Pues tendrás que soportar las citas. ¡Porque hasta que no esté segura de que me quieres, las citas continúan!

—¡Y qué diferencia hay entre nueve y veinte!

—¡Qué entre esas once puedo encontrar a uno que respete mis deseos! —Se volvió levantando el brazo.

—Me enamoré de ti el día que entraste en mi despacho y me pusiste un donut delante, diciéndome que mi mal carácter se debía a que estaba bajo de azúcar.

—Se le cortó el aliento bajando el brazo y se volvió lentamente sin poder creerse lo que le había dicho. Lester apretó los labios al ver su cara de asombro.

—Me vuelves loco. Eres inteligente, divertida y tienes un humor que me pone de

los nervios. Te haces la tonta para conseguir lo que quieres y eso me da ganas de matarte. Pero cuando dijiste que te ibas el día en que te llamó tu hermana, sentí pánico a no volver a verte. —Los ojos de Hellen se llenaron de lágrimas

dando

un paso hacia él. —Por eso ya no quise separarme de ti en Londres cuando alguien con dos dedos de frente hubiera vuelto a Nueva York a toda prisa. Me moría por estar contigo, pero dijiste lo del psiquiatra y todas esas cosas de tus dudas y me entraron las dudas sobre lo que sentías por mí. ¿Me quieres, Hellen?

Porque llevo tres meses volviéndome loco, pensando en que nunca regresarás conmigo y ya no aguanto más.

—Me conoces. —Una lágrima cayó por su mejilla.

—Claro que te conozco. —Él sonrió. —Puede que te ocultaras por fuera, pero por dentro conmigo no has sido tímida precisamente. Eres todo lo que he dicho y mil cosas más y eso es lo que te diferencia de todas las demás, cielo. Te quiero a ti. Y me da igual que seas rubia o morena o que vayas vestida de una u

otra manera.

Se abrazó a su cintura pegándose a él. —Lo siento.

—Yo también lo siento. Si hubiera tenido más paciencia...

Ella rió contra su pecho. —Es que no tienes paciencia.

—Pues si ya sabes que no tengo paciencia, ¿no crees que tienes que decirme algo?

Levantó la vista sonriendo. —Nos estamos mojando y hace frío.

Él sonrió y la besó suavemente en los labios. Abrazándola como si no quisiera perderla de nuevo y Hellen se sintió amada. —¿Vamos a cenar? — susurró contra sus labios.

—Mejor cenamos en mi casa.

—¿Tanto me has echado de menos?

—Ni te lo imaginas, nena. Sueño con esa ducha que te di todas las noches.

—Levantó el brazo para pedir un taxi.

Parecía que no podían dejar de tocarse y estuvieron todo el trayecto besándose, disfrutando lentamente de sus besos.

Cuando llegaron a su piso de la parte alta de la ciudad, se metieron en el ascensor ansiosos y Lester amasó sus pechos mientras entraba en su boca saboreándola. Bajó una de sus manos hasta su trasero y levantó el vestido de seda poco a poco. Apartó su boca y se miraron a los ojos con la respiración agitada.

—Preciosa... me muero por follarte.

Ella hizo una mueca. —Eso no ha sido muy romántico. —Lester amasó su nalga desnuda pegándola a él. —Pero me ha excitado mucho.

Él rió por lo bajo. —Tomaré nota.

Hellen impaciente le abrazó por el cuello reclamando sus labios y la agarró por el trasero elevándola sin dejar de besarla. Ni se dio cuenta de que la sacaba del ascensor y que la apoyaba en la pared apartando su boca y sujetándola con su cuerpo mientras abría la puerta sin encender la luz. Hellen se desniveló casi cayendo al suelo, pero él la cogió con el otro brazo haciéndola reír. —Por poco...

—Yo te sostengo.

—Puedo ir caminando, ¿sabes? —preguntó acariciando su nuca, hasta que jadeó llevándose la mano al pecho—. ¡Mi bolso!

—¿Qué?

—¡Me lo he dejado en el taxi!

—No fastidies, nena. Ahora no.

—¡Llama a la compañía de taxi, tengo mis tarjetas y mi móvil, Lester!

Él suspiró bajándola hasta el suelo de mármol negro y la besó en el labio inferior. —Siempre igual.

—Solo será un momento. Vendrá hasta aquí, ya verás.

Él hizo una mueca y sacó su móvil. —Muy bien. —Le guiñó un ojo. —Vete poniéndote cómoda.

Hellen le miró maliciosa y tiró el abrigo sobre el sofá de cuero negro antes de caminar a su alrededor viendo su lujoso y masculino salón. Uy, allí iban a cambiar muchas cosas. No, esa decoración no se quedaba así. Se acercó al ventanal y llevó las manos a la espalda bajando la cremallera hasta la cintura.

Vio por el reflejo del cristal que Lester no perdía ojo, tensándose porque no llevaba sujetador. Y dejó caer el vestido al suelo, dejando ver sus medias a medio muslo en sus preciosas piernas.

Escuchó como su voz se agravaba. —Sí, cuanto antes. Estaré en el portal para recogerlo. Gracias.

Hellen se volvió y caminó hasta él mientras colgaba. —¿Arreglado?

—Preciosa, no vas a salir de la cama en una semana. —La cogió por la cintura besándola en el cuello y Hellen cerró los ojos enterrando sus dedos en su cabello negro.

—Te quiero.

Él se apartó sorprendido. —¿Y me lo dices ahora que tengo que bajar a por tu bolso?

—¿Soy poco oportuna?

—¡Sí!

—¡Tú me lo dijiste en la calle y lloviendo!

Lester sonrió. —Vale, estamos empatados. Pero lo mío fue una declaración en toda regla. Así que vete preparando una para cuando suba. Eso si te dejo hablar, porque llevo mucho tiempo sin hacerte el amor y no aguanto más. —
La

besó apasionadamente y se apartó dejándola atontada. —Vuelvo enseguida.
No

te enfríes, nena. Y no te quites las medias. Me encantan esas medias.

Hellen rió viendo su impaciencia y cuando salió del piso suspiró de felicidad.

Miró a su alrededor y todo era plata y negro. Sí que iba a cambiar la decoración.

Bueno, antes tenía que verlo porque si no merecía la pena... Cotilleando abrió una puerta para ver una cocina muy moderna que tenía pinta de que no se había

usado nunca, así que volvió al salón y subió los peldaños de acero pegados a la

pared sujetándose en la barandilla de cristal. Al llegar al piso de arriba lo sintió.

Frunció la naricilla por el olor que llegó hasta ella. Era bastante penetrante y cuando abrió una puerta lo sintió aún más. Vio que era la habitación de Lester y se tensó al ver colgando de una de las esquinas de la cama lo que parecía una correa. No estaba segura, pero no podía encender la luz porque todo aquello le

daba mala espina. Se quedó mirándola unos segundos y escuchó un roce en la habitación que casi le provocó un infarto. Dio un paso atrás muy lentamente,

pero estaba segura de que ya los habían oído, así que se giró de golpe y corrió escaleras abajo. Gritó al ver que la puerta de la cocina se abría, dejando salir a un hombre enorme y resbaló corriendo hacia la salida.

—¡Cógela! ¡Lo va a estropear todo! —ordenó una voz femenina desde arriba.

Hellen consiguió llegar a la puerta y la abrió, pero antes de poder salir, el tipo la agarró de la melena tirando de ella hacia el interior. Gritó con fuerza y cuando cayó sobre el sofá, éste se volcó por la fuerza de la caída tumbándose al otro lado. Se puso de rodillas muerta de miedo y se quitó el zapato que le quedaba antes de salir corriendo hasta la puerta de la cocina gritando a más no

poder. Entró en la cocina y se tiró sobre la encimera cogiendo un cuchillo del soporte. Con los ojos como platos rodeó la isla de la cocina sin despegar la vista de la puerta. No se abría y eso la puso aún más nerviosa si eso era posible. Se

acercó a la ventana e intentó abrirla, pero no encontraba el pestillo. Así que cogió el soporte de los cuchillos y lo tiró con fuerza sobre el cristal gritando que la ayudaran.

—¡Hellen!

—¡Lester, están en la casa! —gritó muerta de miedo—. ¡Es ella y están en la casa!

La puerta de la cocina se abrió de golpe y con el cuchillo en alto suspiró de alivio al ver a Lester. —¿Qué coño ha pasado, nena? —Se acercó a toda prisa y

la sujetó por los brazos intentando quitarle el cuchillo de la mano, pero asustada no lo soltaba. —No hay nadie.

—Sí, sí que lo hay. —Miró hacia la puerta. —Estaban ahí.

Entonces escucharon que la puerta principal se cerraba y Lester salió corriendo. —¡No Lester, no vayas! —gritó asustada, pero él ya se había ido.

Muerta de miedo porque le hicieran algo, vio su bolso sobre la encimera y llamó a la policía. Cuando colgó todavía no había llegado y temblando adelantó

el cuchillo caminando hacia la puerta. Salió al salón y el aroma llegó hasta ella de nuevo. Asustada miró hacia arriba, pero no se oía nada. Corrió escaleras arriba y al llegar a la habitación encontró la llave de la luz. Allí estaba la correa como ella había creído y entró en la habitación con el cuchillo. —¡Salga!

—¡Hellen!

—¡Estoy aquí!

Escuchó los pasos apresurados de Lester y entró en la habitación. Perdió todo el color de la cara al ver su cuarto y se acercó agachándose ante la correa.

—No la toques.

Él levantó la vista hacia ella. —Vístete. He llamado a la policía.

—Yo también. —Temblando vio que se incorporaba y él le quitó el cuchillo de la mano antes de abrazarla. —Nos han seguido, Lester. Son ellos.

—Shusss. No te va a pasar nada.

—Iban a por ti.

Lester la besó en el cuello antes de apartarse y entrar en el baño. Salió con un albornoz azul y se lo puso como si fuera una niña. —No te preocupes por nada,

¿de acuerdo?

—¿Cómo no voy a preocuparme? —gritó histérica—. ¡Mi hermana!

—Voy a llamar a Robert. —La cogió por los hombros y juntos bajaron las escaleras. La estaba sentando en una silla cuando llamaron a la puerta y se levantó como un resorte.

—¡La policía! ¡Abran!

—¿Ves? Es la policía. —Lester fue hasta allí y abrió. Entraron cuatro policías con las manos en las armas que llevaban a la cintura y mientras uno de

ellos hablaba con él los demás registraron la casa. Hellen se abrazó a sí misma

sintiendo que el miedo la abandonaba poco a poco y Lester se acercó

acuclillándose ante ella. —Van a tomar huellas. El equipo que se encarga de ello ya viene para acá. Voy a llamar a Robert para que venga a buscarte.

—No, que no deje a Harper sola.

—La señorita no puede irse. Tiene que declarar lo que ha visto —dijo uno de los policías saliendo de la cocina—. ¿La ventana la rompió usted?

Hellen asintió. —Necesitaba ayuda y...

El policía miró a Lester. —¿Necesita un médico? ¿Le han hecho daño?

—Me cogió por el cabello y me tiró sobre el sofá para que no pidiera ayuda.

—Nena, ¿te duele el cuello?

—Un poco. Pero yo no te dejo solo.

El policía sonrió. —No se preocupe. Su novio está a salvo. Como usted. Deje que la atiendan.

Habló por la radio que tenía al hombro solicitando una ambulancia y Lester le acarició la mejilla. —Eres una luchadora. Debe ser de familia. Está claro que no pueden con vosotras.

Hellen sonrió con tristeza. —Tenía tanto miedo...

—Shusss. No van a volver a acercarse a ti.

—¿Crees que les cogerán?

—Claro que sí. —La besó en la frente. —Ahora no quiero que te preocupes más por esto.

Como si eso fuera a pasar, pero aun así sonrió para que él no se preocupara.

Llegaron los sanitarios y le hicieron algunas preguntas que ella contestó mirando a Lester, que hablaba con un tipo que tenía pinta de detective. Le movieron el cuello de un lado a otro y la chica que la atendía le sonrió. —No tienes nada

importante, pero si quieres te llevamos al hospital para una exploración completa.

—No, no quiero ir.

Lester debió oírla porque la miró con el ceño fruncido. —Nena, si tienes que ir al hospital, irás al hospital

La sanitaria se levantó. —Deberíamos hacerle una ecografía de control. No se siente mal, pero es para prevenir. Está de trece semanas y yo lo recomiendo.

—¿Que está de trece semanas?

Hellen levantó una ceja mirando a su alrededor haciéndose la loca y Lester la

miró asombrado. —¿Nena?

Gimió mirándose las manos. —No quería decírtelo todavía...

—¡La madre que me parió! ¿Estás embarazada? —gritó a los cuatro vientos haciendo reír a varios de los que estaban allí.

—¡No tiene gracia! —Le miró tímidamente. —Quería decírtelo cuando estuviéramos bien.

—¡Estabas con el número nueve!

—Bueno, pues cuando llegara al veinte...

—¡Hubieras estado de nueve meses!

Levantó la barbilla. —Seguía instrucciones de mi terapeuta. Instrucciones estrictas.

—Ya pillaré yo a ese matasanos —siseó él antes de pasarse las manos por su cabello negro.

—¿Entonces me la llevo o no?

—¡Sí!

Ella iba a decir algo, pero él la miró como si quisiera matarla. —Vale, me voy al hospital.

—Nos vamos al hospital.

La cogió en brazos antes de que se diera cuenta y ella se abrazó a su cuello.

—Cielo, estoy bien.

—Por si acaso —dijo enfadado.

—Te lo iba a decir.

—Lo sé.

Se abrazó a él. —No te enfades conmigo. Creía que hacía lo correcto.

—Estás bien, ¿verdad?

Ella se apartó para mirarle a los ojos. —Estoy bien. El bebé está bien. No debes preocuparte. Preocúpate de esos chiflados salidos que intentan jodernos.

De esos tienes que preocuparte.

Capítulo 11

Hellen hizo una mueca mirando la pantalla, antes de mirar a Lester que parecía que no había asimilado la noticia. Ni siquiera parpadeaba.

—¿Cariño?

Lester miró asombrado al médico. —¿Esto ha sido por el golpe? ¿Debido al trauma se ha dividido en tres?

El médico se echó a reír. —Íbamos mal en biología en el instituto, ¿eh?

—¡Sacaba sobresaliente! ¡Cómo en todo lo demás! ¡Pero es que no me puedo creer que a la primera...! —Miró a Hellen. —¡Esto es culpa tuya!

Sonrió de oreja a oreja y alargó la mano. —Sí, cielo. Todo ha sido culpa mía.

Pero me quieres igual.

Lester se acercó y la besó en los labios apasionadamente. —Claro que te quiero. —Suspiró apoyando la frente en la suya. —Joder, eres increíble.

—Lo sé.

—¿Está aquí mi hija?

Se miraron a los ojos. —¿Has llamado a mi madre?

—Sí. —Suspiró incorporándose justo en el momento en que se abría la puerta y entraban Harmony, Harper y Robert como si fueran a la guerra. Al ver al médico con el ecógrafo en la mano sobre el vientre de Hellen, dejaron caer la mandíbula del asombro.

Hellen forzó una sonrisa. —Sorpresa.

—¿Sorpresa? —gritó su madre—. ¡Dios mío, voy a ser abuela! ¡A mi edad!

—Se cayó redonda y Hellen chilló del susto cuando se llevó un carrito por delante.

—¿Mamá?

Robert puso los ojos en blanco antes de mirar a Harper. —Mejor no se lo decimos hasta más adelante.

Su hermana carraspeó. —Sí. Dentro de cuatro meses o así.

Hellen se echó a reír. —¿De veras?

—Está embarazada de cinco semanas —dijo Robert orgulloso cogiéndola por la cintura.

Hellen y Lester se miraron antes de echarse a reír y él dijo —¿De veras?

Pues a ver si superáis esto.

El doctor le dio una ecografía y Harper la miró. —¿Es mi sobrino? Qué mono.

—Son tres —dijo el doctor mirando al suelo—. ¿Vuestra madre está soltera?

Al final se fueron a dormir al piso de Hellen y ya tumbados en la cama Lester la abrazó pegándola a él.

—¿No querías sexo?

—Demasiadas emociones.

Ella suspiró sobre su pecho. —Tienes razón. Además, estoy agotada. La policía...

—No te preocupes por eso. Mañana me llamarán para que vayamos a declarar. Joder, tengo que ir a la oficina a primera hora. —Suspiró hecho polvo.

—Tengo una reunión muy importante.

—Duérmete.

—No quiero que te quedes sola. Irás a casa de tu hermana en cuanto te despiertes.

—No saben dónde vivo. Seguro que a ti te siguieron desde la oficina.

—¿Tú crees?

—Es más fácil cazarte a ti que a mí. Tú solo sabías dónde estaba por Robert.

—Acarició su pecho y la sangre empezó a correr por sus venas mucho más rápidamente. Miró hacia arriba para encontrarse con sus ojos, cortándosele el aliento al ver su deseo. Eso la decidió a bajar la mano por su vientre y susurró —

¿Recuerdas ese día?

—Recuerdo cada segundo que he pasado a tu lado. —Su mano acarició su espalda hasta llegar a su nuca y la atrajo para besarla apasionadamente

mientras su mano llegaba a su sexo endurecido haciéndole gemir. La volvió tumbándola

de espaldas y se colocó entre sus piernas. Levantó su camisón con un fuerte tirón y metió las manos entre sus piernas, acariciándola por encima de las braguitas.

Hellen cerró los ojos de placer y suspiró arqueando su cuello hacia atrás. Él lo aprovechó para besar su cuello susurrando —Nena, en nuestra cama no tienes que usar esto.

Ella le miró sin entender, gritando de la impresión cuando arrancó sus braguitas, antes de gemir al sentir como acariciaba su sexo con el suyo. Hellen se aferró a su cuello deseando sentirle en su interior y gritó de necesidad cuando su lengua acarició su pezón por encima de la seda de su camisón, endureciéndolo con fuerza. Su boca siguió bajando hasta su vientre y lo besó antes de abrir sus piernas, sujetándola por el interior de las rodillas. El roce de su sexo la estaba volviendo loca y apretó la almohada entre sus dedos con fuerza justo antes de que entrara en ella con una lentitud que creyó que la mataría de placer. —Joder, qué bien te sientes —dijo él con desesperación antes de moverse en su interior

muy lentamente—. Eres como la seda. —Sus movimientos eran increíblemente

lentos alargando su tortura y todo su cuerpo se fue tensando paulatinamente cada vez que entraba en su interior, hasta llegar a un punto en que solo quería liberarse gritando con cada dulce embestida. Ya no era dueña de su cuerpo y Lester la sujetó por las caderas con firmeza controlando cada movimiento hasta

que ella le suplicó que la ayudara, haciéndole perder el control. Entró en ella con

fuerza una y otra vez tensando cada fibra de su ser, hasta que estalló en un fuerte orgasmo que la hizo arquearse de éxtasis llegando al paraíso.

Agotados y con la respiración agitada, se abrazaron en su necesidad de

tocarse y él susurró en su oído —Nena, me haces perder el control.

Ella sonrió sobre su pecho. —Espero hacerlo el resto de nuestra vida.

—Yo también lo espero, mi amor.

Gimió al darse cuenta de que la noche anterior no había corrido las cortinas y se dio la vuelta tocando el colchón. Frunció el ceño sin abrir los ojos, palpándolo antes de sentarse de golpe para ver que estaba sola en la cama.

—¿Lester? —Miró hacia el baño apartando su cabello y no escuchó el sonido de la ducha. —Cielo, ¿estás en la cocina?

Al mirar el despertador, vio una nota e impaciente la cogió.

“Estaré en la oficina. Llámame en cuanto te despiertes. Anoche estuviste maravillosa. Te quiero. Lester.”

Sonrió como una tonta llevándose la nota al pecho. —Qué mono. A la mierda la terapia. Este es mi hombre y lo que quiero.

Cogió el móvil y se acomodó sobre las almohadas marcando el número de la oficina. No quería llamarle al móvil por si estaba en una reunión importante.

—Oficina de Lester Granville en Granville Enterprise. Al habla Judy. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Eres la nueva?

—¿Quién es? —preguntó con desconfianza.

—Soy la prometida de Lester. ¿Está ocupado?

—En este momento el señor Granville está reunido. ¿Le digo que la llame

luego? —dijo con voz sensual tensándola.

—No, no le digas que me llame luego. Pásame ahora. Ya. Ipso facto.

¿Capito?

—Lo siento señorita, pero me ha dicho que no se le interrumpa bajo ningún concepto.

Hellen frunció el ceño. Estaba segura de que Lester no le había dicho eso.

Sobre todo si llamaba ella. ¿Quién se creía esa que era?

—Muy bien —contestó como si nada—. ¿Tiene cita para comer?

—Seguramente comerá con los clientes, pues son muy importantes —le dijo como si fuera estúpida. Pero eso no fue lo que le llamó la atención. Lo que le llamó la atención era el ligero tono británico que tenía al hablar.

—¿Hace cuánto que trabajas en la empresa, bonita?

—Tres meses. ¿Por qué? ¿Quiere contratarme?

—Pues ya que lo dices... Busco una secretaria.

La mujer se echó a reír de manera muy sensual. —No creo que le pareciera bien a su... prometido.

Uy, esa lagarta buscaba guerra. —Dile a Lester que me llame en cuanto salga de la reunión.

—Por supuesto. ¿Y quién le digo que es?

—Hellen Shields. Aunque creo que él sabrá quién soy si le dice que ha llamado su novia —dijo entre dientes.

—Ah, ¿pero no era su prometida? —dijo con pitorreo—. Se lo diré, señorita Shields.

Colgó el teléfono y saltó de la cama. —Esta capulla no sabe con quién se la juega.

Antes de diez minutos estaba duchada y vestida con un traje de chaqueta pantalón en color verde que resaltaba el color de su cabello. Como no le daba tiempo a secárselo como quería, se hizo una raya a un lado para atárselo en la nuca. Estaba sexy y formal para ir a la empresa. Se puso unos zapatos negros de

tacón y cogió su abrigo negro saliendo del piso a toda prisa. Tenía ganas de ver la adquisición de Lester para la empresa, aunque algo en su tono de voz le ponía los pelos de punta.

Estaba llegando en el taxi a la puerta de la empresa, cuando vio un hombre en la esquina que le llamó la atención. Miraba hacia la puerta mientras se tomaba un café disimuladamente. Asombrada le dijo al taxista —¡Dé la vuelta al edificio!

—Señora, tengo que dar la vuelta a la manzana.

—Me da igual. No se detenga en la puerta principal. Déjeme en la zona de carga y descarga de la empresa —dijo sin perder de vista al tipo. Cogió el teléfono y llamó a Robert asustada.

—Voy a entrar en una reunión y...

—El tipo de ayer está ante la empresa de Lester. Iba a entrar y le he visto.

—Llama a la policía, Hellen.

—Se irá en cuanto vea un coche patrulla.

—Descríbemelo.

—¿Y si va armado?

—¿Dime cómo es?

—Está en la esquina noroeste de la puerta principal. Está tomando un café.

Más de uno noventa. Moreno. Lleva una cazadora de cuero de esas de los ochenta.

—Está bien. Iré con dos de mi edificio. Tranquila —dijo antes de colgar.

El taxi se detuvo ante la zona de descarga de paquetería y pagó al taxista.

Corrió hacia la rampa y llamó al timbre. El de seguridad abrió la puerta. —

Señora tiene que entrar por la puerta principal.

—¿Tienes pistola? —La miró asombrado. —¿La tienes?

Él llevó la mano detrás de la espalda poniéndose en guardia. —Muy bien. Da la alarma y pide refuerzos.

—¿Pero qué dice? ¿Está loca?

—¡Dame esa radio, joder! —dijo extendiendo la mano—. ¡Es una emergencia!

—¿Qué ocurre?

—Un intento de secuestro. ¡Eso ocurre! —dijo rápidamente porque era lo más fácil de explicar—. Esquina noroeste entrada principal. Hombre de uno noventa. Está tomando un café. Cazadora de cuero y moreno. ¿Lo tienes?

El de seguridad asintió sacando la pistola. —¿A quién quiere secuestrar?

—¿Te suena Lester Granville?

El de seguridad salió corriendo bajando la rampa con la pistola en la mano dando la alarma por radio. Ella gimió. ¿Era bueno que corriera con el arma en la mano? ¿Y si se le disparaba? Bueno, daba igual. —¡Corre que no se os escape!

¡Es peligroso!

Él entró por un pasillo y ella le siguió antes de subir unas escaleras llegando al hall del edificio. Varios de seguridad estaban en la puerta con las armas en la

mano. —¡No, no! ¡Si os ve salir, huirá!

—Tranquila, señora. Varios de seguridad están rodeando el edificio para bloquear su huida. Esperamos que se pongan en posición.

La gente entraba en el edificio y dos de seguridad les decían que pasaran al fondo del hall. —¡Un hombre se ha tirado sobre él! —gritó una voz por radio.

—¡Es Robert! ¡Es amigo de Lester! ¡Ayudadle!

Todos salieron corriendo y la gente que pasaba por la calle se echó a gritar al ver que iban armados. Ella hizo una mueca. ¿Estaría exagerando? Le importaba

un pito. Ese hombre había entrado en su casa la noche anterior y no pensaba dejarle escapar.

—¿Hellen?

Se volvió de golpe para ver a Lester caminando hacia ella al lado de un hombre mayor y una mujer morena que la miró fijamente con sus ojos azules.

—

¿No ibas a llamarme?

—Y te llamé, pero...

—Judy, ¿no te dije que me pasaras a mi novia en cuanto llamara? Nena, no deberías haber salido sola de casa. —Asombrado miró tras ella para ver dos coches de policía frenando en seco ante la empresa. —¿Qué pasa ahí?

Un aroma llegó hasta ella y al girar la cabeza, vio a Judy mirando por el ventanal a su lado. Tendría unos treinta años y era preciosa. Impecable con su traje negro y su recogido estilo francés, era aparentemente la secretaria perfecta.

—Voy a ver qué ocurre. Lewis, ¿me disculpas un segundo?

—Claro que sí —dijo el hombre afable.

Ella le cogió por el antebrazo. —Nena, vengo ahora.

—No te vayas —dijo fríamente sin dejar de mirar a Judy. —Llevas un perfume muy especial.

La mujer la miró fríamente. —Se llama Seducción.

—¿Y ahora quieres seducir a Lester?

—Cariño, ¿pero qué dices? —dijo su novio asombrado—. ¡Discúlpate ahora mismo!

Judy miró a la calle sin afectarle sus palabras y Hellen se volvió hacia allí para ver al hombre que ella había pedido que apresaran con las esposas puestas,

siendo llevado a la fuerza al coche patrulla. Robert iba detrás y Lester le miró sorprendido. —¿Pero qué está pasando aquí? —Frunció el ceño. —¡Joder, es

el

tío que me dio la paliza en Londres!

Antes de darse cuenta Lester había salido corriendo y Judy la miró con una helada sonrisa en los labios. —¿Así que le gusta mi perfume?

Hellen sonrió. —Mucho. Me encanta.

—Yo misma le regalaré un frasco.

—No te molestes. —Le arreó un puñetazo que la tiró en el hall de espaldas mientras varios gritaban de la impresión. —¡Hija de puta! ¡Te voy a despellejar

viva por todas a las que has hecho daño!

Judy se apoyó en su antebrazo antes de pasarse la mano por debajo de la nariz que le sangraba con abundancia. —¡Está loca!

—¿Loca? ¡Yo te voy a decir lo loca que estoy! —Le metió una patada en el costado que la dobló de dolor. —¿Qué quieres de Lester? —Varios la agarraron

por los brazos apartándola. —¡Acércate a mi familia y te mato, hija de puta!

¿Qué quieres de Lester? —Judy sonrió mientras la miraba con esos fríos ojos azules. —No te acerques a él, ¿me oyes?

Dos de seguridad llegaron corriendo y Hellen gritó —¡Apresadla! Es cómplice del que está fuera.

—Esa mujer está loca. ¡Me ha agredido! —dijo indignada.

Robert y Lester entraron en el hall apartando a la gente. —¿Qué hacéis?

¡Soltar a mi novia!

—¡Lester, ella es la de ayer! —Señaló a Judy a quien los de seguridad estaban levantando del suelo.

—¿Pero qué dice esta mujer? Jefe, me ha agredido. ¡Voy a denunciarla!

Lester miró a Hellen a los ojos. —Nena, ¿estás segura?

—Su perfume. Es ella. Apostaría todo lo que tengo. Su acento. Su voz.

¡Hasta como huele! ¡Es ella, Lester! ¡Tenemos que averiguar lo que busca de ti!

Él entrecerró los ojos viendo que quería machacarla. —Nena...

—Tú no puedes hacerlo.

—Estás embarazada.

—Harper. Y todas las demás...

Lester apretó los puños de la impotencia antes de dar un paso atrás y Hellen

miró a Judy con odio. Aquella zorra se soltó con fuerza de los de seguridad retándola con la mirada. Hellen dio un paso hacia ella. —¿Qué quieres de Lester?

—¡Nada!

—¡Te juro que como no me lo digas, te voy a despellejar viva! —gritó antes de tirarse sobre ella agarrándola de los pelos.

Los de seguridad intentaron detenerlas, pero Lester hizo un gesto para que no intervinieran. Hellen se sentó a horcajadas sobre Judy y gritó —¿Qué quieres de

Lester?

—¡Nada!

Le dio un tortazo que le volvió la cara antes de agarrarla del pelo de nuevo, tirando de él con saña. —¿Qué quieres?

—Nada...

Le dio otro tortazo y varios los miraron sin saber qué hacer. Perdiendo la paciencia la agarró por el cuello apretando con fuerza. —¡Dinero! ¡Él nos lo robó todo y mató a mi hombre! —gritó Judy impresionándolos.

—¡Él no te robó nada! Fue una víctima vuestra como muchos otros.

Judy se echó a reír. —¿Quién ha ganado con la muerte de Gordon? —

preguntó cortándole el aliento—. ¿Quién de todos ha ganado con las fotografías?

¿Con revelar los secretos? ¿Quién ha salido beneficiado? ¡Solo él! ¡Lo planeó desde el principio! ¡Por eso fue a su habitación! Para coger las fotos. ¡Pues había llegado el momento de que pagara! ¡De que me devolviera algo de todo lo que

me robó!

—Esta tía está loca —dijo Robert por lo bajo.

—¿Cómo pensabais conseguir el dinero?

—Ahora todo es virtual, estúpida. Después de divertirnos un poco, solo tenía que meter una clave en un ordenador y pulsar Enter.

Hellen le apretó el cuello. —Así que ibas a divertirte un poco. Maldita psicópata.

—Es una pena que no hubiéramos cogido a tu hermana. Teníamos muchos planes para ella.

Hellen se acercó a su oído. —¿No te lo dijo tu amorcito antes de morir como un cobarde? Estás equivocada. Fui yo quien robó las fotos y fui yo quien envió a

Gordon al hospital. —Judy se tensó bajo su cuerpo. —Lo único que siento, es no poder hacer lo mismo contigo.

—¡Hija de puta! ¡Tú le mataste!

Sonrió levantándose y Lester la cogió por la cintura apartándola de ella, mientras los de seguridad la agarraban de los brazos avisando a la policía.

—¡Tenía que haberos matado en Londres! —gritó Judy desquiciada

dejándolos a todos de piedra—. ¡Es una pena que no te hubiera cogido allí para

darte de latigazos hasta que tu piel supurara, maldita hija de puta! ¿Pero sabes qué? ¡Saldré de la cárcel y un día tomaré la justicia de mi mano! ¡Eso te lo juro!

¡Cuando menos te lo esperes, volverás a verme!

Lester la abrazó a él y le dijo a Robert —¿Puedes encargarte de que la detengan? —Robert asintió antes de alejarse y él susurró —Nena, dime que estás

bien.

—No me sentía mejor en años.

—Vamos al médico.

—Estoy bien.

—¡Me da igual! ¡Aún tengo el miedo en el cuerpo! ¡Vamos al médico!

Hellen sonrió mirándole a los ojos. —Muy bien, si así te sientes mejor...

—Nena, no vuelvas a hacer algo así. Sé que lo necesitabas, pero no vuelvas a hacerlo.

—Te lo prometo.

Él suspiró del alivio antes de besarla en los labios. —Te quiero.

—Y yo a ti. ¿Quieres casarte conmigo?

La miró sorprendido. —¿No te lo he pedido ya?

—No. Bueno, sí. Pero te dije que no, ¿recuerdas?

—¿Y ahora me dirías que sí?

—Es evidente si te acabo de pedir matrimonio.

—Me lo pensaré.

—¡Venga ya!

Él se echó a reír yendo hacia la puerta con ella. —¿Y dónde está mi anillo?

—Oye que tú tampoco me ofreciste ninguno.

—Imperdonable. ¿En serio quieres casarte conmigo después de un fallo así?

Ella le abrazó por la cintura pegándose a él. —Claro que sí. En cuanto te vi, me dije que no te me escapabas.

—Y siempre te sales con la tuya.

—Exacto. Me quieres, ¿no?

—Más que a nada, nena. Más que a nada.

Epílogo

—¿Estás seguro? Aún puedes arrepentirte —dijo Hellen mientras giraban en la pista de baile.

—¿Arrepentirme? Nena, es un poco tarde para arrepentirme, ¿no crees? Nos casamos hace cuatro horas.

—Me refiero al pelo. —Miró hacia arriba y él sonrió viendo sus rizos pelirrojos.

—Eso es cosa tuya y de tu hermana. La apuesta era vuestra. Y has ganado tú.

—Cierto. Pero tampoco quieres que vaya a Egipto, así que...

—Sí, como para que te vayas a Egipto de cinco meses, embarazada de trillizas.

—¿Te van las rubias o las pelirrojas?

—Me vas tú.

Ella sonrió radiante mirándole con amor. —Vas a ser un marido estupendo.

—Y tú una esposa muy entretenida.

Hellen se echó a reír a carcajadas. Lester la pegó a él besándola y haciendo que todos a su alrededor aplaudieran.

Harmony miró emocionada a su hija, porque ahora sí que estaba totalmente enamorada. El doctor Collison se colocó a su lado ofreciéndole una copa de champán. —Ha mejorado mucho, ¿verdad?

—Se ha encontrado y ha encontrado el amor.

—Tiene dos hijas maravillosas.

Harmony vio a Harper vestida de novia bailando con su marido. —Sí que lo son. Y son felices, que es lo único que me importa. Al fin son felices.

Él la miró de reojo—¿Y cómo le va a usted?

Harmony carraspeó. —Uy, he visto a una vecina con la que hace siglos que no hablo.

El doctor se echó a reír a carcajadas al verla huir y miró satisfecho a las novias que en ese momento se pusieron a bailar juntas mientras el público aplaudía. Sí, ese había sido un buen trabajo, aunque el marido de Hellen le odiara a muerte.

Los novios recuperaron a sus mujeres y Lester le preguntó a su esposa —

¿Quieres saber una cosa?

—¿Cómo de importante?

—Mucho.

—Muy bien, estoy lista.

—Vas a ser tía.

Hellen se echó a reír. —Eso ya lo sé.

—De gemelos.

Abrió la boca asombrada. —¿Te estás quedando conmigo?

Lester se echó a reír. —Ya verás cuando se entere tu madre. Le va a dar algo.

—¿Cómo que gemelos? —la escucharon chillar al otro lado de la pista.

Se partieron de la risa viendo como Robert se sonrojaba con fuerza mientras todos les miraban. Lester la abrazó a él. —La vida a tu lado es mucho más entretenida.

—A veces demasiado. ¿Crees que volveremos a saber de esa bruja?

—Cielo, ha llegado a un trato de cuarenta años de cárcel en Inglaterra por todas las pruebas que se recopilaron en su casa, después de que su cómplice lo

cantara todo. Y nunca podrá entrar en nuestro país de nuevo. No creo que con setenta años pueda despellejar a nadie. Y si vuelve, tú me protegerás —dijo sonriendo divertido.

—Por supuesto. —Le miró con amor antes de besar suavemente sus labios.

—Te amo.

—Tanto como yo a ti.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Esa no soy yo” o “Huir del amor”. Próximamente publicará “Con solo una mirada” y “Has cambiado mi vida”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon o ir a su página de autor. Allí

encontrarás más de noventa novelas de distintas categorías en género romántico

donde podrás elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.